

1010

GREVILLE

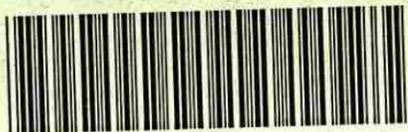
ARIADNA

PO 2235

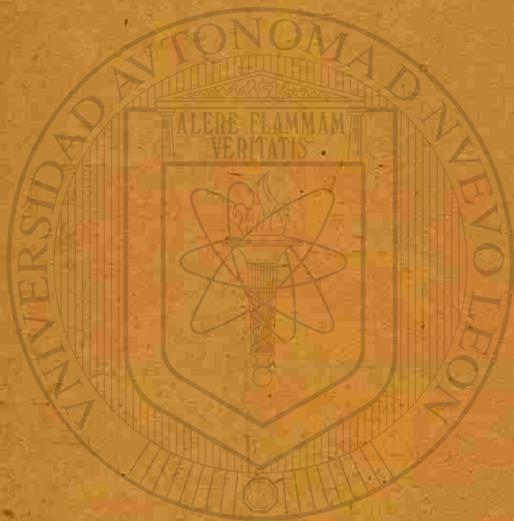
• D6

A8

99 196



1020026392



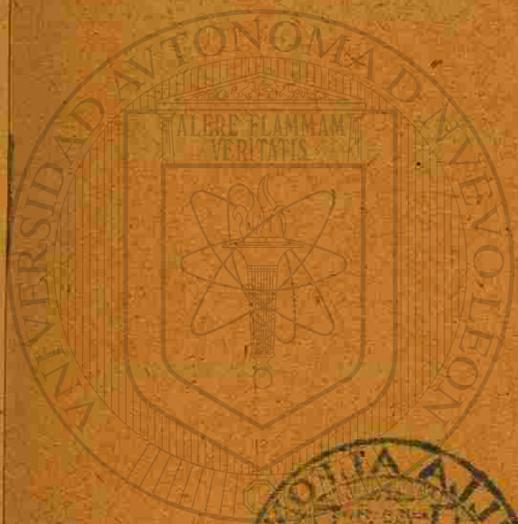
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
RICARDO COVARRUBIAS

ARIADNA

Núm. Clas. ^N

Núm. Autor ^{9482a}

Núm. Aco. ³⁰²⁸⁴

Procedencia ⁻⁸⁻

Fecha

Clasificación ²⁹

Descriptores



Es propiedad del Editor

ENRIQUE GREVILLE

ARIADNA

Traducción de "La Vida Literaria"



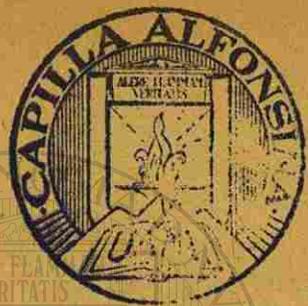
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
TORIBIO TABERNER, Editor
Calle Rosellón, núm. 224
1906

099196

30284

843
5.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE MARIANO GALVE, AVISO, 48.—BARCELONA



ARIADNA

I

La primera clase estaba sumida en las dulzuras del estudio, como también lo estaba el instituto entero. El pesado sol de Agosto brillaba sobre los techos de palastro verde y se reflejaba en las vidrieras de las inmensas ventanas á medio cerrar; un soplo de tempestad zumbaba á lo lejos llegando por bocanadas, y el profesor detallaba las causas de la decadencia de la casa de Austria á las alumnas medio dormidas. Las tres primeras de la clase, las más inteligentes, que eran las predilectas del maestro, garrapateaban con asiduidad los emborrionados cuadernos que debían valerles notas brillantes en los exámenes de fin de año, que precedían á su salida del instituto, y, por consecuencia, á su regreso al lado de la familia. La señora encargada de la primera clase, vieja pedante y estirada, continuaba haciendo al *crochet* un interminable cubrepies, cuyo principio nadie había visto en el estable-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTENEGRO, MEXICO

cimiento, y, de vez en cuando, su mirada vigilante y sospechosa recorría las filas de su juvenil rebaño.

De repente, en medio de aquella soñolencia, correcta y rutinaria, sucedió un acontecimiento extraordinario, del cual nunca habían sido testigos las paredes del instituto de señoritas colocado bajo el patronato de S. A. I. la gran duquesa de X... El profesor se quedó con la boca abierta, las alumnas prorrumpieron en risa, y la señora encargada de la clase se irguió por entero, sorprendida é indignada... mientras que las últimas vibraciones de una escala cromática filada con exquisita dulzura, por magnífica voz de contralto, iban á extinguirse sobre los mapas murales que se estremecían de indignación entre sus filetes de madera pintada de negro.

—¡Ranine!—gritó la señora encargada de la clase.

La joven así interpelada por su nombre patronímico, según costumbre de los institutos, permanecía de pie, con la cabeza baja, pronta á recibir su reprimenda.

—Venga usted aquí, Ranine—dijo la señora, con el dedo índice amenazador indicando la silla de madera barnizada donde permanecía asombrado el profesor, aun mal repuesto de su estupefacción,—venga usted aquí y dé sus explicaciones al señor profesor.

La delincuente se iba acercando muy despacio, con la cabeza baja, aplastada, por decirlo así, bajo el peso, no de su vergüenza, y si de su opulenta cabellera de un rubio claro, de reflejos tan dorados como las espigas de la mies.

—¿Por qué se permite usted cantar durante la hora de la lección?—preguntó la señora sin esperar á que la culpable hubiese llegado á su lado.

Esta dió dos pasos más, se detuvo ante la silla, levantó con timidez sus ojos de un gris oscuro sobre el profesor, y sin responder directamente dijo con su magnífica voz de contralto:

—Caballero, le suplico, le suplico sinceramente que admita mis excusas. No quería interrumpir la lección, no lo he hecho á propósito.

La clase entera había escuchado el final de esta frase con el maligno recogimiento del que aguarda —recogimiento con el que no puede compararse nada.—La última palabra provocó una tempestad de risa loca, felizmente contenida por la presencia de la terrible señora encargada de la clase.

—¡Cómo! ¡no ha sido á propósito!—exclamó la señora en el colmo de la indignación.—¿Es que puede ocurrir que no se cante expresamente? Usted se burla de sus superiores. Ranine, esto le costará caro.

La joven movió ligeramente sus desnudos hombros, que encuadraban á maravilla en el traje oscuro muy escotado, uniforme de los institutos de Rusia.

—No he podido evitarlo—dijo,—siento, señorita y señor, haber producido un escándalo, pero no es culpa mía; cuando tengo deseos de cantar, me causa daño aquí—y se llevó la mano á su cuello redondo y blanco como la crema—y es preciso que cante; si no lo hago, me ahogo.

El profesor, cada vez más asombrado, miró á la

señora encargada de la clase, como para asegurarse de la lucidez de espíritu de la señorita Ranine; pero la señora había ocultado heroicamente en el pecho su ovillo de algodón, indicio de sus mayores cóleras, y había cruzado los brazos por encima de su cubrepies.

—Está bien, señorita, ya hablaremos de eso—repuso con entonación majestuosa. Vuelva usted á su sitio.

Ariadna Ranine regresó á su puesto, la última y la más mala; á su paso recogió multitud de caritativos retruécanos.

—Decía, pues, señoritas—prosiguió el profesor ajustando á su chata nariz unos quevedos recalci-trantes,—que entre las causas de la decadencia de la casa de Austria, hay que colocar en primer término...

Pero aquella escala cromática, inopinadamente aparecida en medio de las desgracias de la casa de Austria, le había perturbado tanto, que olvidó dos causas importantes de aquella fatal decadencia; lo notó, tartamudeó una lección deplorable y puso un cero á la señorita Ranine—pues el cero y *muy mal* son la misma cosa.—La pobre joven no había abierto la boca, excepto para cantar.

II

Concluida la lección, la clase entera se lanzó á los vastos corredores que sirven de paseos, y, naturalmente, la escala cromática fué objeto de todas las conversaciones. Ariadna, por primera vez desde hacía siete años que estaba en el instituto, se vió rodeada y asediada á preguntas.

—¿Por qué has cantado? ¿Querías burlarte, di? ¿Es que habías apostado á que cantarías?

—No—repuso una morena alta, de ojos negros y burlones,—ha sido para seducir al profesor con los acentos encantadores de su voz.

Ariadna movió negativamente la cabeza.

—No he querido seducir á nadie; sé muy bien que nada tengo seductor, pero me gusta cantar, me produce bien y cuando el deseo me incita es más fuerte que yo, es preciso que cante.

—¡Que pretenciosa!—exclamaban á coro las caritativas compañeras.—Tú sabes que esto no puede quedar así. La Grabinof ha ido á darle cuenta á la señora inspectora: ¡ya puedes prepararte á ser enviada á casa de la señora directora! ¡Tal vez te despidan!

—¡Nada temo!—repuso la joven con su estoica in-

diferencia.—¡Me despedirán si quieren, no las puedo obligar á tenerme aquí!

Desde el momento en que no hubo motín, ni habían tomado parte en lo ocurrido, Ariadna Ranine no era interesante para sus compañeras. La volvieron la espalda y muy pronto volvió la joven á encontrarse en su aislamiento habitual.

Durante aquel tiempo la Grabinof, como con irreverencia decían las señoritas del instituto, había ido á llevar el *cuento*—cosa que en las casas de educación se llama dar un informe.—La señora inspectora, después de haberse indignado de una manera conveniente, tomó con resolución el camino de las habitaciones de la directora. Tenía la Grabinof las piernas hinchadas: algunas decían que la naturaleza se vengaba así de la tortura de los brodequines á la que tenía la buena señora sometidos sus pies desde la más tierna infancia.

La gran duquesa protectora titular del instituto de N... estaba representada, con mucho detrimento suyo, por la señora Batourof, viuda de un general ayudante de campo del emperador, muerto á su servicio á consecuencia de heridas que recibió. Estos títulos, al reconocimiento del soberano, habían valido á la viuda la plaza eminentemente envidiable y envidiada de directora de uno de los mejores institutos de Rusia.

Aquel cargo no solamente era honorífico, reportaba también muy buenos emolumentos: un alojamiento magnífico en el centro de la ciudad, coche y caballos mantenidos á costa del Estado; además la manutención, leña, aceite, el servicio constante y

gratuito, por completo, de numerosos criados, bastante pagada, además de lo que podía rapiñar para no regatear los mezquinos sueldos que da el gobierno. Además, la directora tenía el derecho de inspección y de revisión absoluto y sin apelación en las cuentas presentadas cada mes por el administrador del establecimiento... *¡Homni soit qui mal y pense!* Por otra parte, hacía ventisiete años que administraba el instituto—los administradores no tenían la vida tan dura y durante aquel tiempo habían muerto algunos,—y desde hacía veinticinco años, nunca este funcionario y la directora discreparon en lo más mínimo, estando siempre á partir un piñón. La directora, careciendo de toda fortuna personal, había educado, dotado y casado tres hijas; cuatro hijos ingresaron en el servicio militar; preciso es creer que le costaban bastante, pues cada uno tenía caballos y equipos; la numerosa nidada de hijos se colocó de un modo conveniente. ¿Qué mal había en ello?

A decir verdad, nadie hubiese podido encontrar un reverso á tan brillante cuadro. Las señoritas del instituto eran todas de buena familia, casi todas colocadas en el establecimiento por la munificencia imperial, ó cuando menos admitidas por alta recomendación, en cambio de una hermosa y buena pensión; aquellas jóvenes debían haber contraído en el regazo maternal los hábitos de golosinería y glotonería más refinados, pues se las oía quejar con muchísima frecuencia de la mala calidad y mezquindad de los alimentos.

Se las llevaba sonrosadas y rollizas, siete ú ocho años antes, pues la regla del establecimiento las

prohibía volver al lado de su familia durante las vacaciones, y se las devolvía á las admiradas madres, flacas, marchitas, anémicas, dotadas de extraños gustos por la col ó las peladuras de cohombros.

—Son excesos del mucho estudiar—decían las señoras encargadas de clase sonriéndose;—¡esas niñas queridas han trabajado tanto para hacer unos exámenes brillantes! ¡Han agotado sus fuerzas!

En realidad, las jóvenes no habían trabajado ni más ni menos que otras; pero comieron tan poco durante la época de su desarrollo físico, que dos ó tres años no eran siempre suficientes para hacer desaparecer los tintes de cera y las ojeras de las jóvenes *colegialas*. Por el contrario, la Providencia había tendido visiblemente su mano protectora sobre la familia de la señora directora: once nietos mofletudos y rollizos venían los domingos á prestarla sus homenajes y á sentarse á su mesa servida con suntuosidad.

La Grabinof y la inspectora hallaron á la señora directora en su gabinete, en el puesto desde donde hacía veintisiete años escuchaba las quejas de sus subordinadas. La misma placidez reinaba en su semblante regórdete en el que la astucia había trazado un círculo de finas arrugas en torno de los ojos; la mirada tenía esa expresión invariable de benevolencia banal y cariñosa, tras la cual, sin profundizar mucho, se hallaba la indiferencia más fría: el más espantoso cinismo del *yo*; pero entre los que tenían el honor de frecuentar el trato de la señora directora, bien pocos eran capaces de descifrar su mirada, y menos aún se hubieran atrevido á hacerlo.

—¡Y bien! querida mía, ¿qué me quiere usted?—dijo la señora Batourof con su voz tartajosa y un poco ronca, tan pronto como vió á la Grabinof.—¿Qué noticias hay de nuestra primera clase?

El círculo de señoras encargadas de clase en trajes azules que rodeaba el sillón de la directora, se entreabrió para dejar pasar á la recién llegada y se cerró tras ella.

—Un incidente vergonzoso ha ocurrido esta mañana durante la lección de Historia. Ranine se ha puesto á cantar de repente. ¡Juzgue que escándalo, excelencia! ¡Eso es inaudito!

Un murmullo de horror respetuosamente contenido por la augusta presencia de la directora, acogió esta extraña noticia.

—Pues, siéntese usted, querida mía—dijo la señora Batourof, indicando entonces solemnemente un asiento á la inspectora, que sufría el martirio de sus pies hinchados y oprimidos.

—¿Ha cantado?—repuso dirigiéndose á la Grabinof.—¿Y qué es lo que ha cantado? ¿Palabras inconvenientes?

—No, excelencia, únicamente una escala.

La concurrencia en traje azul, todas de pie, cubiertas con gorros de cintas azules, levantaron los ojos al cielo. El cielo no parecía estremecerse.

—¿Una escala?—repuso la directora.—¿Una simple escala?

—Cromática, excelencia—rectificó la Grabinof.

Las manos de las encargadas de clase se levantaron casi todas de común acuerdo hacia los astros ausentes, luego cayeron con expresión desesperada.

—¿Qué disculpa da?—preguntó la directora después de haber reflexionado un momento.

—Dice que no es culpa suya, que es una impulsión irresistible la que la obliga á cantar... es una alumna muy mala, excelencia.

—Sí, ya lo sé—dijo la excelencia con lentitud, reflexionando;—una joven huérfana, sin familia, sin aptitudes... ¿Es hermosa, rubia?

—Sí, excelencia, rubia; pero hermosa... no lo sé, yo no la hallo hermosa; en la primera clase tenemos señoritas que verdaderamente son bellezas de primer orden: Rozof, Naoumof, Orlina...

—Sí, ya lo sé—interrumpió la directora con cáustica sonrisa,—las representantes de nuestras más encumbradas familias, son perfectas bellezas; pero entre las señoritas pobres, también las hay muy hermosas. Hasta también es bueno que las haya. Ranine es linda. ¿Tiene una soberbia voz?

—Sí, excelencia—dijo con adulación la Grabinof, no atreviéndose á contradecir.

—¿Canta en la capilla y toma parte en lecciones de canto?

—Sí, excelencia.

La señora Batourof reflexionó un instante, luego despidiendo con un gesto á la señora encargada de clase, balbució:

—Enviémela usted después del te; quiero hablarle.

La Grabinof salió; si una expresión semejante no está en absoluto borrada del lenguaje comedido, diremos que estaba completamente embarazada.

III

Ariadna hallábase sumida en meditaciones, ó por mejor decir no pensaba en nada, esperando un arresto que no podía faltar: los castigos no la daban miedo; los había probado todos y no los halló del todo malos. Algunos trabajos más, reprimendas, algunos recreos menos, todo eso importaba muy poco á su carácter perezoso. Ariadna era lo que se llama una mala discípula; no la gustaba la ciencia ni por sí misma ni por las ventajas que pudiese reportarla. Al ver que las recompensas iban á parar siempre sobre las cabezas privilegiadas de las elegidas de la fortuna y el nacimiento, miró con desdén la labor de sus compañeras de rango más humilde que trabajaban para aprender. En todo el instituto, Ariadna era la más pobre y la más obscura; no es, pues, asombroso que no hiciese aprecio de las ventajas que proporciona la instrucción. Para ella, la instrucción no podía, no debía tener más que espinas.

En el mundo no la gustaban más que dos cosas: la lección de canto y la permanencia en la capilla del instituto. La lección también tenía sus contrariedades, pero por parcial que fuese la maestra, no podía evitar hacer justicia á su magnífica voz, al

—¿Qué disculpa da?—preguntó la directora después de haber reflexionado un momento.

—Dice que no es culpa suya, que es una impulsión irresistible la que la obliga á cantar... es una alumna muy mala, excelencia.

—Sí, ya lo sé—dijo la excelencia con lentitud, reflexionando;—una joven huérfana, sin familia, sin aptitudes... ¿Es hermosa, rubia?

—Sí, excelencia, rubia; pero hermosa... no lo sé, yo no la hallo hermosa; en la primera clase tenemos señoritas que verdaderamente son bellezas de primer orden: Rozof, Naoumof, Orlina...

—Sí, ya lo sé—interrumpió la directora con cáustica sonrisa,—las representantes de nuestras más encumbradas familias, son perfectas bellezas; pero entre las señoritas pobres, también las hay muy hermosas. Hasta también es bueno que las haya. Ranine es linda. ¿Tiene una soberbia voz?

—Sí, excelencia—dijo con adulación la Grabinof, no atreviéndose á contradecir.

—¿Canta en la capilla y toma parte en lecciones de canto?

—Sí, excelencia.

La señora Batourof reflexionó un instante, luego despidiendo con un gesto á la señora encargada de clase, balbució:

—Enviémela usted después del te; quiero hablarle.

La Grabinof salió; si una expresión semejante no está en absoluto borrada del lenguaje comedido, diremos que estaba completamente embarazada.

III

Ariadna hallábase sumida en meditaciones, ó por mejor decir no pensaba en nada, esperando un arresto que no podía faltar: los castigos no la daban miedo; los había probado todos y no los halló del todo malos. Algunos trabajos más, reprimendas, algunos recreos menos, todo eso importaba muy poco á su carácter perezoso. Ariadna era lo que se llama una mala discípula; no la gustaba la ciencia ni por sí misma ni por las ventajas que pudiese reportarla. Al ver que las recompensas iban á parar siempre sobre las cabezas privilegiadas de las elegidas de la fortuna y el nacimiento, miró con desdén la labor de sus compañeras de rango más humilde que trabajaban para aprender. En todo el instituto, Ariadna era la más pobre y la más obscura; no es, pues, asombroso que no hiciese aprecio de las ventajas que proporciona la instrucción. Para ella, la instrucción no podía, no debía tener más que espinas.

En el mundo no la gustaban más que dos cosas: la lección de canto y la permanencia en la capilla del instituto. La lección también tenía sus contrariedades, pero por parcial que fuese la maestra, no podía evitar hacer justicia á su magnífica voz, al

gusto innato de la señorita Ranine. Sin embargo, elogiar siempre á esta discípula, hubiera sido causar perjuicio á las demás, menos favorecidas por la naturaleza; era preciso encontrarla algo censurable.

—Está usted ridícula, Ranine; canta eso como si estuviese representando ópera — dijo un día á Ariadna.

Las jóvenes estudiaban para cierta solemnidad doméstica, un canto á cuatro voces, cuya letra, en verdad, no justificaba el profundo sentimiento que ponía Ariadna en la ejecución de su solo.

—No es que aspire á la Opera, señora—repuso una joven hermosa que cantaba con irreprochable falsete.—Ranine quiere ser cantante.

—En ese caso, hará bien en aprender á escribir con más corrección el francés—replicó la profesora de canto con sequedad.—Vamos, señoritas, volvamos á empezar, y un poco menos de expresión, Ranine, si usted lo tiene á bien.

Desde aquel día, Ariadna hizo por cantar, del modo más sencillo y frío posible, los ejercicios de solfeo en los cuales ponía antes tanto calor y pasión. Amortiguó la vocalización, disminuyó la amplitud de los sostenidos, moderó la expresión de las nimias é insignificantes letras que la permitían cantar, en una palabra: se tomó todo el trabajo imaginable por cantar mal. No pudo hacerlo por completo; pero al menos logró oír menos equívocos sobre su vocación dramática.

En la capilla, era otra cosa. La gustaba con pasión. Aquella iglesia pequeña de instituto, con las paredes pintadas de un rosa pálido en extremo fal-

so, con las imágenes de los santos muy bien puestas en los altares de madera dorada con esmero, llenos de trabajos de tapicería, bordados en seda, con perlas de cristal, y todas las fruslerías que puede inventar la devoción de cuatrocientas jóvenes reclusas; aquella iglesia abría á Ariadna la puerta de un mundo nuevo.

El coro litúrgico de aquella capilla estaba formado por hermosas voces del instituto; el diácono y dos chantres velaban por el perfeccionamiento en la ejecución de los versículos y responsos; pero su misión era fácil: la admisión al coro era un favor concedido solamente por expresa petición; se estaba muy seguro de no tener más que discípulas de buena voluntad. Unicamente Ariadna había sido designada de oficio desde hacía tres años. La potencia y sonoridad de su voz de contralto la hacía indispensable; era, por decirlo así, la base fundamental del coro.

Tan pronto como el diácono se hallaba de pie ante la cerrada puerta del Sagrario y con su voz profunda entonaba el primer versículo de la *Ecténia* (plegaria antes del ofertorio), Ariadna cerraba los ojos, lanzándose hacia un mundo mejor. Las cuerdas más graves de su voz velada sostenían el cuarteto harmónico que repetían á cada versículo. «¡Señor, tened piedad de nosotros!» En esas modulaciones extrañamente dulces que hacen levantar la cabeza á los profanos, alargando el responso para dejarlo extinguir con suavidad, en una disminución triste y vaga como sonido de arpa éolica, la rica voz de Ariadna tomaba un acento de súplica y plegaria que conmovía.

Para ella, la liturgia no era un conjunto de palabras canónicas, repetidas cada domingo, cada fiesta —¡y sabe Dios si son numerosas las fiestas en el rito greco-ruso! Ponía en sus acentos de plegaria todas las aspiraciones ahogadas durante la larga semana. En los himnos que forman parte de los oficios, cantaba con el alma las letras eslavas casi desprovistas de sentido, poniendo la expresión profunda de una mártir que confiesa su fe; toda la pasión contenida en su ser, aun imperfectamente desarrollado; dejándose llevar por su ideal, remontándose en unión del incienso.

Hasta la primavera de aquel año, no había sufrido demasiado. Siempre la última en sus estudios, sin embargo, concluyó por llegar á la primera clase, la que precede á la salida. Aun faltaba un año, tendría diez y siete cuando sería devuelta á su familia.

La palabra *familia* era una cruel irrisión para la señorita Ranine. Su padre y su madre la dejaron huérfana antes de que pudiese sostenerse sobre sus pequeños é inciertos pies. Una tía cargada de hijos la recogió por caridad; luego el instituto la abrió sus puertas, á regañadientes, á juzgar por los diversos semblantes, pero todos parecidos, que acogieron la entrada de Ariadna. La tía había muerto, los primos se dispersaron; siete años de instituto separan del mundo de los vivos á las jóvenes sin familia y sin fortuna, por consecuencia sin amigos... Ariadna saldría dentro de un año, ¿pero á dónde iría?

Jamás se lo había preguntado á nadie. Su alma orgullosa y salvaje, nunca conoció la dulzura de las confidencias. Había llorado por su aislamiento; la

almohada que puso en la boca para ahogar sus sollozos era quien únicamente lo sabía. Saldría del instituto, la dirigirían sin duda á alguna dama caritativa, con un poco de dinero dado por la caridad oficial á una alumna sin recursos, y así, ella vería lo que es el mundo y lo que podría esperar de él.

Pero de repente nació en ella una sed irresistible, y la creó una nueva necesidad. Quería cantar; tenía necesidad de cantar. De pronto, durante las clases, durante el estudio, en el recreo, en el comedor, por la noche en el silencio del dormitorio, sentía canturrearle la garganta, y las notas prisioneras pedían que se las abriese la puerta de su cárcel para escaparse á borbotones. La horrible contrariedad que se imponía Ariadna para contener las vocalizaciones, el esfuerzo sobrehumano que debía hacer para cerrar sus labios entreabiertos á pesar suyo, eran un suplicio desconocido probablemente hasta entonces por todo el mundo. Enflaqueció, palideció bajo su esfuerzo; cambió su carácter, se volvió morosa. El temor de producir escándalo un día ú otro, de atraer sobre ella los rayos del gabinete directorial, se convirtieron en verdadera obsesión.

Felizmente, llegó el verano; el recreo en el vasto jardín sombreado por tilos seculares, dió á Ariadna un poco de libertad sin la cual hubiese caído enferma. Casi siempre sola, iba y venía á paso lento por la alameda más desierta, y cantaba á media voz todo lo que le dictaba su fantasía.

Eran aires sin palabras, sin ritmo, sin medida. Dejaba que su alma se expansionase con timidez, con mucha dulzura, como una paloma cautiva que

apenas se atreve á arrullar; murmuraba melodías que la inspiraba su imaginación de colegiala ignorante y reclusa. Filaba las más sostenidas notas, trabajando su aliento y su voz para llegar hasta el límite mayor de las escalas vocales sin ser oída. Así pasó tres meses deliciosos, durante los cuales se expansionó su belleza, y su alma oprimida pareció renacer.

Pero el otoño vino con antelación, como siempre sucede en Rusia: al llegar el mes de Agosto se prohibieron los paseos por la tarde; cuando el día era lluvioso se suprimían los de la mañana. Las opresiones y las angustias volvieron á empezar para Ariadna y fueron tan lejos, que un día, después de algunas noches tempestuosas y de varios días de sufrimiento, la joven no se pudo contener y produjo el escándalo que hemos referido.

La Grabinof encontró, pues, á su alumna en un estado de indiferencia que repentinamente le inspiró una cólera desmesurada.

—¿Qué es lo que hace usted aquí?—dijo repentinamente con su voz retumbante, pegando los labios al oído de Ariadna, de manera que hiriese su delicado tímpano.

La joven se estremeció, miró á su persecutora con desdén y repuso:

—No hago nada.

—¡Precisamente! ¿No le da á usted vergüenza estar siempre sin hacer nada? Si tuviese usted un poco de sentimiento se ocuparía en algo...

—En bordarla zapatillas, como por ejemplo la señorita Samarine, ó en hacer tiras á su cubre-pies

como la señorita Serof. Querría hacerlo, señorita, pero no tengo dinero para comprar las zapatillas, y usted no me quiere lo bastante para permitirme trabajar á su lado en ese querido cubre-pies. No es culpa mía el que usted no me quiera, ni el que yo no tenga dinero en el bolsillo.

La Grabinof palideció de rabia, buscó una contestación acerada, y no encontrándola, se fué rebotante de hiel.

Después del te de la tarde, flaco regalo, en el momento en que las jóvenes aprovechaban el último recreo, la señora encargada de la clase salió de su habitación que daba sobre el corredor.

—¡Ranine!—gritó con su voz más fuerte,—la señora directora ha mandado llamar á usted.

Todas las miradas moficiosas y perversas se volvieron hacia Ariadna, que se levantó con tranquilidad, dejó el libro de estudio que estaba leyendo, y tomó con lentitud el camino de la amplia escalera. Las miradas la siguieron.

—La van á despedir—murmuró una voz adulatora.

—Tendrá lo que merece—repuso la Grabinof con sequedad.

—Maldita bestia es esa Grabinof—cuchicheó una independiente al oído de otra.—¡Hoy ha sido bastante perversa! ¡Quisiera que la diesen en las narices!

—Tal vez le ocurra—repuso la otra.—¿Vendrás esta noche al refectorio?

—¡Silencio!—dijo la independiente mirando á su alrededor y murmurando muy bajito:

—Esta noche no, mañana por la tarde.

Las dos amigas se volvieron hacia la encargada de clase.

—Y bien, querida señorita Grabinof—dijo Olga, —¡en ese cubre-pies hace mucho tiempo que no he hecho una tira! Me hace usted el favor de su *crochet*, vamos, démelo pronto.

—Esta noche no, amiga mía, es demasiado tarde; pero mañana si usted quiere, sí—repuso la Grabinof, arrollando la preciosa obra.

—¡Vieja momia, toma eso por dinero sonante! Ya lo sabes—dijo Olga al oído de su compañera,—ese cubre-pies lo empezó para su boda con el príncipe Maravanti-Fioravanti, ese embajador italiano de la época de Pedro el Grande, con quien debía casarse; y que ya tenía tres mujeres en territorio extranjero.

Las dos buenas amigas, riendo, empujándose, cuchicheando, fueron á reunirse á las demás á la puerta del dormitorio, donde, por una malicia ordinaria y cotidiana, hacían grandes reverencias y se inclinaban mutuamente al entrar.

Cruzando grandes escaleras, grandes corredores, vastas salas, Ariadna, que no iba de prisa, concluyó por llegar á la antecámara de la habitación de la directora. Un soldado de servicio vestido con la pseudo-librea del uniforme de diario, se puso en pie á su llegada y abrió la puerta de un salón de espera. Allí una sirvienta confidenta de su ama permanecía de continuo negando ó permitiendo el paso. Hizo á Ariadna una seña para que entrase y se quedó muda en su puesto. La joven dió algunos pasos, abrió una de las mamparas de una puerta á

medio cubrir con grandes cortinas de lana, entró, hizo una reverencia, cerró la puerta tras sí, y esperó con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el esbelto busto.

—¿Quién está ahí?—preguntó la directora.

—¡Ranine!—repuso la culpable.

—Acérquese usted—dijo la directora con voz menos severa de lo que esperaba Ariadna.

La joven obedeció, acercándose hasta llegar bajo la luz de una lámpara grande cubierta por una pantalla, que alumbraba de un modo incompleto la vasta estancia de colores pesados y macizos.

El fondo del gabinete estaba ocupado por un canapé grande, recubierto como todos los muebles por una tela de damasco azulado. El azul era el color reglamentario de los institutos: ese color se encontraba por todas partes; allí donde estaba ordenado era el color del uniforme: en donde no lo estaba, una galantería, un recuerdo agradable ofrecido ¿á quién? al reglamento, según todas las probabilidades, pues nadie sabe á quién podría serle agradable. Pues, las enormes cortinas que ocultaban los marcos de las ventanas, los *portiers* que cubrían las puertas, todo era azul, de un azul tolerable durante el día, pero que por la noche se transformaba en negro fúnebre.

Otra lámpara, ó por mejor decir un quinqué de forma más elegante, revestido de un reflector—pues los reflectores vistos de espaldas nada tienen de graciosos—alumbraba maravillosamente un retrato de cuerpo entero de la gran duquesa protectora del establecimiento, colocado encima del canapé, siempre ocupado por la señora Batourof. Las malas len-

guas se preguntaban siempre en secreto si las flores colocadas sobre el retrato y continuamente renovadas se dedicaban á la directora ficticia ó á la real. Otros dos retratos, los del emperador y la emperatriz, colocados frente á frente hacían juego en las paredes vecinas. Estos no tenían luz.

Al llegar cerca de la lámpara, Ariadna notó que la señora Batourof no estaba sola. Huída en un sillón grande, con las manos plácidamente puestas sobre las rodillas, una señora de cerca de cincuenta años fijaba sobre la joven una mirada escrutadora, pero desprovista de malevolencia. Cuando vió que sobre ella se fijaban los ojos negros y sospechosos de la señora Batourof, con más curiosidad que censura, Ariadna recobró interiormente el dominio de su impasibilidad.

—¿Es usted quien ha cantado durante la clase?—preguntó la directora.

—Sí, señora superiora—repuso Ariadna.

El título de superiora lo han adquirido de derecho las directoras de esos establecimientos, por más que sus funciones sean absolutamente laicas.

—¿Qué motivo la ha impulsado á usted á producir ese escándalo?—preguntó la señora Batourof con su voz tranquila y un poco ronca.

La señorita Ranine bajó la cabeza, no podía responder. La hubiera sido preciso referir sus angustias, la necesidad irresistible que la impulsaba á cantar... esto era demasiado largo. Y además, ¿para qué? ¿No valía más dejarse castigar?

—¡Responda!—dijo la superiora sin enojo.

—Tengo necesidad de cantar, sufro cuando he de

callarme—repuso muy á su pesar la delincuente sin atreverse á levantar la cabeza.

—¿Dónde sufre usted?

Ariadna indicó la garganta.

—¿Y ahora sufre usted?

La joven inclinó afirmativamente la cabeza.

—¡Cante!

Esta palabra fué dicha con tranquilidad, como si hubiese sido la cosa más sencilla ponerse á cantar así, en medio de una reprimenda oficial. Ariadna miró el impasible semblante de la directora. No se burlaba, la joven quiso hacerla una pregunta, pero no encontró palabra y se quedó muda, con los ojos muy abiertos, con todo su hermoso semblante vuelto hacia la luz, recibiendo de lleno la claridad casi cegadora del quinqué.

—¿Usted canta en la capilla?—preguntó la señora que hasta entonces no había dado señal de vida.

—Sí, señora—repuso Ariadna, tranquilizada en el acto por la voz dulce y cariñosa de la nueva interlocutora.

—Cante el himno á la Virgen.

—No sé más que mi parte—respondió con dulzura la señorita Ranine.

—Cántela—dijo la directora.

Ariadna abrió la boca y en seguida la estancia se llenó con una vibración cálida y sonora. Un estremecimiento sacudió hasta las diversas chucherías de cristal colocadas en los *étagères*, *bibelots*; candelabros y arañas vibraron con armoniosa trepidación á los sonos de aquella voz tan natural, tan rica y tan dulce que se apoderaba del corazón como si fuese

una ligadura de carne viva.

Ariadna cantó con lentitud su parte de contralto, sus ojos perdidos en la vaguedad habían tomado una expresión de extraña fijeza, se hubiera dicho que dentro de sí miraba algún objeto misterioso, alguna aparición solemne, pero no mística. Lo que veía no era cosa del cielo.

Cantaba casi sin mover los labios, con la boca muy abierta para dejar salir los sonidos, la cabeza un poco echada á atrás, los brazos caídos, tranquila, inmóvil, como en éxtasis.

Cuando hubo concluído se calló, bajó la cabeza y esperó.

El encanto de aquella voz era tan poderoso que había vencido la cólera ó la burla; la superiora cambió una mirada con la visitante, y en aquella mirada había algo más que sorpresa: la admiración tenía mucha parte en ella.

—¿Sabe usted algo que no sea la liturgia?—preguntó la superiora.

—Sé las vocalizaciones de la escuela de canto.

—Cante muy despacio una escala menor—dijo la señora de los cabellos grises.—Con mucha lentitud, comience en el *la* del diapasón.

Ariadna abrió de nuevo la boca. Era la bondad la que brillaba inconscientemente en la voz de la vieja señora, que había despertado en ella un manantial de ocultas emociones. Vocalizó la escala pedida con un acento tal de plegaria, de invocación apasionada que, cuando su voz se extinguió sobre el *la* agudo de la octava, un estremecimiento agitó el cuerpo de las dos mujeres, como si hubiese sido la queja de

un ángel.

—Ahora baje usted—dijo la superiora.

La voz de Ariadna, con el acento de la cólera y la desesperación, descendió y se detuvo con vibración lenta y prolongada sobre el *mi* grave.

—¡Es prodigioso!—murmuró la visitante dejándose caer sobre el sillón, de donde la atención la había levantado un instante.

—En efecto, tiene una voz muy notable—añadió la directora;—pero esto no es una razón para perturbar las clases. Usted ha producido un gran escándalo.

—He dado mis excusas á la señora encargada de nuestra clase y á nuestro profesor—repuso la señorita Ranine.—Humildemente se las doy á usted también, señora superiora.

Inclinó la cabeza, pero con tanta dignidad, que la visitante se emocionó.

—Hágalo por mí—dijo en italiano á la directora,—perdónela; esa niña será una gran artista.

—¡Por usted sea!—respondió la señora Batourof, sonriéndose, muy contenta de tener este pretexto para una clemencia á la que de antemano estaba resuelta.

—Irá usted todos los días, durante el recreo de mediodía, á la sala de música y cantará sola—dijo la superiora con la misma entonación que si la impusiese el más grave castigo.—¡Váyase!

Ariadna, asombrada, miró á las dos mujeres: el semblante de la directora indicaba severidad. La visitante había sonreído y parecía feliz por aquel desenlace imprevisto.

Siguiendo la costumbre, Ariadna se inclinó besan-

do la mano de la superiora, que dejaba hacer; después, movida por apasionado impulso, cogió la mano de la otra señora y la llevó á sus labios. Luego, volviendo al terreno de las conveniencias, hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta. En el instante en que iba á salir, la visitante, que probablemente leía en su pensamiento, la dijo:

—¡Cante una vocalización!

Ariadna se detuvo en el acto y entonó en seguida la más brillante, la más aérea de sus vocalizaciones de solfeo. Recobró toda su alegría; los trinos y los arpegios se sucedieron, joviales y gozosos, como pájaros que toman el vuelo. Cuando hubo concluído, sin tomar aliento dijo:

—Le doy las gracias, señora.

En seguida se cerró la puerta tras ella, y ligera y rápida se deslizó hasta el dormitorio, en donde se apresuró á ocultar sus risas y lágrimas en la almohada, su confidenta habitual.

—No me incomoda—decía en el mismo instante la directora á su amiga—de vejar un poco á la Grabinof. Desde hace algún tiempo se queja de todo el mundo. ¡Esto se le va á montar en la nariz!

De este modo se realizó el deseo de la hermosa y riente morena.

IV

Grande fué el asombro cuando al siguiente día se vió á la señorita Ranine dirigirse hacia el salón de música, y mayor lo fué aún cuando la Grabinof, que quería detenerla, recibió en pleno rostro esta contestación dada con voz fuerte y clara:

—Es por orden de la señora superiora, y, además, usted no está hoy de servicio, señorita.

La Grabinof estuvo á punto de caerse de espaldas, pero se rehizo para correr á tomar informes. En efecto, no estaba de servicio, puesto que en los institutos, las señoras encargadas de clase alternan un día de servicio por cada dos de descanso, así es que tuvo sobrado tiempo para adquirir las noticias que deseaba. Ariadna no había sido castigada, pues era imposible considerar como castigo aquella hora de canto tan deseada por ella; mejor podía tomarse por una recompensa. ¡Preciso era que en esto se ocultase algo! Así es que la señorita Grabinof se permitió poner en juego toda su actividad para llegar á descubrir lo que hubiese podido haber.

En el momento en que las jóvenes iban á volver á clase, en el tumulto de los últimos cinco minutos, un ruido indefinible circuló por el corredor de la

primera clase; cuatro ó cinco señoritas entre las de más edad y más hermosas, corrieron á la meseta de la escalera principal, que permitía ver hasta el vestíbulo, y se inclinaron sobre la barandilla.

En aquel momento, dos oficiales jóvenes, amigos de uno de los hijos de la directora, se quitaron en la portería sus gabanes, antes de entrar á ofrecer sus respetos á la venerable señora.

Se cruzaron miradas, un vago sonreír, algunos movimientos de labios se cambiaron entre los visitantes y las lindas curiosas.

—Buenos días, señor Miguel—exclamó una voz infantil;—es usted adorable.

Un murmullo confuso de risas y reproches mezclados cubrió la voz de la atrevida. El joven así llamado miró hacia arriba, respondiendo con audacia:

—¡Al servicio de usted, señorita!

—¡Una señora de clase!—Esta frase circuló entre los grupos; las que se reían abandonaron la meseta; la señorita Grabinof, como autoridad en persona, apareció demasiado tarde, estirada, encorsetada, acicalada, con el cubre-pies debajo del brazo.

En el mismo instante, sobre los peldaños tapizados de rojo de la escalera, apareció Ariadna, con su cuaderno de música en la mano, pálida, fatigada por el inmoderado ejercicio vocal que acababa de hacer, pero con esa mirada feliz y como alumbrada por una llama interior que acompaña y sigue al éxtasis.

—¡La he cogido á usted dando un escándalo, hablando con los jóvenes que vienen á ver á la señora

superiora!—gritó la Grabinof, que había cogido una palabra dicha por una imprudente ó cuchicheada por una delatora.

Ariadna la miró con tanta estupefacción, que á la vez era tan desdeñosa, que la solterona tembló de rabia.

—Si nunca había podido cogerte—murmuró. Y fué á transportar su cubre-pies con sus rencores á la habitación de otra señora encargada de clase igualmente libre aquel día, que vivía en el tercer piso en unión de las pequeñas. Era esta su mejor amiga; en la habitación de la una ó la otra tomaban el café juntas los *días blancos*, es decir, los que no estaban de servicio.

El primer cuidado de la señorita Grabinof, fué contar á su querida Anita la injusticia de que había sido víctima.

—Figúrate, querida mía—pues ambas se tuteaban,—que la señora superiora, no solamente no ha castigado á Ranine, sino que aun le ha dado permiso para cantar durante una hora por las mañanas.

—¡Esto es espantoso!—exclamó la querida Anita, añadiendo un pedazo de azúcar á su café.—¿Y qué has dicho tú?

—¡Qué quieres que diga! No he dicho nada, máxime cuando nadie me lo ha hecho saber. Es por esa horrible joven, por ella misma, por quien he sabido las órdenes de la señora superiora.

—¿Nadie te ha dicho nada?—insistió la amiga con asombro.

La señorita Grabinof sintió necesidad de hacer una pequeña rectificación.

—La inspectora me comunicó la decisión de la señora superiora. Sin eso, ¿crees tú que hubiese dejado á esa maldita ir en el acto á la sala de música?

Anita sabía desde hacía mucho tiempo que no había que tomar en absoluto al pie de la letra las aserciones de su amiga; así es que no insistió sobre aquel ligero error.

—Y—continuó aquella buena alma—figúrate que al volver de la sala de música ha tenido tiempo de cambiar miradas y saludos con los dos Mirsky.

—¿Qué Mirsky?

—Los hermanos Mirsky; venían á hacer una visita á la señora superiora.

Anita la miró un instante en silencio, después dió fin á su taza de café, dejándola sobre el platillo. En el momento en que cogía el mango de la cafetera, para ofrecerse una segunda taza, fijó sobre su amiga sus ojos, inteligentes aunque propensos á irritaciones.

—Los Mirsky vienen todos los días durante el recreo. ¿No lo has notado?

La Grabinof tembló y miró á su amiga como si fuese una reproducción exacta de la cabeza de Medusa.

—No—repuso con lentitud,—no me había fijado; pero es verdad.

—¡Pues bien! querida mía, presta atención en esto y en otras muchas cosas más.

La señora de clase se sintió tan emocionada por el tono con que su amiga había pronunciado estas palabras enigmáticas, que olvidó azucarar su segunda taza de café y al probarlo hizo una mueca.

—Esto es muy serio—repuso Anita molestanda por aquella mueca;—en tu clase no tienes el ojo bastante abierto, y por lo tanto, no ves que sólo tienes un lote de jóvenes bonitas que no desean hacer más que tonterías.

—¿Ranine?—dijo la señorita Grabinof, dominada por su idea fija.

Anita movió los hombros.

—Ranine no tiene un céntimo y no conoce á nadie. No son las muchachas pobres las que hacen tonterías en el instituto. Yo también he sido encargada de la clase primera y he visto cosas de todos colores. Pero creo que tus señoritas están en camino para hacértelas ver á tí más hermosas que cuantas he visto yo.

—¡La señora Banz es una oca!—dijo la Grabinof definiendo así, con una frase, el carácter querellante y ruidoso, pero superficial, de la señora de servicio que compartía con ella el honor peligroso de guiar hacia el bien á la primera clase.

—Es que la culpa no es únicamente de la señora Banz. Tú también tienes tu parte de responsabilidad. ¡Cómo! gracias al excelente sistema de nuestros institutos, que hacen subir á las señoras de clase á la vez que á sus alumnas, tú has visto crecer á tu pollada, las conoces desde hace diez años, y ¿no sabes adivinar quiénes son capaces de jugarte una mala pasada?

—Pero—balbució la Grabinof soliviantada por tan directa acusación,—excepto Ranine que no vale absolutamente nada, todas son señoritas muy bien educadas, amables...

—¿Sabes tú lo que te va á suceder antes de cuatro días? — dijo Anita con impaciencia. — ¿No? ¡Pues bien! perderás tus veintidós años de servicio y te darán el retiro con mucha pensión.

—¿Por qué, Dios mío? — exclamó la desgraciada Grabinof que sentía sus cabellos enderezarse bajo su gorro.

—Porque no quieres ó no sabes ver nada...

—¿Pero qué pasa? — gritó la Grabinof loca de terror, agitando los brazos como un antiguo telégrafo de arpas.

Anita miró á su amiga y de una ojeada se convenció de la buena fe de aquella desgraciada. Entonces, acercándose á su oído, le cuchicheó una frase muy corta, cuyo efecto fué espantoso. La señorita Grabinof se dejó caer sobre su silla, tan verde como un pepino mal maduro.

—¡En mi clase, Dios mío! — dijo en voz baja. —

¿En mi clase? ¿Y sus nombres?

—¡Sus nombres! ¡Pero si eres tú quien debiera decírmelos!

La señorita Grabinof se retorció las manos con trágico ademán.

—¿Pero cómo lo has sabido? — dijo cuando recobró un poco, muy poco, de sangre fría.

—Por mi criada (cada señora de clase tiene su criada que elige y paga y una ya se puede imaginar la variedad de odiosos elementos que esta disposición introduce en los institutos). Fébronia está en muy íntimas relaciones con uno de los soldados encargados de vigilar la limpieza de los refectorios; pretende que hasta tiene intención de casarse con

ella. Entre tanto no hay secretos para ella, y los dos se lo cuentan todo. ¡Se puede decir que las señoritas están bien guardadas!

La señorita Grabinof lanzó un largo suspiro.

—¿Cómo saber sus nombres?

—¿Los de los jóvenes? Se sospecha que sean los dos hermanos Mirsky. Esto es muy posible.

¿No hay más que dos?

Anita se puso á reír.

—Permítame que te haga observar una vez más que tú inviertes los papeles, y que eres tú quien debía darme noticias. Sin embargo, creo que son tres.

—¿Quién les deja entrar?

—Todo el mundo. ¡Con la llave de oro, ya sabes!...

Esta vez suspiraron juntas. Nunca ninguna llave de oro ni de plata había tratado de abrir las verjas que guardaban la virtud de aquellas pobres desheredadas, verdaderamente desheredadas, pues hasta les faltaba el último encanto de la mujer: la bondad.

—¿Qué hacer? — gimió la Grabinof. — Yo voy á ir á contar todo esto á la señora superiora, pues semejante oprobio...

Anita levantó los hombros con conmiseración.

—Pobre amiga mía — le dijo con dulzura, — tu desgracia te hace perder la cabeza. ¡Ese sistema no te ha dado buen resultado con la señorita Ranine para que lo emplees por segunda vez! Supongo que no querrás que te suceda eso... ¿Qué harás?

La señorita Grabinof no trató de buscar lo que haría en semejantes circunstancias: juntando sus manos

huesosas y suplicantes, las extendió hasta cerca del pecho de su amiga.

—Aconséjame, querida Anita; me inclino ante tu sabiduría superior á la mía. Haré cuanto me digas.

La amiga triunfante, comenzó una serie de exhortaciones y de consejos que se prolongaron hasta el final de las clases.

—Entre tanto—concluyó Anita, en el instante que un rumor se elevaba por todas partes, anunciando la marcha de los profesores,—ve á combinar los planes de batalla.

Las dos buenas amigas se separaron con la confianza y la ternura de dos almas hermosas ligadas por una buena causa, y la señora Grabinof, semejante á una cierva espantada, se apresuró á bajar al piso inferior.

V

El dormitorio de la primera clase estaba sumido en la calma del primer sueño. Los blancos lechos sin cortinas, cubiertos con immaculadas colchas, se alineaban en fila en el alto salón, alumbrado en los dos extremos por lámparas de escasa luz colgadas ante sagradas imágenes. Los cuerpos esbeltos y graciosos de las jóvenes, dibujándose apenas bajo los abrigos, y las cabezas morenas ó rubias recibían todas la misma claridad indecisa, perdiendo su personalidad en aquel vago crepúsculo.

La señora encargada dormía también detrás de una mampara, á la entrada del dormitorio, en una habitación pequeña, muy parecida al escondrijo de Canerberero. Aquel medio de situarse, le debía permitir vigilar las entradas y las salidas; ¡pero veinticinco años de vigilancia atrofian mucho las facultades!

Acababan de dar las once en una campana grande colocada encima de la escalera y el son retumbante de su timbre se extendía aún bajo los arcos de los grandes corredores abovedados; una de las jóvenes acostadas se incorporó sobre el lecho, calzó las zapatillas, se puso un traje de casa, y sin preocuparse mucho del ruido que pudiese hacer, se dirigió resuel-

huesosas y suplicantes, las extendió hasta cerca del pecho de su amiga.

—Aconséjame, querida Anita; me inclino ante tu sabiduría superior á la mía. Haré cuanto me digas.

La amiga triunfante, comenzó una serie de exhortaciones y de consejos que se prolongaron hasta el final de las clases.

—Entre tanto—concluyó Anita, en el instante que un rumor se elevaba por todas partes, anunciando la marcha de los profesores,—ve á combinar los planes de batalla.

Las dos buenas amigas se separaron con la confianza y la ternura de dos almas hermosas ligadas por una buena causa, y la señora Grabinof, semejante á una cierva espantada, se apresuró á bajar al piso inferior.

V

El dormitorio de la primera clase estaba sumido en la calma del primer sueño. Los blancos lechos sin cortinas, cubiertos con immaculadas colchas, se alineaban en fila en el alto salón, alumbrado en los dos extremos por lámparas de escasa luz colgadas ante sagradas imágenes. Los cuerpos esbeltos y graciosos de las jóvenes, dibujándose apenas bajo los abrigos, y las cabezas morenas ó rubias recibían todas la misma claridad indecisa, perdiendo su personalidad en aquel vago crepúsculo.

La señora encargada dormía también detrás de una mampara, á la entrada del dormitorio, en una habitación pequeña, muy parecida al escondrijo de Canerberero. Aquel medio de situarse, le debía permitir vigilar las entradas y las salidas; ¡pero veinticinco años de vigilancia atrofian mucho las facultades!

Acababan de dar las once en una campana grande colocada encima de la escalera y el son retumbante de su timbre se extendía aún bajo los arcos de los grandes corredores abovedados; una de las jóvenes acostadas se incorporó sobre el lecho, calzó las zapatillas, se puso un traje de casa, y sin preocuparse mucho del ruido que pudiese hacer, se dirigió resuel-

tamente á través del dormitorio hasta la puerta que daba sobre el corredor. Era Olga.

A su paso tocó ligeramente sobre el hombro de una de sus compañeras adormecidas, que, siguiendo su ejemplo, no tardó en encontrarse de pie á su lado; una tercera las esperaba y se les unió.

Entonces, las tres juntas, revistiéndose de audacia, abrieron la puerta, cuyos goznes bien aceitados no causaron el más ligero ruido y se encontraron en el corredor.

Un ligero estremecimiento, de frío ó temor, agitó á las tres, pues se acercaron instintivamente cogiéndose de la mano. La mortecina claridad de grandes lámparas que había colgadas, alumbraba con tristeza los enormes corredores; una alfombra de grueso cordoncillo apagaba el ruido de los pasos; sin embargo, un ligero roce, como el roer de ratoncillos, las hizo detener más de una vez mientras se dirigían á la escalera principal.

Era necesario descender un piso, recorrer en sentido inverso otro corredor y entrar en el refectorio situado en la extremidad del vasto edificio. Todo esto se hizo con una precisión y seguridad que denotaba cierta costumbre de aquel paseo.

Las tres traviesas entraron en el refectorio, encontrando allí á tres muchachos encantadores, los tres oficiales de la guardia, á lo más de veinte años de edad y dispuestos á reir de muy buena gana las juguetas hechas á las vigilantes. Habían ellos corrido menos riesgos para entrar que las jóvenes para llegar allí. Una puertecilla del refectorio comunicaba con las cocinas, las cocinas con el patio y el patio

con una gran puerta cochera que daba á la calle. Esa puerta se cerraba á las once, y hasta entonces todo el mundo era libre para entrar y salir por ella para visitar al numeroso personal del establecimiento; nada era más sencillo que el entrar. Para salir, eran necesarias algunas precauciones más; pero, pagándolo bien, del soldado sin armas que guardaba la puerta, ¿qué no se habría conseguido?

Cada uno de los tres jóvenes merodeadores era más ó menos bien recibido en su amor. El refectorio estaba poco alumbrado, pues toda la luz provenía de una linterna sorda oculta bajo un banco y vuelta hacia la pared; pero las amigables parejas no tenían necesidad de suntuoso alumbrado para entenderse. Se sentaron en los bancos, unos frente á otros, y empezó la conversación.

Se habló de cosas muy diferentes: primero de las encargadas de clase, á las que pusieron de un modo conveniente, luego del escándalo causado por aquella gran necia de Ranine.

—Calla, es una idea—dijo uno de los jóvenes.—

¿La Ranine, cómo es? Tendría curiosidad en verla.

Esa curiosidad impertinente fué castigada con una pequeña rabieta y una queja de enamorada, que terminó cuando la hermosa ofendida permitió generosamente á su caballero besar la mano que se dignaba perdonar.

Las conversaciones tendían á volverse cada vez más íntimas, las parejas se habían acercado más, pero siempre hablando de cosas del instituto; ¿de qué otras podían hablar las jóvenes? ¿Y qué asunto más extraño y más curioso podrían hallar para man-

tener la conversación?

—¿Está buena la tiza?—preguntó un joven con cierto disgusto mezclado de curiosidad.

—Es excelente cuando cruje bajo los dientes, ¿ya lo sabe usted? Todos los días cogemos los pedazos que quedan después de la lección y nos los partimos. Tenemos mucho cuidado en envolverles en papel dorado y recortado. ¡Los profesores se creen que es por galantería hacia ellos! Nada de eso, es para que sus malditos y cochinos dedos no toquen la tiza, pues nos la queremos comer.

—¡Oh! ustedes no me harán creer—interrumpió otro oficial—que no sienten alguna pequeña debilidad por alguno de sus profesores, por un lindo muchacho, como por ejemplo el profesor de química...

—¿El?—repuso con viveza la perversa inocente,—á ese no; es demasiado tímido; ¡pero á nuestro profesor de alemán! á ese se le adora; el último invierno ha recibido lo menos dieciocho declaraciones. ¡Era una *coqueluche!* toda la clase la ha pasado.

—¡Ah! ¿Y es indudable que usted también?—repuso el amante de mal humor.

Y recibió por castigo una pequeña reprensión, pero no demasiado pequeña; y por su parte le fué necesario también hacer la paz.

—¿Y usted?—preguntó el tercer visitante á su amiga, que partía con sus hermosos dientes un bolsón entero de peladillas. Inútil es decir que nuestros jóvenes no habían ido con las manos vacías; un cesto grande lleno de provisiones de toda clase hizo su aparición desde el comienzo de la entrevista y yacía casi vacío á los pies de los conversantes.

—¿Yo? ¿qué, yo?

—¿Le ha amado á usted algún profesor de música?

—No—repuso la glotona;—el año pasado adoré á nuestro diácono, ¡estaba tan hermoso con sus largos cabellos castaños muy bien ondulados sobre sus hombros! ¡se parecía al Cristo que está sobre la puerta del altar, ya le ha visto usted! Y además, tenía una manera tan imponente de decir la misa. ¡*Rogad al Señor!* esto me resonaba aquí.

La joven puso la mano, nó sobre su corazón, sino sobre lo que vulgarmente se llama la boca del estómago. Era tal vez el sitio en donde toda su vida estaba llamada á sentir las impresiones más fuertes.

—¿Y ahora?—prosiguió el amante no sin algunos celos.

—Ahora, naturalmente, es á usted á quien adoro.

Semejante aserción, en un momento como aquel, bien merecía algunas frases de ternura que no se hicieron esperar.

A pesar de que aquellas jóvenes no llegaban á los veinte, ya lo hemos dicho, y de que el género de vida que llevaban las muchachas, las entregaba atadas de pies y manos á la seducción, ninguno se propasó á bromas de mal gusto. Habían ido allí, no guiados por un amor ideal, ni arrastrados por un sentimiento menos puro, sino simplemente por quebrantar la ley, la regla, por amor al fruto prohibido, por el placer de burlarse del derecho. Era el triunfo de la perversidad; pero de la perversidad infantil.

—Es preciso volver—dijo Olga,—esta es la hora en que la señora Banz estornuda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HURTADO"

46 1625 MONTREY, MEXICO

30284

Fué preciso explicar cómo estornudaba la señora Banz, en lo que se invirtió algunos minutos, luego vinieron las despedidas más ligeras que tiernas. Los jóvenes arrebañaron con todo lo que quedaba en el cesto; los caballeros, por cortesía, no hicieron lo mismo.

—¿Qué hay que traer para la próxima entrevista?

—Arenques salados y cebollas, muchas cebollas. Y además, traigan champaña.

—Será champaña y un pastel de *foie-gras*; cenaremos juntos.

Después de tan noble resolución, el grupo se separó.

Al volver al dormitorio, las jóvenes fatigadas por la falta de sueño, no iban tan ligeras como cuando bajaron. Una de ellas se cayó en la escalera y la cruz de oro del bautismo, que llevaba sobre el pecho, pendiente, según costumbre, de una cadena bastante larga, chocó contra el escalón.

A aquel ruido la cabeza ancha y aplastada de la Grabinof se deslizó sobre el tramo superior.

También ella había pasado la noche fuera del lecho, pero ningún motivo seductor había espantado el sueño de sus ojos, se había dormido sobre un pedazo de la escalera. A la luz de la lámpara, reconoció á las tres culpables, y un estremecimiento de horror la sacudió de pies á cabeza.

—Las tres mejores—se dijo,—las tres más lindas, las tres más nobles y más ricas. Señor, ¿á dónde iremos á parar?

Sin esperar la respuesta del Señor, fué á acostarse á su lecho; en donde sufrió espantoso insomnio, fru-

to de sus tristes pensamientos. Permitámonos añadir que no sufría tanto como podía temerse, sostenida por dos elementos diferentes: el pequeño anticipo, por su noche perdida, que había tomado en la escalera, y la alegría que sentiría al descubrir á todos la estupidez de la señora Banz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL

"ALTA MEXICANA"
Año. 1875 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

VI

Al día siguiente por la mañana, ó por mejor decir, el mismo día, la señorita Grabinof recobraba sus funciones desde el alba; las noches agitadas no embellecen, pues tenía una de esas fisonomías que no ganan nada con las emociones vivas. Así es que desde el desayuno, á la hora del te nacional, las jóvenes se apresuraron á informarse con ternura de la salud de su querida señora de clase. Como puede esperarse, fué una de las paseantes nocturnas la que abordó este capítulo.

—Tiene usted el aspecto fatigado, querida señorita—le dijo Olga.—¿Ha pasado usted mala noche? ¡Sin embargo, no estaba de servicio!

¡Tanta astucia, tanto aplomo y tanta sencillez mezclada de candor había en la entonación de su voz! La señorita Grabinof se sintió temblar de cólera.

—Está usted muy amarilla esta mañana—agregó otra.—¿Le ha ocurrido algo desagradable?

Ariadna, que silenciosamente comía su panecillo de pan blanco, levantó los ojos sobre la Grabinof. Tenía conciencia de haber causado un disgusto á la señora de clase, ¡pero de esto á haberla hecho poner

completamente amarilla había alguna diferencia! Para juzgar hasta que punto estaba amarilla la señora de clase, la joven se atrevió á levantar los ojos. Se encontró con una mirada de odio tan reconcentrado que la hizo palidecer.

—Sí—exclamó la Grabinof,—me han dado un disgusto, pero hay una justicia en este mundo, en espera de la del otro.

Todos los ojos se fijaron en Ariadna que sintió bullir en ella un sentimiento de cólera y de desprecio por la necedad humana. Ese sentimiento ¡ay! no era nuevo para ella, y cada vez renacía con más fuerza y más amargo. Pero no podía hacer más que callarse y tener paciencia; esto fué lo que hizo.

La mañana pasó sin tropiezo, el aspecto de las tres delincuentes era adormecido; la lección de geografía les pareció larga, y sus respuestas no fueron de las más brillantes; pero aquellos desfallecimientos no eran raros, y el profesor no se fijó en ello.

El recreo y la comida vinieron después, todo parecía ir por el mejor camino, por el mejor de los mundos, cuando Ariadna, que iba á su hora de canto, chocó con el ángulo de su cuaderno de música en el respaldo de una silla en el que estaba completamente abierta la bolsa de trabajo de la señorita Grabinof. Cayó la bolsa con su contenido de mercería menuda, el precioso cubre-pies se enredó en las patas de la silla, deshaciéndose algunas mallas de *crochet*, y el ovillo de hilo fué rodando á algunos pasos de distancia.

—¡Usted lo ha hecho con intención!—gritó la Grabinof lanzándose sobre su cubre-pies, que estrechó

sobre su corazón lo mismo que una madre á su hijo amenazado por las devoradoras fauces de una bestia feroz.

—¡Bien sabe usted que no!—dijo con tranquilidad Ariadna que arrodillada en el suelo ponía en orden el contenido de la bolsa.

—¡Lo niega! ¡su conducta merece ser castigada, señorita! ¡Es demasiada insubordinación! ¡Por hoy le privo de su hora de canto!

Ariadna, siempre de rodillas, con la cabeza baja, había escuchado sin replicar el severo sermón de la señora de clase; pero al oír la última palabra se levantó, y dejando la bolsa fatal sobre la silla, repuso con una entonación en donde la ira ponía vibraciones apasionadas.

—Mi hora de canto es un castigo impuesto por la señora superiora. Ella únicamente me lo puede quitar. Ha llegado el momento de obedecer sus órdenes. Voy á la sala de música. Si la señora superiora levanta mi castigo, usted tendrá la bondad de decirme lo.

Y después, sin inquietarse por la ira que dejaba detrás de ella, Ariadna se fué con paso tranquilo á un extremo del corredor. Cuando hubo franqueado la puerta y se vió sola, corrió hasta el salón de música, se encerró, y abrazando al piano de cola, ante el cual se había arrodillado, dejó correr sus lágrimas, lágrimas que la hacían derramar el orgullo herido, los buenos sentimientos ofendidos; eran lágrimas de cólera lo mismo que de dolor.

—¡Perversa, perversa mujer!—se decía.—¿Por qué todo el mundo me ha de querer mal; á mí, que no

hago daño á nadie? ¡Es porque soy pobre!

No lloró mucho tiempo; la cólera la oprimía y el dolor la ahogaba. Se sentó ante el instrumento, preludió tres acordes firmes y prolongados, luego empezó con el eterno solfeo... El eterno solfeo le pareció desagradable hasta el disgusto. Se detuvo, cerró el libro, dejando caer sus manos inertes. ¿Es que ahora ya no le gustaba cantar? ¿Llegaría también á desagradarle la música, su único consuelo?

—Hay otra cosa mejor que el solfeo—se dijo Ariadna, y sus dedos aun inhábiles vagaron sobre las teclas; bien pronto hallaron la extraña y solemne armonía de los himnos religiosos que cantaba en la capilla y su voz les acompañó.

Luego se puso á cantar sin palabras, vagas melodías nacidas de su emoción.

No sabía nada de música profana, nada de lo que se cantaba fuera del instituto; así es que su inspiración nació fuera de todas las formas conocidas, teniendo en sí algo de extraño y de estático.

Cantaba, su voz grave y poderosa dirigía apasionadas peticiones al cielo, que parecía no querer nada con ella; al mundo, que la desdeñaba; á todo lo que hubiese podido amar y bendecir; á los profesores que la habían arrojado á un lado, lanzándola apenas los desperdicios de la ciencia que con tanto cuidado prodigaban á las alumnas del primer banco; á la superiora, á quien las jóvenes llamaban *mamá*, y que nunca había sido benévola con ella más que el día anterior, después de hacer siete años que la miraba con ternura y veneración; á sus compañeras en las que no encontró más que burlas crueles: ¡á

todo, á todo lo que se ama y que se implora!

Sí, Ariadna hubiese amado y venerado todo lo que se ama y venera: al nacer, había recibido el don más precioso que dan las hadas, un corazón tierno, una imaginación entusiasta, un alma de artista; en una palabra, habría amado ¡ay! todo lo que la rodeaba y todo le rechazó sus ternuras. ¿Quién podría tener necesidad de su ternura? Cada cual ¿no tenía otros cuidados, otras atenciones, otros cariños? Unicamente Dios no le había negado nada. Pero Dios estaba lejos, las amarguras de la tierra muy próximas, y esto era todo lo que podía amar sobre la tierra, á lo que Ariadna dirigía su ardiente invocación.

Cantó, siguió cantando; una emoción irresistible oprimió su garganta é hizo brotar á chorros el llanto de sus ardientes ojos; la voz se enardeció con los sollozos y un torrente de melodía, emocionante, desesperado, rodó bajo la bóveda retumbante de la sala de música.

Sus lágrimas rodaron por las pálidas mejillas hasta caer sobre el teclado, y sin embargo, seguía cantando, acompañándose al azar, y lo que cantó aquel día fué sublime; pero nunca se volvió á acordar de ello.

Al fin, rendida, anonadada, dejó morir los acordes bajo sus dedos é inclinó su cabeza sobre el atril. Con gran asombro suyo, una paz profunda, muy superior á la calma que hasta entonces había conocido, inundó su alma. De repente, se sintió dispuesta á afrontar y sufrirlo todo. De alumna, acababa de convertirse en maestra.

Notando de una manera vaga que hacía mucho

tiempo estaba allí, cogió su cuaderno y ganó el corredor. ¡Oh sorpresa! ¡el corredor estaba vacío! En las cerradas clases se oía la voz de los profesores que peroraban á voz en grito. Estupefacta y llena de espanto, Ariadna corrió á la escalera... Antes que mirase la esfera del reloj dieron las tres.

¡Las tres! es decir, que la lección empezada hacía una hora, aun debía durar veinte minutos. Imposible entrar en clase sufriendo las miradas y burlas de sus compañeras, bajo el ojo cruel de la señora Grabinof, bajo la meticolosa interrogación del profesor. ¿Confesar que había cantado hasta perder la noción de la hora, mostrar á aquellas perversas muchachas su semblante pálido por el reciente éxtasis? ¡Imposible! Valía más correr todos los riesgos. Se sentó sobre un peldaño de la escalera principal y esperó.

Varias veces, otras jóvenes habían pasado de la hora fijada tocando el piano durante los recreos; pero tenían amigas y en el último instante llegaba corriendo una compañera para decirla: ¡Tocan! Hasta la señora de clase reparaba aquel olvido avisando á la joven que se excedía tocando.

Pero para esto hacía falta tener una amiga, ó cuando menos no ser mal vista por la señora de clase... Ariadna nada tenía que esperar de nadie.

Aquel olvido, que la señorita Grabinof debió haber reparado, pareció á la joven una serie de terribles amenazas.

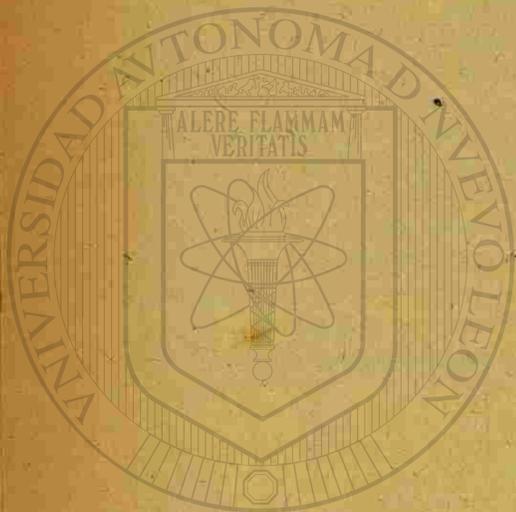
—Algo maquina en contra mía—se dijo,—estoy segura que quiere hacer que me despidan.

Ser despedida del instituto, para Ariadna, era algo parecido á la colocación de un recién nacido en una

puerta cochera. Lo mismo que él, se encontraba sin recursos, sin vestidos, sin asilo... Era el Neva en perspectiva, después de dos ó tres días consagrados á sentir los horrores del hambre y del frío. Ariadna no divisaba, no podía divisar otro término á sus sufrimientos.

En vez de encontrarse abatida, sintió de nuevo esa gran tranquilidad que la inundó en la sala de música y que perdió ante la puerta de su clase. Una iluminación repentina la asaltó.

—¡Cantaré!—se dijo la huérfana sin fortuna. Y su corazón se vió de repente lleno de confianza. Tenía un amigo, un protector: el arte que se la apareció en el éxtasis de su sueño despierta.



VII

Mientras que Ariadna permaneció en la sala de música, la señorita Grabinof no había perdido el tiempo. Estrechando el cubre-pies sobre su corazón, trasladó á su gabinete, que estaba sobre el corredor, todos los objetos menudos que se dispersaron por el corredor; luego recorriéndole con su mirada de águila, esperó que un lindo grupo de muchachas, á las que llamaba las Tres Gracias, estuviese al alcance de su voz.

Las Tres Gracias caminaban dándose el brazo, pues el reglamento del instituto no prohibía esas graciosas familiaridades, tan naturales y tan dulces, que un espíritu brutal prohíbe cruelmente en los colegios de Francia.

En el momento en que pasaban delante de la Cancerbera, las llamó sin cumplimientos.

—¡Vengan ustedes aquí, hermosas señoritas!

Las hermosas levantaron la cabeza á la vez, con perfecta igualdad y vieron en los ojos de la Cancerbera algo así como una mimosería, es decir, un cumplimiento. Las tres entraron en el gabinete de la señora de clase, la cual cerró la puerta con suavidad detrás de sus prisioneras.

Era una habitación bonita, alta de techo, las paredes cubiertas de retratos. En casa de la superiora, era la gran duquesa quien ocupaba el puesto de honor. En la habitación de las señoras era la superiora. ¡Admiremos aquí los efectos de la gerarquía! La criada de la señora de clase ponía á su vez en evidencia la fotografía de su ama. En efecto, nada era más justo.

Las sillas, el sofá, las mesas estaban cubiertas de menudencias, fruto de las horas de ociosidad de las jóvenes más que de su amor al trabajo. La luz entraba á torrentes por una enorme ventana arqueada: en el antepecho de esta ventana había plantas de vivo follaje; todo era alegre y risueño en el antro del cancerbero, y sin embargo, las tres gracias sintieron un ligero estremecimiento cuando la puerta se cerró con suavidad detrás de ellas. La señorita Grabinof la cerraba rara vez cuando estaba de servicio, y las que habían gozado el honor de tener una entrevista con ella, no se mostraban sorprendidas de encontrarla entreabierta.

La señora de clase se aproximó á sus queridas alumnas mirándolas con tranquilidad, después dijo con dulzura:

—He pasado la noche en la escalera principal.

Dos de las culpables enrojecieron de repente de pies á cabeza. Sus brazos y sus hombros mal cubiertos por la pelerina, se pusieron de un color capaz de dar envidia á las fresas silvestres. La tercera, la más resuelta, naturalmente era Olga, miró á la señorita Grabinof con asombro, diciéndola con segura entonación:

—¿Qué capricho tan extraño ha tenido usted para pasar la noche en la escalera?

Interiormente, la vieja solterona no pudo menos de admirar la sangre fría de su alumna, y se confesó á sí misma que ella no hubiese hecho tanto en su lugar; pero la ocasión no era propicia para andar con cumplimientos.

—La he visto á usted salir, querida mía, y la he visto á usted volver—la dijo.

—¿Dónde íbamos?—preguntó la joven sin inmurtarse.

—Al comedor, en donde las esperaban tres caballeros.

—Querida señorita—dijo Olga de repente con persuasiva entonación,—usted ha tenido un mal sueño y ha cogido frío; seguramente es por esto, por lo que se ha imaginado pasar la noche en la escalera.

Sin moverse del sofá, la Grabinof movió negativamente la cabeza.

—No, querida mía, no he soñado, y voy ahora mismo á avisar á la señora superiora. En tanto ustedes se quedarán en mi gabinete, que cerraré, guardándome la llave en el bolsillo, para evitar que avisen á sus cómplices; de manera que les cogemos en la próxima visita.

Ante el nombre de la superiora, la joven palideció, pero su indomable orgullo la hizo reponerse. Era descendiente de una raza ilustre, y segura de su nombre, de su título, de su fortuna, no temía gran cosa al mundo.

—Y usted, querida señorita Grabinof, caerá en desgracia con la señora superiora, por no haber te-

nido antes la idea de pasar la noche en la escalera.

Ante esta contestación mal sonante, la señora de clase perdió la calma, que ficticiamente aparentaba y su modo de ser violento recobró su dominio.

—¡Qué desgraciadas son ustedes!—repuso,—¿hasta aquí se atreven á provocarme? Yo puedo hacerlas arrojar de este establecimiento, asilo de virtudes, que ustedes deshonran con sus escandalosas intrigas...

La joven levantó la cabeza con orgullo.

—Nosotras no deshonramos nada—replicó con altanería.—Una travesura sin consecuencias no es una deshonra, hasta para el establecimiento que honra usted con sus virtudes, señorita. Usted no puede sospechar que una descendiente de los Rurik haya podido deshonrar algo, sobre todo á ella misma.

No era ya la maligna doble intención de su lenguaje habitual, era una insolencia de alcurnia, despertada por las circunstancias. Sus dos compañeras más tímidas, al verse tan bien apoyadas, recobraron su valor y mostraron firme aspecto.

—Travesura, si usted quiere que así lo sea—repuso la señora de clase sintiendo necesidad de ceder un poco,—pero semejantes travesuras manchan la reputación de las señoritas. Ustedes no se la hubiesen permitido estando al lado de sus familias.

—En nuestras familias se nos dejaría en libertad de ver y conversar con los jóvenes; aquí se aburre una hasta lo infinito—replicó la joven.

—Usted está en el instituto—repuso la Grabinof,—y mientras permanezca en él, tiene obligación de observar el reglamento. Voy en seguida á dar cuenta á la superiora, primero de su conducta, después de

su insolencia.

—Yo—repuso la insubordinada golpeando el suelo con el pie,—si se me quiere despedir, dirigiré una súplica al emperador, que es padrino mío, y le diré que nuestro único objeto, al recibir á esos señores era el obtener un poco de comida que nos traían oculta, puesto que nuestras raciones, que la bondad imperial ha hecho grandes y generosas, se han reducido á la nada por la rapiña de nuestras superiores! Ha sido por comer, señorita—agregó la joven mirando con penetración á la Grabinof.—¿Ha sido por comer! Sí, vamos, dílo tú—añadió dirigiéndose á la más glotona de las tres.—¿No es verdad que ha sido por comer?

—¡Oh! sí—suspiró aquel pobre estómago mal contento.

—Ya lo ve, señorita; ahora haga lo que quiera. Sin embargo, confieso que nuestra imprudencia puede acarrearlos disgustos, y á usted también, mi querida señorita. Creo que lo mejor sería abstenernos de dar un escándalo. Ya estamos bastante castigadas con su reprensión y por el mal que la hemos causado; ¿quiere usted, querida señorita, dejar dormir este asunto, y cuente que siempre la seremos sumisas y... agradecidas?

Esta palabra fué bastante recalcada para que no pudiera creerse haber sido con naturalidad. Se llegó á un acuerdo, una avenencia que deseaba la señorita. Las culpables oyeron una reprimenda, que la señorita Grabinof prolongó mientras halló en su cerebro frases apropiadas á la circunstancia. Se convino en que no volverían más de noche al refectorio, que

era preciso renunciar á sus expediciones secretas, y que además, las Tres Gracias sostendrían en todo y contra todos, á la excelente señora de clase que con tan buena voluntad les evitaba que diesen un escándalo público. Esta última cláusula fué presentada en términos menos precisos, pero no por eso dejó de ser menos establecida entre las partes contratantes.

—Y ahora—concluyó la Grabinof,—han de decirme ustedes los nombres de esos tres caballeros...

Un movimiento de hombros que con la mayor claridad del mundo significaba un *¡Nones!* de los menos respetuosos, fué la contestación de la hermosa insubordinada.

—... Y el nombre del soldado que les ha dejado entrar.

Obtuvo la misma contestación, muda y elocuente.

La Grabinof sintió fuerte tentación de ir en busca de la superiora; pero su orgullosa discípula produjo en seguida una reacción en su alma, peor templada que la de los antiguos romanos.

—Usted no querrá, señorita Grabinof, exigir de nosotras una delación que sería una cobardía. No es usted quien puede preguntarnos eso. Esa pregunta ha sido una prueba, lo veo con claridad, á pesar de su aspecto severo, y usted está orgullosa de que haya resistido... Acepte esta pequeñez como homenaje de una alumna respetuosa que siente lo que le dice, y también como muestra de los buenos sentimientos que sus palabras han hecho nacer en su corazón.

La campana sonó, la noble delincuente estrechó con vigor entre sus brazos á la Grabinof estupefacta,

le puso en la muñeca un aro de oro que acababa de quitarse de su brazo, y en su precipitación no dejó de pellizcar con el cierre un poco de piel seca y lacia de la señora de clase. Un pequeño grito de dolor y otro de espanto, disculpas, besos, algunas promesas, y con una precipitación febril, todas las señoritas se lanzaron al corredor, donde un profesor calvo y magestuoso aparecía ya, pronto á franquear el umbral de la clase.

—Ranine, ¿dónde está Ranine?—gritaron algunas voces compasivas.

La Grabinof lanzó una mirada á su alrededor, notando que le faltaba Ariadna; permaneció un cuarto de segundo con la mano en el picaporte de la puerta. ¿Sería necesario enviarla á buscar? Su indecisa mirada cayó sobre el brazaletes de oro, símbolo de fidelidad y vasallaje. Nadie sabe qué pensamiento diabólico cruzó por la mente de la vieja solterona, pero abrió la puerta y fué tranquilamente á sentarse en su puesto, con el inevitable cubre-pies que ganó con presteza algunas filas de puntos.

Mientras que el profesor explicaba en la pizarra una demostración complicada, la más joven de las Gracias dijo al oído de Olga:

—¿Es que vas á mandarles recado para que no vengan?

—¡Dios mío, que bestia eres!—fué la única contestación que pudo obtener.

—¡Adiós champaña!—suspiró la segunda á quien la agradaban las golosinas.

—¿Por qué?—repuso con orgullo la mayor,—iremos mañana por la noche.

—La señora Banz duerme como una marmota, ¡aun debe estar roncando!

—¡Yo no iré!—murmuró la joven débil.

—¡Necia!—repuso la mayor.—¡Ya iré yo!

Habiendo llamado el profesor á la pizarra á la hermosa insubordinada, tuvo que acudir allí y tomar de manos del maestro el emperifollado yeso con papel dorado. Pero su explicación del problema no fué brillante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTENREY, MEXICO
VIII

La noche del siguiente día fué fecunda en acontecimientos: desde hacía muchos años, excepto las visitas del emperador y la emperatriz, el instituto no había sido testigo de tantas cosas extraordinarias.

En seguida Ariadna fué llamada á casa de la superiora, por haber faltado sin excusa admisible, á la clase de matemáticas. Esta vez la falta era flagrante, ¡no es posible retardarse hasta el punto que se deje pasar una hora! Y la Grabinof relatando el hecho, tuvo cuidado de apoyar lo que decía en la declaración de Ariadna, que había confesado no haber ido hacia la clase hasta las tres.

La joven encontró en casa de la superiora á la misma señora de cabellos grises que fué testigo de su primera reprimenda.

La señora Sékourof era la vecina más que la amiga de la directora; pero una costumbre antigua la llevaba allí especialmente por la noche, más para distraer el aburrimiento de su solitario hogar, que por simpatía á la vieja superiora.

Por su parte, la señora Batourof sentía una estimación muy sincera y casi respetuosa por su amiga, que, sin poseer gran fortuna, hallaba el medio de

—La señora Banz duerme como una marmota, ¡aun debe estar roncando!

—¡Yo no iré!—murmuró la joven débil.

—¡Necia!—repuso la mayor.—¡Ya iré yo!

Habiendo llamado el profesor á la pizarra á la hermosa insubordinada, tuvo que acudir allí y tomar de manos del maestro el emperifollado yeso con papel dorado. Pero su explicación del problema no fué brillante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTENREY, MEXICO
VIII

La noche del siguiente día fué fecunda en acontecimientos: desde hacía muchos años, excepto las visitas del emperador y la emperatriz, el instituto no había sido testigo de tantas cosas extraordinarias.

En seguida Ariadna fué llamada á casa de la superiora, por haber faltado sin excusa admisible, á la clase de matemáticas. Esta vez la falta era flagrante, ¡no es posible retardarse hasta el punto que se deje pasar una hora! Y la Grabinof relatando el hecho, tuvo cuidado de apoyar lo que decía en la declaración de Ariadna, que había confesado no haber ido hacia la clase hasta las tres.

La joven encontró en casa de la superiora á la misma señora de cabellos grises que fué testigo de su primera reprimenda.

La señora Sékourof era la vecina más que la amiga de la directora; pero una costumbre antigua la llevaba allí especialmente por la noche, más para distraer el aburrimiento de su solitario hogar, que por simpatía á la vieja superiora.

Por su parte, la señora Batourof sentía una estimación muy sincera y casi respetuosa por su amiga, que, sin poseer gran fortuna, hallaba el medio de

hacer bastante bien; tenía una fe ilimitada en su juicio y en las ocasiones difíciles tomaba siempre sus consejos. Debemos confesar que rara vez los seguía, pero le decía lanzando un suspiro:

—¡La teoría de la vida y la práctica son dos cosas diferentes, querida mía!

Al entrar Ariadna se halló con la mirada clarividente de aquellos ojos buenos, inteligentes, y se sintió fortalecida de repente. Por su parte, la anciana señora comprendió en seguida que si la joven comparecía en tan poco tiempo ante su juez, no era por ninguna falta verdaderamente reprensible. La mirada honesta Ariadna no provocaba censura ni había en ella audacia; pero era de las que no se humillan ante un ultraje inmerecido.

—¿Otra vez usted, señorita?—dijo la superiora con severidad.—¿Es usted incorregible?

—Me he olvidado, señora—repuso Ariadna.—Le pido á usted perdón. Pero nadie ha venido á buscarme, y no tengo reloj.

—¿Muy fuerte cantaba usted para no oír tocar la hora de clase?

—No la he oído.

Al recuerdo de su éxtasis, los ojos de Ariadna recobraron aquella fijeza. Le pareció oír aún los sonos de aquella música celeste, nacida en ella misma, que le habían hecho remontarse hasta el cielo.

—Pues bien, señorita, ya que se olvida de la hora, no vuelva más á cantar; ya encontraremos otro castigo. ¡Váyase!

Ariadna, inclinándose en silencio, se dirigió hacia la puerta. A mitad del camino, una impulsión irre-

sistible la hizo volver la cabeza hacia la señora Sékourof; ésta, que la seguía con triste mirada, la hizo una señal amistosa. Ariadna sin saber por qué, sintiendo el corazón menos oprimido, regresó con paso más rápido que en sus eternos paseos por el corredor, en donde la esperaba la Grabinof, triunfante, como la araña que espera una mosca.

Cuando las dos señoras se hallaron solas, la Sékourof guardó silencio un instante.

—Es una joven muy extraordinaria—dijo con mucha dulzura á fin de no romper los pensamientos de su vecina si por casualidad pensaba en otra cosa.

—Sí—repuso la directora con una prontitud que probaba que meditaba en análogas ideas.—Solamente tiene una cosa en contra suya: su pobreza. En una joven de buena casa, esa originalidad sería un encanto; en una joven sin fortuna, es un error grave.

—¿No tiene absolutamente nada?

—Nada.

—¿Pero adónde irá cuando salga de aquí?

La superiora hizo un vago ademán que significaba: ¡quién sabe dónde!

—Estoy segura—insistió la señora Sékourof,—que si se la diese un buen profesor, sería una artista de primer orden; tiene una voz extraordinaria, y además, una energía reconcentrada, que creo la hará muy apta para la escena.

—Veo que sigue usted con su manía por el teatro. ¡Sería usted capaz de vender sus últimos trajes por una ópera nueva!—dijo sonriéndose la directora.

—Nada de eso; pero esa joven me encanta. ¿Es de carácter tan difícil?

—Hasta aquí nadie se ha quejado de ella; pero ya lo sabe usted, el último curso á veces nos da muchos disgustos... Es la edad de las revueltas y de otras cosas.

La superiora se calló reprimiendo un suspiro.

Desde hacía algunos días, aun antes de la conversación de la Grabinof con su querida Anita, indefinidos rumores habían venido á reconcentrarse sobre aquella especie de trompetilla acústica que se llamaba gabinete directorial. Se volvía á hablar de una historia antigua, hacía tiempo olvidada, que estuvo á punto de costarle á la superiora su plaza y sus recursos; la historia era vieja, databa lo menos de hacía veinticinco años. ¿Por qué la habían sacado del olvido?

Y además, he aquí que las necias criadas se habían puesto también á hablar de sombras que se paseaban por las salas de servicio. Se decía que el portero estaba siempre borracho desde hacía algún tiempo. Todo esto en sí era poco; pero como la directora conocía las espinas de su cargo, no tenía el alma tranquila.

—Ranine es exaltada—continuó diciendo, pues la importaba no dejar leer en su alma, ni hasta á su antigua y fiel amiga, á la más discreta de las mujeres;—esas jóvenes exaltadas, la mayoría concluyen mal.

—Sí, cuando no se las da medios para volver de su exaltación por las cimas de lo ideal. La Malibrán era también una exaltada y todas las que en las artes se han labrado un nombre.

—¡Vaya, amiga mía, no es posible fundar pensio-

nes en el conservatorio para todas las jóvenes que tengan la manía de cantar!

—Para todas, no; pero existen para algunas. ¡Felices aquellas que logran obtenerlas! ¿Querría usted dejarme conversar con esa joven?

—¡Con mucho gusto! Pero espere usted algunos días si tiene intención de halagarla. No quisiera que fuese en seguida, después de mis reprimendas.

—Es muy justo—repuso la señora Sékourof.—Ya le avisaré dentro de algún tiempo.

La conversación tocó algunos puntos más, pero sin fijarse. Cada una de las dos señoras tenía su preocupación y se separaron en seguida. Embargaba á la señora Sékourof el entusiasta pensamiento de hacer una artista de Ariadna, y la directora se engolfó en los recuerdos de aquella vieja historia recordada tan extemporáneamente los últimos días. Era en el refectorio donde se había sorprendido á las culpables... ¡No estaba vigilado el refectorio! ¿Pero quien podía figurarse que el perverso diablo impulsase á una joven á salir del dormitorio, á burlar la vigilancia de una señora de clase y á atravesar aquel enorme edificio?... Era preciso que el genio del mal fuese muy fuerte. ¡Sin embargo, los hechos existían! Era preciso expulsar á la joven.

Dieron las once; la directora, muda por la secreta inquietud, se levantó trabajosamente de su mecedora. Tenía sesenta y seis años cumplidos, y sus piernas abotargadas por la vida sedentaria no gustaban de largos paseos. Sin embargo, salió de su salón, encontrando en la sala de espera á su fiel criada, tan tiesa y tan gruñona como nunca.

—¿Es usted, señora?— exclamó;— sin embargo, ¿me parece que no ha llamado?

—No; ven conmigo, Grucha. Toma una luz; vamos á hacer una ronda.

Grucha miró á su ama con espanto.

¡Una ronda! ¡desde hacía quince años no pasaban ninguna! En los años que siguieron á ese enojoso suceso recientemente sacado del olvido, la superiora había prodigado las rondas y las inspecciones; pero después la vigilancia se resintió: la seguridad es una buena almohada; y pasaron dos ó tres años sin que ni la idea de hacer una ronda acudiese al cerebro de la directora.

—Sí, Grucha—repitió;—una ronda. ¡Vamos!

Grucha volvió á la noción de su deber; cogió un farol en la mano, ofreció el otro brazo á su ama, después de haberla puesto un chal sobre los hombros, y las dos mujeres entraron en el vestíbulo principal.

Todo estaba tranquilo. Las luces ardían apaciblemente; los peldaños de la escalera principal tapiados con paño color escarlata, se esfumaban en una semi-obscuridad, pero sin misterio; el reloj grande dejaba oír con ritmos iguales el golpe de su péndulo, y los soldados de servicio, pues los institutos en Rusia están custodiados por soldados con licencia ilimitada, roncaban acostados tranquilamente sobre los bancos de madera que guarnecían el peristilo. El suizo de aspecto solemne, durante el día con su uniforme escarlata galoneado, con águilas negras y blancas sobre fondo amarillo, dormía en su habitación, inmediata al gran tambor, que defendía la puerta de entrada. Nadie velaba en el instituto; ¿pe-

ro no era capaz de guardarse por sí sólo? ¿Las buenas cerraduras, las puertas de encina y los gruesos muros no eran suficiente defensa?

—¡Mira como estamos guardados!—suspiró la superiora.—Vamos, Grucha, por aquí.

En vez de dirigirse á los dormitorios, como ella esperaba, vió tomar á su ama con asombro el camino del refectorio. En efecto, se acordó que era allí donde veinte años antes se supo la verdad; reconoció en su fuero interno el buen sentido de su ama. Grucha creyó que había algo de cierto, y como también detestaba á todas las señoras de clase, no se incomodaba en descubrir algo molesto, cuando menos para una de ellas.

Caminaban con lentitud, la superiora se detenía ante cada puerta que daba sobre el corredor y comprobaba con la mirada si algún hilo de luz pasaba entre las junturas. El departamento de la inspectora, según disposición del reglamento, estaba abierto, pero todo el mundo dormía con profundo sueño.

Al fin, las dos mujeres se detuvieron ante el refectorio; la superiora prestó oído con una especie de supersticioso temor. ¿Oiremos voces como entonces? No, nada. Más tranquila, abrió la puerta y vió ante ella tres hermosas cabezas, inteligentes y azoradas, tres oficiales jóvenes que se levantaron con brusquedad á su aparición, quedándose firmes en sus puestos.

El silencio más espantoso reinó durante un momento. El semblante de la anciana mujer había tomado una expresión de indignación y de furor que la hacía terrible.

—¡Señores, ustedes aquí!—dijo al fin, abrazando á los Mirsky con su mirada.—¡Ustedes á quienes he acogido con confianza, á quienes ofrecí el pan y la sal! ¡Ustedes, ladrones de honras, que se introducen de noche en este asilo para seducir á las jóvenes que Dios y el Czar me han confiado! ¡Ah, señores!

En aquel instante, no representaba un papel; todo sentimiento mezquino estaba lejos de su corazón. Se volvió con un ademán de desagrado tan grande y tan augusto, que los jóvenes no pudieron por menos que bajar la cabeza murmurando:

—¡Perdón!

Las miradas de la vieja señora cayeron sobre la cesta de provisiones, de donde salían los golletes de las botellas de champaña é hizo un ademán de desprecio.

—Es verdad que mis jóvenes son culpables—agregó—y no trataré de disculparlas; pero no son ellas las que han entrado de noche en vuestras casas, burlando la vigilancia y corrompiendo á los guardianes. ¿Qué esperan ustedes, señores? ¿Han venido cuando menos con el objeto de consagrar por el matrimonio las promesas obtenidas? ¿Pero ellas, esas jóvenes, saben quiénes son ustedes? ¿Sus posiciones, sus fortunas, están en relación con las de ustedes?

—Tía, no nos ha guiado ningún interés—dijo el tercer oficial, que hasta entonces había permanecido en la sombra, y por otra parte, solamente he sido yo quien ha venido por una joven; mis camaradas no hacían más que acompañarme.

—¡Usted, mi sobrino! ¡Ah, esto es demasiado—dijo la tía indignada.—¿Cual es el nombre de la que

ha traído á usted aquí?

—No se lo puedo decir, tía.

La señora Batourof permaneció silenciosa un momento, y tomó con rapidez una determinación.

—Vengan ustedes, señores; no se debe violar por más tiempo el reglamento. Voy á hacer que les abran la puerta, pues aquí no debe hacerse creer que la superiora pueda ser engañada.

Se dirigió en seguida hacia la puerta que ponía en comunicación el refectorio con las cocinas, llamando con voz fuerte:

—¡A ver, uno!

El soldado de guardia se presentó.

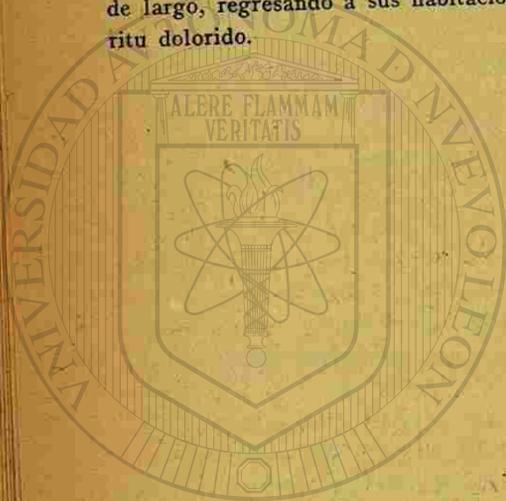
—Acompaña á esos caballeros, y ven á verme mañana por la mañana—dijo la superiora.—Señores, ustedes tendrán la bondad de permanecer en sus regimientos como si estuviesen arrestados, hasta el momento en que les haga saber lo que he decidido.

Los tres oficiales se inclinaron profundamente ante la señora Batourof, que les respondió con una ligera inclinación de cabeza; luego salieron, quedándose ella con Grucha en medio del refectorio.

—Dios me ha protegido por esta vez—dijo haciendo la señal de la cruz;—al menos no he visto avergonzarse á ninguna de mis colegialas. Grucha, es preciso que mañana por la mañana sepa sus nombres. ¡Infórmate!

La superiora, sostenida por la criada, recorrió otra vez los corredores, subió la escalera, haciendo prudentes investigaciones en los dormitorios. Todo estaba en perfecto orden. Un olor á éter bastante pronunciado se percibía en las inmediaciones del ga-

binete de la señorita Grabinof, pero las señoras de clase con frecuencia están nerviosas; aquel olor nada tenía de insólito en el instituto. La superiora pasó de largo, regresando á sus habitaciones con el espíritu dolorido.



IX

La señorita Grabinof no tenía ninguna necesidad de emplear el éter para ella, por más que sus nervios estuviesen bastante excitados. Tenía plena confianza en la buena fe de sus alumnas, y su promesa de no escaparse de noche del dormitorio la tranquilizaba completamente; así es, que nadie se hubiera podido explicar por qué, en vez de acostarse tranquilamente como todo el mundo, puesto que no estaba de servicio aquel día, se puso en acecho detrás de la puerta de su habitación, que daba en frente del dormitorio.

Se censuraba á sí misma aquella velada, pues estaba muy rendida de las dos malas noches precedentes, y sin embargo, un secreto interés la retenía allí: tenía casi la certidumbre de ver aquella noche algo extraordinario.

En efecto, poco después de las once, oyó abrir con suavidad la puerta del dormitorio y Olga, la mayor de las Gracias, apareció un poco inquieta, con su linda cabeza inclinada, el oído atento, para asegurarse de la impunidad... Aun no había dado tres pasos, cuando la señorita Grabinof se colocó ante ella, muda y amenazadora, como el ángel que guardaba el

Paraíso terrenal. La joven tembló, pero con una presencia de espíritu extraordinaria la dijo:

—Mi querida señorita, ¿aun no está usted acostada? Tanto mejor, iba á pedirla unas gotas de éter. Tengo una terrible excitación nerviosa, que me hace sufrir horriblemente. ¡Démelo usted, se lo suplico!

Se frotó el cuello con tanta gracia, con tanta naturalidad, que la señorita Grabinof, muy persuadida en el fondo de que todo aquello no era más que una mentira, no pudo hacer otra cosa que llevarla á su gabinete y prepararle un vaso de agua azucarada.

—¿Por qué no se ha dirigido usted á la señora Banz?—preguntó sintiendo sospechas la señora de clase, á la vez que hacía disolver el azúcar con una cucharita;—el deber de usted era despertarla en lugar de salir del dormitorio.

—Mi querida señorita —respondió la picaruela,— ¿es que la señora Banz tiene corazón? En su lugar tiene un cangrejo cocido ¡estoy muy segura! Además, ronca tan fuerte que no hay manera de despertarla: toma cuanto se la pueda decir por sus propios ronquidos; además, no es bondadosa ni complaciente. ¡No es como usted, querida señorita mía! Hay más aún, usted sabe bien que ahora nos liga estrecha amistad. No quiero deber nada á nadie más que á usted.

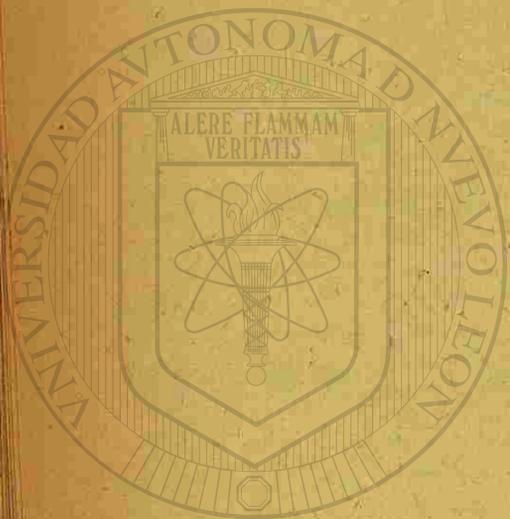
La señorita Grabinof la ofreció un vaso con algunas gotas de éter y la acompañó hasta su cama, y advirtiéndola que si se sentía enferma fuese á buscarla, pues dejaría abierto toda la noche su gabinete y al menor ruido estaría en pie. Esta caritativa advertencia fué para la joven el mejor de los cal-

mantes, pues apenas se halló sola en medio del adormecido dormitorio, se puso á reir pensando en la cara tonta que debían poner los tres jóvenes en el refectorio. Muy pronto sus dos compañeras estuvieron al lado de su lecho para obtener detalles de su escapada: les refirió su mal encuentro.

—De manera que no hay nada que comer—suspiró el estómago sensible.—Habías prometido que nos traerías algo.

—Si quieres, te iré á buscar éter, aun queda en el frasco de la señorita Grabinof—repuso Olga.

Diez minutos después, todo el mundo dormía, excepto Ariadna, que pensaba en su triste porvenir. Aquellas pequeñas escenas nocturnas no la perturbaban; hacía mucho tiempo que tenía por costumbre ser testigo mudo é impasible.



X

Al despertar del día siguiente, todo el instituto supo que se había encontrado gente en el refectorio durante la noche.

El cesto de golosinas había quedado abandonado y el primero que lo encontró apoderóse de él, no sin preguntar de dónde procedería. El soldado de servicio, seguro de ser despedido y además castigado, había pedido alguna compensación en forma de provisiones, y la obtuvo. Así es que cuando la directora se acordó de aquella pieza de convicción y la envió á pedir, se halló con que semejante cesto nunca había entrado en el instituto; al menos nadie lo había visto.

¿Quién fué el primero en hablar de aquella aventura? ¿Cómo se esparció el rumor? Nadie sabría decirlo; pero á las siete de la mañana las Tres Gracias sabían que era imposible dudar estaba descubierto su secreto.

—¡Bah! siempre pensé en que esto acabaría así —dijo Olga filosóficamente contestando á las lamentaciones de sus compañeras.

—¡Pero nos despedirán!

—¡Que nadie confiese la verdad! —repuso la joven

peinándose sin prisa las magníficas trenzas de sus cabellos que le llegaban hasta más abajo de las rodillas.—¡Nunca se confiesa! ¡Sólo confiesan la verdad los imbéciles!

—¡Pero entonces se castigará á toda la clase!

—No se expulsará á toda la clase, ¡esto produciría un escándalo! Podéis estar tranquilas; la señora superiora está más inquieta que nosotras por el modo de acabar todo esto.

Aquella joven, profundamente versada en la ciencia del corazón humano, parecía tener completa razón; la superiora hubiese dado mucho por que nadie excepto ella, hubiese conocido la cuestión. Hasta se arrepentía de la inspiración que le llevó al refectorio, y en su inquietud resolvió enviar á llamar á la señora Sékourof, cuyos consejos eran siempre en el fondo tan excelentes y muy enérgicos en la forma.

—¿Qué ha pasado esta noche?—dijo aquella al entrar.

—¡Cómo!—repuso la directora con asombro,—¿también lo sabe usted?

—Lo he sabido al levantarme. Parece ser que toda una clase ha sido seducida por todo un regimiento, ¿eso es una mentira abominable?

La señora Batourof dió á su amiga cuenta del hecho sin desfigurarle, pues era una conciencia á la que había que hablar claramente.

—¿Y usted no sabe el nombre de las señoritas?—preguntó la señora Sékourof cuando estuvo enterada de todo.

La superiora reflexionó un instante.

—Me he preguntado—repuso—si haría mejor en

no saberlo.

—Es preciso saberlo á toda costa; la cosa es demasiado sabida, gracias á esa turba de danzantes y chismosas que bullen alrededor de usted. Habrá que dar una satisfacción á la opinión pública.

—¡Se le dará!—suspiró la señora Batourof.

Cinco minutos después, Grucha se presentó en la puerta. Su ama adivinó que tenía algo que decirle, y salió un instante. Regresó con el semblante soliviantado de tal manera que la señora Sékourof se asustó.

—¿Qué ocurre? ¿Una nueva desgracia?

—No, no, querida mía; ¡pero estoy trastornada! Acabo de saber los nombres. ¡Imposible decirlos, ni aun á usted, juzgue cuál es mi posición!

—¿Pero está usted completamente segura?

—En absoluto. La criada de aquel dormitorio lo sabía todo desde ayer, y esta mañana, llena de espanto, ha venido á decírselo á Grucha.

—¿Son de familias importantes?

La superiora hizo un ademán afirmativo.

—Aconsejeme usted—añadió.

—No puedo aconsejarle nada; esta es una de las circunstancias en la que el mayor servicio que se puede prestar á una amiga es no decirle nada, á fin de que no se arrepienta de haberme oído.

La señora Sékourof regresó á su casa, y la superiora mandó llamar á la inspectora.

Esta llegó tan consternada como lo hubiesen podido desear sus mayores enemigos; también sabía el nombre de las jóvenes, y como si hubiese tenido parte el demonio, había precisamente escogido *la flor*

de nuestro instituto, como decían con complacencia refiriéndose á las tres jóvenes las autoridades de aquel establecimiento en las visitas imperiales.

—En este momento no la dirigiré á usted censuras —empezó diciendo la superiora con su tono comedido,—ya hablaremos después. Ahora es preciso saber. ¿Se puede castigar á esas jóvenes? ¿Cree usted posible dar un escándalo?

La inspectora respondió con un signo negativo.

—Sin embargo —repuso la señora Batourof, — la cosa se conoce en todas partes; al presente, es casi seguro que los jóvenes se lo habrán contado á sus compañeros de armas... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué situación tan comprometida! ¿En qué piensan las señoras de clase?... Pero esta cuestión no quiero abordarla ahora. ¿Qué hacer?

La superiora estaba sentada en el rincón más distante de la puerta y la inspectora se acercó; se miraron y cuchichearon juntas. La conversación duró más de media hora, luego púsose en pie la señora Batourof y haciendo la señal de la cruz, dijo:

—¡Que el Señor venga en mi ayuda! Es una necesidad cruel y el corazón me sangra al pensarlo... Pero usted lo ha dicho, ¡un escándalo es imposible! Envieme á la señorita Grabinof.

La señorita Grabinof no tardó en presentarse. A decir verdad, no era más grande que una rata, tanto se había encogido y adelgazado. La tempestad que esperaba no estalló, al menos en apariencia, pues recibió los efectos del rayo concentrado en una mirada, pero la tempestad no rugió, lo cual no dejó de sorprenderla.

—¡Tiene usted una alumna gravemente comprometida, señorita!—dijo la superiora.

La Grabinof, creyendo haber oído mal, miró á la superiora.

—No finja ignorancia ni agrave su situación con alguna torpeza. Una de sus alumnas está comprometida en la estúpida cuestión de haber dado una cita. Se dice en el instituto que ha sido una de las más nobles y más ricas...

—¡Eso es falso, excelencia!—interrumpió la Grabinof, fiel á su pacto de alianza.

—Bien sé que es falso—repuso la directora,—pero no me interrumpa usted, se lo ruego. Hubiese deseado que todos esos rumores se hubieran reducido á la nada; desgraciadamente, han tomado ya mucha consistencia y la calumnia va siempre en aumento. Si

de nuestro instituto, como decían con complacencia refiriéndose á las tres jóvenes las autoridades de aquel establecimiento en las visitas imperiales.

—En este momento no la dirigiré á usted censuras —empezó diciendo la superiora con su tono comedido,—ya hablaremos después. Ahora es preciso saber. ¿Se puede castigar á esas jóvenes? ¿Cree usted posible dar un escándalo?

La inspectora respondió con un signo negativo.

—Sin embargo —repuso la señora Batourof, — la cosa se conoce en todas partes; al presente, es casi seguro que los jóvenes se lo habrán contado á sus compañeros de armas... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué situación tan comprometida! ¿En qué piensan las señoras de clase?... Pero esta cuestión no quiero abordarla ahora. ¿Qué hacer?

La superiora estaba sentada en el rincón más distante de la puerta y la inspectora se acercó; se miraron y cuchichearon juntas. La conversación duró más de media hora, luego púsose en pie la señora Batourof y haciendo la señal de la cruz, dijo:

—¡Que el Señor venga en mi ayuda! Es una necesidad cruel y el corazón me sangra al pensarlo... Pero usted lo ha dicho, ¡un escándalo es imposible! Envieme á la señorita Grabinof.

La señorita Grabinof no tardó en presentarse. A decir verdad, no era más grande que una rata, tanto se había encogido y adelgazado. La tempestad que esperaba no estalló, al menos en apariencia, pues recibió los efectos del rayo concentrado en una mirada, pero la tempestad no rugió, lo cual no dejó de sorprenderla.

—¡Tiene usted una alumna gravemente comprometida, señorita!—dijo la superiora.

La Grabinof, creyendo haber oído mal, miró á la superiora.

—No finja ignorancia ni agrave su situación con alguna torpeza. Una de sus alumnas está comprometida en la estúpida cuestión de haber dado una cita. Se dice en el instituto que ha sido una de las más nobles y más ricas...

—¡Eso es falso, excelencia!—interrumpió la Grabinof, fiel á su pacto de alianza.

—Bien sé que es falso—repuso la directora,—pero no me interrumpa usted, se lo ruego. Hubiese deseado que todos esos rumores se hubieran reducido á la nada; desgraciadamente, han tomado ya mucha consistencia y la calumnia va siempre en aumento. Si

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Apto. 1626 MONTERREY, MEXICO

no damos una satisfacción á la moral pública, se dirá que el instituto entero se entrega á la desvergüenza más espantosa. Es preciso que se me diga el nombre de la que ha faltado á sus deberes.

La Grabinof bajó la cabeza. Aunque su inteligencia era muy viva, se negaba á admitir lo que se le pedía.

—Excelencia—murmuró,—la aseguro que los nombres que primero se han dicho, son una pura invención, una calumnia abominable; he comprobado por mí misma que las jóvenes que han sido acusadas están muy por encima de tan odiosas mentiras...

—¿Y la señora Banz, qué ha averiguado?—interrompió la superiora, que no tenía muy buena opinión de ella.

—No ha averiguado nada, excelencia; fué estando ella de servicio cuando ocurrieron esos desórdenes. Nunca, mientras he vigilado yo, han dado las jóvenes un escándalo semejante. Pero ella tiene el sueño tan pesado, es tan desidiosa...

—Usted confiesa que ha habido desórdenes—dijo la señora Batourof con una viveza que probaba cuán satisfecha estaba de haber hallado lo que se llama *la coyuntura*.

—Sin duda alguna, excelencia; yo no lo puedo negar...

—¡Pues bien! Hálleme usted una culpable, necesito una culpable: usted conoce á sus alumnas, usted la debe encontrar. Vuelva dentro de media hora con todos los antecedentes que pueda adquirir.

La superiora despidió con un ademán á la señora de clase, que se fué casi tan aturdida como si el

instituto le hubiese caído sobre la cabeza.

¡Era necesario una víctima para la opinión pública! No debía ser ni rica, ni de familia ilustre, ni aun notable; era preciso que no tuviese padre ni amigos capaces de revolverse y provocar una información. ¿Cuál, entre sus alumnas, reuniría condiciones tan raras en los institutos? ¿Cuál? ¡Ah, sí! ¡Ranine, la odiosa, la antipática Ranine, que el destino parecía haberla señalado de antemano, preparando su expulsión con repetidos castigos!

¡Ranine; iba, pues, á librarse de Ranine!

Le costó mucho trabajo contenerse durante la media hora de plazo señalada por la superiora para buscar el cordero que debía inmolar. Veinte veces miró su reloj y se vió obligada á esperar con grave disgusto suyo; pero en el instante en que transcurrió la media hora, fué á presentarse.

—¡Y bien!—dijo la superiora al verla,—¿la ha descubierto usted?

—Sí, excelencia, y no podía ser otra más que la alumna que se ha distinguido por su insubordinación y su pereza.

—¿Quién es?

—Ranine.

Este nombre fué dicho sin titubear, sin la menor vacilación, con la misma sangre fría con que el martirizado degüella un cabrito. La superiora la miró con fijeza.

—¿Está usted segura que es ella? Piense en que es usted responsable ante Dios y ante los hombres.

—Es ella, excelencia. ¿Y qué otra puede ser?

Esta réplica molestó á la superiora y volvió la

cabeza sin afectación.

—¡Qué caro han debido pagar las culpables su silencio!—pensó la superiora.

Se equivocaba. La Grabinof era más perversa que interesada. Si alguien le hubiese propuesto por dinero la infamia que cometía sin remordimiento, con seguridad la hubiese rechazado. Pero librarse de una alumna á quien odiaba y unirse á las otras por los lazos de la gratitud, era mucho más fácil y aceptable, sobre todo para una conciencia encallecida.

—¿Ranine ha confesado su falta?—preguntó la superiora.

—¿Confesar? ¡Oh, excelencia, usted no la conoce! ¡Es la encarnación del orgullo, no confesará nunca!

—¿Está prevenida?

—Lo ignora todo, excelencia. No cree haber sido descubierta.

—Está bien; retírese y guarde silencio.

La Grabinof salió con el corazón lleno de alegría. Su peligrosa misión estaba cumplida con una facilidad que la causaba sorpresa. ¡Qué estorbo se quitaba de encima!

Inmediatamente se mandó á buscar á la señora Sékourof, la cual no se hizo esperar. Pero, en presencia de su amiga, la directora se turbó; ante aquella conciencia recta no se atrevía á levantar los ojos. Sin embargo, como veintisiete años de despótico gobierno la habían adiestrado en el disimulo, trató de tener aspecto sereno y pudo conseguirlo.

—Hemos encontrado una culpable—dijo,—y esto bastará.

—¿Va usted á despedirla?

—Inmediatamente.

—Vamos, ¿puede usted hacérmela conocer?

Aquí la directora volvió á vacilar; luego censurándose esta debilidad, dijo con entonación casi tranquila:

—Es la señorita Ranine.

—¿La que cantó el otro día?

—La misma.

La señora Sékourof, juntando las manos con asombro, dijo:

—Eso no puede ser.

—Las que pueden saberlo me lo han asegurado.

—Pues la engañan, la digo yo. Esa joven ignora todo lo que es preciso saber para lanzarse á semejantes aventuras. Para eso se necesitan frívolas lecturas, curiosidad malsana y desprecio á la educación recibida; esa niña es incapaz de haber hecho lo de que usted la acusa. La digo á usted que es falso.

La superiora guardó silencio un instante.

—Es preciso que sea alguna—dijo con lentitud,—y ella es la única á quien se le pueden imputar las sospechas.

—¡Ah!—exclamó la señora Sékourof sin añadir nada más.

Había comprendido; la razón de Estado existe para los institutos lo mismo que para los imperios. La familia más modesta y más ignorada, tiene también su pequeña razón de Estado, á la cual se sacrifican algunas veces las existencias.

—¿Y va usted á plantarla en mitad de la calle?

La superiora levantó los hombros como diciendo: Esto no cambia gran cosa su destino.

—¿Y ella, según usted me ha dicho, carece en absoluto de recursos?

—Sí—dijo á la fuerza la autócrata mujer.

—¿No hará usted nada por ella?

—La forma en que sale de aquí me impide ofrecerle ningún recurso de una manera ostensible, pero dispongo de fondos secretos para ciertas limosnas y de ellos tomaremos lo necesario para hacerla un pequeño ajuar.

—Lo rechazará, estoy segura. Usted la deshonra...

—Lo sentiré mucho, pero...

—Déjeme usted que me encargue yo de emplear ese dinero, ¿lo quiere usted?

—¡Ah, con toda mi alma!—repuso la señora Bataourof, viendo una salida á aquella situación.

—¿Sabe ya lo que le espera?

—No.

—¡Pues bien! envíemela. Quisiera verla antes de que reciba el disgusto. Usted no tiene ya el corazón sensible, querida mía, pero esas jóvenes suelen tener el cerebro muy delicado, y puede volverse loca al verse arrojada por una falta que no cometió.

Un ademán de la superiora hizo sonreír á la buena señora Sékourof.

—Sí—repuso con amargura,—¡es culpable puesto que usted la despide! La autoridad superior no se equivoca nunca. ¿Quiere usted dejármela ver?

—¡Sea!

La directora llamó, dando orden de hacer venir á Ariadna; mientras iban á buscarla dijo:

—Hace usted retrasar la ejecución de mis proyectos; es preciso que pase algún tiempo entre lo

que usted va á decirle y lo que yo le diría; pero no la puedo negar á usted nada.

En seguida salió la directora del salón y algunos instantes después entró Ariadna, con el semblante sereno y franco el mirar.

—Usted me conoce, señorita—dijo la señora Sékourof, admirando la pureza de aquel hermoso y honesto semblante.

—Señora, me parece haberla visto aquí... ¿Fue usted la que me hizo cantar?

—Precisamente. ¿La gustaría á usted, señorita, consagrarse en absoluto al canto, teniendo un buen profesor?

—¡Oh, señora!—dijo Ariadna uniendo las manos, y alzó los ojos sobre ella, quedándose muda de placer.

—No soy rica, y puedo hacer poco por usted, pero si se contenta con una existencia muy modesta, vivir con poco y privarse en absoluto de modas y placeres, puedo ponerla en condiciones de aprender el canto, con un buen maestro que la preparará para el teatro, si es que tiene usted condiciones para ello.

—¡El teatro!—repitió Ariadna,—¡el canto! ¿Señora, no se burla usted de mí?

—Hablo con seriedad. Si no se siente usted capaz de ello, le será preciso ganarse la vida dando lecciones...

—¡Oh, señora, haré todo lo que me pidan, mientras se me permita cantar!

—¡Pues bien! estamos entendidas. Usted vivirá conmigo; hay un gabinetito muy pequeño y muy sencillo cerca del mío: el de mi antigua camarera, que

me sirvió treinta años y que se ha retirado á un asilo de ancianas. Usted lo habitará; mi camarera actual irá á compartir la habitación con la cocinera. Usted no saldrá más que para dar sus lecciones; yo no puedo presentarla en una sociedad, que no frecuento; usted será mi amiguita...

La señora Sékourof iba mostrándose cada vez más afectuosa á medida que iba viendo reflejarse la más profunda é intensa alegría en los ojos de Ariadna. Al concluir de hablar, se acercó á la joven, atrayéndola para abrazarla; pero Ariadna cayó de rodillas á sus plantas llorando y riendo á la vez.

—¡Madre mía, mi segunda madre!— dijo;—¡ bendígame, que yo sienta su protección sobre mí!

Quedó de rodillas; la anciana señora, emocionada hasta el punto de derramar lágrimas, hizo el signo de la cruz sobre su rubia cabeza, y levantó á Ariadna estrechándola en sus brazos, y la dijo:

—Cuando usted salga del instituto, me entiende, cuando usted salga del instituto, mi casa está pronta para recibirla. ¡No se quedará usted ni una hora sin asilo, sin amistad!

—¡Ah!—suspiró Ariadna,—su amistad es la única que he conocido desde la muerte de mi tía.

—¡Qué! ¿no tiene usted amigos aquí, ni parientes fuera?

—¡Nadie! Hace cinco años que no recibo cartas.

—¡Pobre niña! Tanto mejor, así no sentirá ningún pesar al salir del instituto.

—Aun tardaré—dijo con tristeza Ariadna;—¡hasta el mes de Junio!

La señora Sékourof no tuvo valor para respon-

derle con una negativa.

—Vamos, hija mía—le dijo,—hoy, lo mismo que mañana, mi casa la espera á usted. Piense que en la vida hay momentos de prueba y que puede ocurrirle algo triste ó hasta espantoso; piense en lo que la he prometido.

Ariadna apenas pensaba en las tristezas de la vida. Corrió al piano, abriéndolo con rapidez.

—¿Quiere usted que cante alguna cosa?—dijo á su bienhechora.

¡Era todo lo que podía ofrecer, haciéndolo de la mejor gana!

—No, no; el momento sería poco oportuno. Vuelva usted á la clase, hija mía. ¡Hasta muy pronto!

Como joven sumisa á las órdenes de su madre, Ariadna cerró el piano y besando la mano que la sacaba de la miseria más horrible, reconociendo un beneficio cuya causa estaba muy lejos de sospechar, regresó al lado de sus compañeras. Nada extraordinario ocurría en el corredor ni en las salas de estudio. El día pasó sin sombras y las clases terminaron con el orden de costumbre.

XII

Al despertar del siguiente día, se avisó á las alumnas de que había misa en la capilla. Esto ocurría con frecuencia fuera de los días festivos, y nadie prestó en ello grande atención. Sin embargo, la entrada de las señoras de clase con sus gorros más hermosos y la presencia de algunos funcionarios que intervenían en el establecimiento, hizo cuchichear á las jóvenes.

—¿En honor de qué santo nos perdonan hoy la lección de la mañana?—preguntó Olga á su prima.

Esta, poco satisfecha de ver retrasarse el almuerzo, no respondió, concluyendo la misa como de ordinario.

Después de las últimas plegarias, el sacerdote bajó del altar y presentó la cruz á las asistentes para que la besasen. El desfile procesional se efectuó como de costumbre; un cierto malestar empezó, sin embargo, á apoderarse de la concurrencia, encerrada en la estrecha capilla. Las colegialas, pequeñas y grandes, se preguntaban el porqué de aquella solemnidad en un día que en nada se diferenciaba de los demás.

De repente, el terror oprimió aquellos corazones

juveniles al ver á la superiora avanzar hasta el centro de la capilla, dando frente á los fieles y la espalda al altar.

—Hijas mías—dijo la superiora, cuyos labios estaban tan pálidos como sus manos de cera,—mi corazón maternal ha sido herido en todas sus fibras; una de vosotras se ha hecho indigna de los beneficios del Czar, ha infringido los reglamentos de esta casa, ha faltado á sus deberes...

Un silencio horrible reinó entre la espantada concurrencia; se oía á la directora recobrar aliento trabajosamente; antes de acabar la frase tuvo necesidad de todas sus fuerzas; tal vez su alma piadosa, pero extraviada, invocaba perdón al cielo antes de herir conscientemente á un ser cuya inocencia conocía. Siguió diciendo:

—¡Esa oveja descarriada no puede juntarse á nuestro rebaño! ¡Que vaya en la paz y en la obscuridad á hacer penitencia de la falta que desde hoy la excluye de nuestro seno! Ariadna Ranine ya no pertenece al instituto.

Un débil grito respondió á esta sentencia, y Olga, pálida de cólera y de indignación, con los labios oprimidos para retener las palabras, se precipitó recibiendo en sus brazos á la infeliz desvanecida que iba á caer sobre el suelo.

Se hizo despejar la capilla, las jóvenes salieron vigiladas por las señoras de clase, en el mayor silencio. Cada cual adivinaba que se acababa de cometer una iniquidad.

—¡Déjela usted!—dijo la Grabinof á Olga, quien, de rodillas, sostenía la cabeza de Ariadna.—Déjela,

ya no forma parte de la clase...

Olga lanzó sobre la vieja solterona una mirada que la hizo callar, y, sin dignarse responderla, continuó quitando los alfileres que sujetaban la magnífica cabellera de su compañera. La superiora se aproximó al grupo, la mirada de Olga se encontró con la suya, y no era en los ojos de esta en los que había más cólera. Los ojos negros é indignados de la joven afrontaron el mudo reproche de la señora Batourof, viéndose obligada á bajar la cabeza.

—La cuidaré hasta el último instante en que esté entre nosotras—dijo Olga sin levantar la voz.

—Ese momento no tardará—repuso la superiora.—Antes de media hora habrá salido del establecimiento.

Se fué, pero el recuerdo de la mirada de Olga hizo subir á su semblante el color de la vergüenza aun mucho tiempo después, cuando todos parecían haber olvidado esta escena.

Ariadna no tardó en abrir los ojos, la primera persona que vió á su lado fué á la señora Sékourof, derecha á los pies del lecho de la enfermería á donde la habían trasladado.

El sentimiento de la vergüenza que públicamente le acababan de inferir le trastornaba el cerebro; pero la anciana señora se acercó é inclinándose sobre ella, le dijo:

—Mi casa la espera, venga usted, hija mía.

Ariadna sintió un torrente de lágrimas inundar de pronto su semblante, sin darse cuenta de cómo habían salido de sus ojos.

—¡Pobre hija mía!—dijo la señora Sékourof,—

vámonos cuanto antes, será mejor.

Ariadna quiso incorporarse; pero la cabeza se le desvanecía; tendió instintivamente la mano para buscar un apoyo: una mano ardiente cogió la suya y un brazo vigoroso la sostuvo; sorprendida, volvió la cabeza.

—¡Olga!—dijo,—tú aquí, ¡á mi lado! ¡pero si he sido expulsada!

Sin responder, Olga siguió sosteniéndola. Cuando estuvo sentada en el borde del lecho, vió á la orgullosa Olga, con creciente asombro, quitarla los zapatos de uniforme.

—¡Déjala!—quiso decirle.

Siempre silenciosa, Olga retuvo el pie que se le escapaba y continuó descalzándola. Cuando estuvo desnuda, una lágrima ardiente le cayó encima. Ariadna miró á su compañera.

—¿Tú lloras? ¿Me compadeces? ¡Yo creía que nadie me quería, sobre todo tú!

Olga continuó desnudando á Ariadna, que no debía llevarse nada perteneciente al instituto. Se le puso un traje negro muy sencillo, llevado por la señora Sékourof.

Cuando se terminó de vestir, la anciana cogió á la joven por una mano y le dijo:

—Vámonos, aún hay que sufrir una prueba más. La señora superiora la espera; es preciso despedirse de ella.

—¿Para qué ha de verme?—dijo Ariadna. Tal vez haya merecido el castigo; pero yo no me creía tan culpable. Me agradaría más no verla.

—Espera un poco—dijo Olga, que bajaba corrien-

do la escalera roja.

Llamó en casa de la superiora y fué admitida. El gabinete estaba lleno de gente; profesores y funcionarios habían ido á saludar á la señora Batourof y á protestar de su adhesión. La entrada de Olga sorprendió hasta el asombro á la anciana mujer, pues era un acto de inaudita audacia, sobre todo en aquellos instantes tan especiales y delicados, después de haberse hallado frente á frente.

—¿Qué desea usted?—preguntó la directora.

—He de pedirle un favor, *mamá*—dijo con dulzura la joven aristócrata, y sus ojos inteligentes se fijaron sobre *mamá* con una expresión que estaba muy en desacuerdo con su sumisión aparente.

La superiora leyó tan tempestuosas amenazas en aquella mirada, que temiendo ver perdido con una imprudencia el fruto de sus cálculos, con gran asombro de los asistentes llevó á Olga á una habitación inmediata.

—Hace lo que quiere—dijo el sacerdote á sus sorprendidas ovejas;—¡es de muy grande familia! ¡Y Su Magestad se dignó tenerla en la pila bautismal!

En el pequeño salón inmediato, Olga miraba á la directora muy frente á frente y, á pesar de su mucha edad y categoría, sintió un malestar terrible.

—Ranine desearía en extremo no ver á usted más. ¿Su excelencia no le perdonaría este nuevo disgusto?

—Es preciso que sufra la reprimenda que merece—dijo la directora mirando por la ventana.

—No está en estado de soportarla. ¿Le puedo decir que usted le permite marcharse en seguida?

La superiora sentía la indignación, la cólera de la autoridad, en el timbre juvenil de quien le hablaba con las formas del respeto. No pudo contenerse.

—Usted pide muchas cosas, señorita—dijo en francés;—sin embargo, sus últimas notas no la dan derecho á esperar mucho de mi bondad.

—Convengo en que soy una aturdida, una atolondrada—repuso Olga sin bajar los ojos,—pero de hoy en adelante me portaré mejor, y además...

—Además, ¿qué?—dijo con dureza la superiora.

Olga levantó con orgullo su hermosa y arrogante cabeza, respondiendo en alta voz:

—Nadie está sin pecado. Diga, *mamá*, ¿me permite decir á Ranine que está libre?

—¡Vaya!—respondió la superiora muy incomodada volviéndole la espalda.

Olga la hizo una profunda reverencia y se fué á los corredores, donde todas comentaban el terrible acontecimiento.

—¡Para una buena obra, señoritas!—las dijo corriendo sofocada y presentándolas su delantal blanco. Para una buena obra, dadme todo lo que tengáis.

—Pero, es preciso saber qué buena obra es esa—dijo la señora Banz.

La Grabinof no estaba lejos.

—A usted nada se le pide, querida señora—repuso la implacable Olga;—las buenas obras no se acercan á usted. ¡Perdón! quería decirle que era la perfección misma: todo lo que usted hace es una buena obra. Pero vosotras, queridas mías, que no sois tan perfectas, pronto, dadme cualquier cosa, la mejor y

más hermosa posible.

Sin responder á las reiteradas preguntas de la obtusa señora Banz, Olga corrió á la mesilla de sus amigas y sin piedad desbalió á las dos Gracias restantes. Chucherías, objetos preciosos, de todo se apoderó. Sus amigas quisieron resistir, pero ella las miró con penetración y no osaron pronunciar una palabra.

—¿Dónde va usted?—le preguntó la Grabinof al verla correr con el delantal lleno.

—A consolar á los afligidos—respondió Olga;—es una obra de misericordia.

—Y desapareció.

—He aquí el adiós del instituto—dijo á Ariadna, que silenciosamente lloraba apoyándose sobre el hombro de la señora Sékourof;—la superiora me envía á decirte que no es necesario que te presentes á ella.

La vieja señora miró á Olga con atención, adivinando el íntimo drama que se desarrollaba en su alma.

—¡Adiós!—dijo Ariadna;—da las gracias en mi nombre á esas señoritas; á ti, te las doy yo—agregó cogiendo á Olga por una mano. Te acusaba de ser mala y orgullosa, y me he engañado; te has mostrado mi amiga en la desgracia...

—¡Adiós!—le interrumpió Olga, abrazándola.—Vete pronto, esta casa no ha sido buena para ti.

Ariadna lanzó una mirada sobre las paredes frías y desnudas de la enfermería... En verdad, aquella casa no había sido buena para ella. Bajó la escalera apoyándose en Olga y en la señora Sékourof, que la

llevaban en medio, pues sus pasos eran aún vacilantes.

Las jóvenes corrieron á la escalera para verla. Una expulsión oficial era una cosa tan rara, que el terror imperaría en el instituto durante varias generaciones de alumnas. Nadie decía nada viendo pasar á la infeliz joven: un vago sentimiento de repulsión hacía retroceder insensiblemente á las primeras filas de curiosas, pero era la única muestra de desaprobación que se atrevían á dar.

Al llegar al primer rellano, al de su clase, Ariadna salió de su estupor; sus compañeras estaban todas allí. ¿Sus ojos que tantas veces la persiguieron con sus burlas irían aún á lanzar el sarcasmo sobre ella? Levantó la cabeza; se la compadecía de un modo visible. Todas sabían que ella no había ido al refectorio durante la noche; y, bajo sus miradas, los semblantes se dirigieron instintivamente hacia la Grabinof.

Se había atrevido á presentarse allí, para asistir á la marcha de la alumna maldita y odiada; no había retrocedido ante el espectáculo de su infame obra.

—Sed felices, señoritas—les dijo Ariadna deteniéndose un momento; luego dirigiéndose á sus compañeras, añadió:—Perdonad mis ofensas voluntarias é involuntarias, para que me pueda ir tranquila.

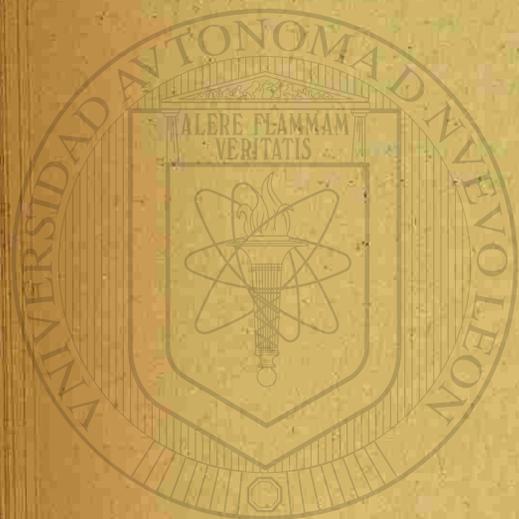
—¡Que Dios te perdone!—respondieron las jóvenes, según la fórmula consagrada.

Con el corazón oprimido, bajó Ariadna los últimos escalones, llegando al vestíbulo. La puerta estaba abierta ante ella; Olga la soltó, abrazándola tres veces y Ariadna no tuvo á su lado más que á la

anciana señora.

—¡Adiós!—dijo á su compañera.

Esta cogió la mano de Ariadna, inerte á su costado, y la estrechó con fuerza; la alumna expulsada sintió en aquella mano un beso furtivo que parecía pedirle perdón. Era la culpable que se humillaba ante la inocente. Dos pasos más y la puerta se cerró detrás de Ariadna Ranine, expulsada del instituto por infringir gravemente el reglamento.



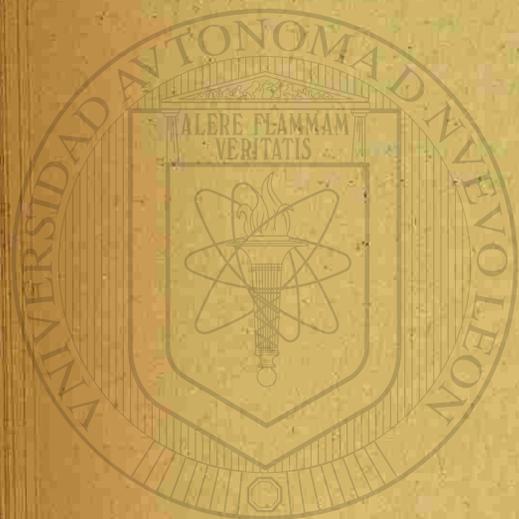
XIII

Es una impresión muy extraña la que produce el arroyo bajo el pie de las reclusas que abandonan su asilo. El aire fresco, el movimiento, el ruido de los coches, no emocionan con tanta viveza el espíritu como el contacto brutal de los pies que no han conocido más que las losas unidas ó los pisos encerados, con la piedra angulosa de las calles.

Ariadna caminaba trabajosamente y sus pies delicados sufrían al dar cada paso; era el emblema de su existencia; debía también probar todas las asperezas de la vida.

Los primeros días que pasó en casa de la señora Sékourof fueron, sin embargo, para ella de un inexplicable bienestar. Sentíase rodeada de una compasión real y eficaz; y además el canto, el canto divino, inagotable, le abría el cielo durante tantas horas; la señora Sékourof se vió obligada á prohibirle cantar más allá de cierto tiempo prudencial.

En el fondo de su alma, Ariadna no era desgraciada; estaba muy lejos de sospechar la abominable trama de que había sido víctima expiatoria: creíase expulsada por haber faltado á clase el día que se excedió en cantar, y la parecía haber sido castigada



XIII

Es una impresión muy extraña la que produce el arroyo bajo el pie de las reclusas que abandonan su asilo. El aire fresco, el movimiento, el ruido de los coches, no emocionan con tanta viveza el espíritu como el contacto brutal de los pies que no han conocido más que las losas unidas ó los pisos encerados, con la piedra angulosa de las calles.

Ariadna caminaba trabajosamente y sus pies delicados sufrían al dar cada paso; era el emblema de su existencia; debía también probar todas las asperezas de la vida.

Los primeros días que pasó en casa de la señora Sékourof fueron, sin embargo, para ella de un inexplicable bienestar. Sentíase rodeada de una **compasión** real y eficaz; y además el canto, el canto divino, inagotable, le abría el cielo durante tantas horas; la señora Sékourof se vió obligada á prohibirle cantar más allá de cierto tiempo prudencial.

En el fondo de su alma, Ariadna no era desgraciada; estaba muy lejos de sospechar la abominable trama de que había sido víctima expiatoria: creíase expulsada por haber faltado á clase el día que se excedió en cantar, y la parecía haber sido castigada

con exceso en relación á la falta que cometió. Atribuía aquella severidad á las maquinaciones de la Grabinof; pero desde que vivía con la anciana señora, haciendo una existencia muy retirada y empleándola bien, casi sentía tentaciones de dar gracias á la señora de clase que así le había economizado ocho meses de miserias.

Había comunicado sus ideas á la señora Sékourof, y ésta, aun comprendiendo que era necesario hacerle saber las causas que motivaron su expulsión, no tuvo valor para herir la pureza de la joven y su sencilla ignorancia. Siempre había tiempo para que supiese lo que la sociedad le atribuía.

Ariadna no fué al conservatorio; la manera con que salió del instituto le cerraba las puertas de todos los establecimientos oficiales. Era necesario buscarle un profesor de canto que quisiese encargarse de su educación musical.

No faltan en la sociedad profesores prontos á emprender semejante misión; pero no puede confiarse una joven á un maestro sin discernimiento y la situación excepcional de Ariadna hacía que la elección de profesor fuese aún más difícil.

Sin embargo, la señora Sékourof halló un artista de primer orden, de una moralidad irreprochable; bastante honrado para que ninguna madre temiese confiarle á su hija. Ese fénix había emprendido bastantes veces la ingrata misión de preparar para la escena magníficas voces, sin retribución alguna mientras durasen los estudios; pero estipulando una recompensa para cuando terminasen y produjeran resultados pecuniarios.

Ese modo de pactar, muy generoso en realidad, pues de tantos talentos como todos los años presentan al público los conservatorios, son muy pocos los que llegan á labrarse un nombre, había tenido, á lo que parece, resultados poco ventajosos para el profesor, pues había jurado no enseñar más con aquellas condiciones.

A las primeras palabras de la señora Sékourof, la repuso:

—¡Una voz hermosa! ¡Y qué! ¡Hay doce docenas de voces hermosas! ¿Se figura usted que eso es cosa rara? ¡Y que cotorras están hechas esas señoritas de hermosa voz! Ya tengo bastante; estoy harto y no hablemos más.

—¡Pero, querido maestro, óigala solamente!—insistió la señora Sékourof,—cuando la haya oído entonces se convencerá.

—¡Pardiez, es cosa fácil! ¡Soy muy torpe! He aquí precisamente por qué no quiero oír. ¿Es bonita?

—Encantadora, más que bonita, y hecha para la escena.

—¡Aun mejor! Vuestras voces hermosas son insoportables; no hay más que mujeres feas á las que no se puede hacer comprender la razón. ¡Vaya, no quiero, ya se lo he dicho! ¿Cómo se llama?

—Ariadna, nombre bonito, ¿no es así? y que sentará muy bien en un cartel.

—¡Cartel! ¡Ya! ¡Qué deprisa va usted! ¿Es alta?

—Muy alta y elegante.

—¡Esas mujeres bonitas son una calamidad!—re-

funfunó el profesor,—son vanidosas como pavos reales. ¿Qué edad tiene?

—Diez y siete años.

—¡Diez y siete años! ¡Es juicioso empezar el canto á los diecisiete años!

—¿Demasiado pronto?

—¡Demasiado tarde! ¿Qué quiere usted que haga con una voz que indudablemente ha adquirido ya malas costumbres?

—¡Querido maestro, si no ha cantado nunca más que cosas de liturgia!

—¡Una gazmoña, ¡vaya! ¿Y quiere usted que eso entre en el teatro?

La señora Sékourof se echó á reir diciendo:

—Vamos, decididamente, usted no quiere enseñarla; al menos, no diga tanto malo sin conocerla; sabido es que cuando se quiere matar á un perro...

—Bien—refunfunó el profesor,—¿usted me ha dicho que es una tiple?

—Contralto.

—¡Todo está lleno de contraltos en Rusia! ¡No hay más que eso! No quiero.

—¿Qué día quiere usted que se la traiga?—repuso la señora Sékourof, comprendiendo que el maestro quería oír á Ariadna.

—Bueno, mañana á las once. Y sobre todo no se retrase usted; esas jóvenes bonitas no acaban nunca de arreglarse.

Muy contenta se fué la señora Sékourof á llevar la noticia á su protegida.

—Va usted á cantar ante Morini—la dijo;—es el primer profesor de canto que hay en el mundo. Si

le gusta su voz, no dudo que se encargará de enseñarla, pero es muy quisquilloso. Sea usted lo más sencilla posible; á él le gusta la sencillez, y no tenga miedo, pues no la dejaría cantar bien.

Ariadna se sometió á todos los consejos, y á la hora fijada se presentó en casa del maestro.

Era la primera vez que se encontraba en presencia de un extraño, pues desde que salió del instituto, no había visto á los hombres más que en la calle. El primer profesor de Europa debía ser algo refulgente é ideal. Grande fué su sorpresa al hallarse con un anciano pequeñito, muy parecido á un mono, con ojos negros muy grandes, vivos, limpios y llenos de expresiones variadas. Aquel ilustre profesor, para ir por casa llevaba un abrigo de verano de tela raída, deshilachado por los bordes, y al que faltaban algunos botones, y unas zapatillas bordadas, regalo sin duda de una discípula agradecida, pero poco experta en estética.

—¡Cante usted!--dijo el maestro en seguida, arrellanándose en un sillón, con las piernas cruzadas y cegándose su seca rodilla izquierda con la mano derecha.

A las primeras notas se enderezó, soltó la rodilla, asióse á los brazos del sillón y sus ojos se fijaron en Ariadna. Pero ésta no le veía. *Había partido*, como decía sonriéndose la señora Sékourof. Su espíritu estaba tan lejos, tan por encima del pequeño salón de música, tan lejos y tan elevado, que no tenía miedo.

—¡Cante otra cosa!--dijo el maestro cuando terminó su vocalización.

Ariadna cantó el himno del ofertorio; los sonidos llenaban la pequeña habitación, el piano vibraba. La señora Sékourof oía con las manos juntas, bajo el imperio irresistible de aquella voz maravillosa; de repente, el viejo profesor saltó sobre su asiento como si fuese á estrellarse sobre la pared; cogió la cabeza de Ariadna entre sus manos, estrechándola con una especie de rabia.

—¡Que artista, Dios mío, que artista! ¡Pero no sabe cantar nada! Todo está por hacer. ¡Tanto mejor! Al menos nada tendrá que olvidar. Tendrás lección tres veces por semana, hija mía—dijo á Ariadna, estupefacta.—Serás una gran cantante; vamos, óyeme esto:

Y empujó á Ariadna, que no le dejó el sitio con bastante rapidez; y con un arte consumado, con un gusto irreprochable, cantó con su hermosa voz de barítono, demasiado débil para la escena, pero poderosa y rica para aquella habitación, un trozo de un oratorio de Hændel: *La fiesta de Alejandro*.

—¡Bueno! ¿qué dices?—le preguntó el maestro, retirándose del piano.

Ariadna, aunque oía, no parecía volver á la realidad.

—¿He de cantar eso?—preguntó.

El maestro se puso á reír.

—Eso no; es para hombres, pero cantarás otras cosas. Mas, por ahora, tampoco. Tú tienes que vocalizar durante dos años en todos los tonos.

—¿Luego, quiere usted enseñarme?—murmuró la joven, no comprendiendo aún.

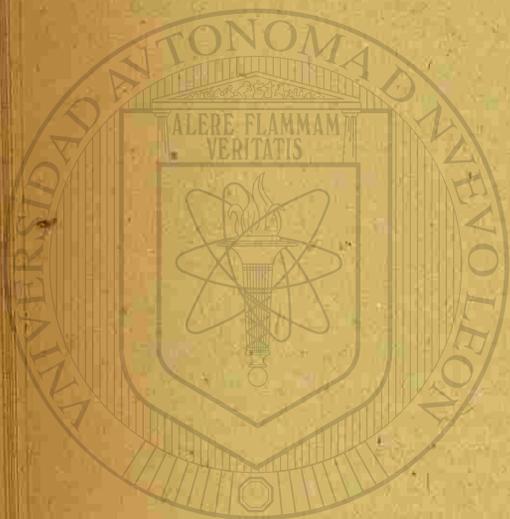
—¡Pardiez! ¡Es tonto! ¡Si no quisiese nada con-

tigo, crees que me hubiese costado trabajo desengañarte! Además, yo sólo tuteo á mis discípulas, ¡pero las tuteo á todas! Esto es más cómodo. ¡Pequeña serpiente, ¡qué talento tienes! ¡Qué ingratitud me harás! En fin, el mundo está hecho así.

La señora Sékourof se retiró con Ariadna tan deslumbrada y como estupefacta. Las lecciones comenzaron al día siguiente.

La joven trabajaba con un ardor reconcentrado que no degeneraba ni un instante en esos excesos de trabajo seguidos siempre de desfallecimientos que en realidad son una verdadera malversación del tiempo y de las fuerzas. Progresaba de un modo lento y firme; á la exaltación de sus primeros ensayos siguió una resolución seria. Comprendía perfectamente que sus estudios la hacían contraer una deuda que sólo ella podía pagar, y eso con un esfuerzo serio y una conciencia honrada, como seguía el estudio de las lecciones. Además, las escalas y los ejercicios de pura técnica que le hacía cantar su profesor, no favorecían ni desarrollaban sus ensueños entusiastas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO FELIZ"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



XIV

Seis meses pasaron de este modo. Había llegado una época, que es en Rusia más que en ninguna otra parte, de distracción y placeres mundanos. No hay sitio donde no se diviertan, para indemnizarse de las siete semanas de disgusto que le siguen. La señora Sékourof no podía proporcionar á Ariadna grandes distracciones; su escasa fortuna se oponía, lo mismo que sus gustos casi monásticos. Sin embargo, hubiese querido llevarla á la ópera, pero el maestro de canto puso su veto.

—Aun no—había dicho.—¡Qué mosca le pica á usted! ¡Quién diablos le mete prisa! ¡Ya tendrá tiempo de probar su gusto! Tiene usted en suerte una pupila que no ha visto nada malo, ni aun mediano, y es necesario que no pervierta usted su gusto! ¿Quiere usted que retroceda lo mismo que las sopranos italianas?

La señora Sékourof tomó el exabrupto del maestro por lo que valía; es decir, por un consejo excelente, y Ariadna no fué á la ópera.

En cambio, la excelente mujer quiso proporcionarle diversiones menos peligrosas y más populares. El último sábado de Carnaval llevó á la joven á ver

las *Balaganes*. Llamadas así por ser obra de los artistas de teatro, por hacerse juegos á los que concurrían los forasteros, efectuándose en aquella época en la amplia plaza del Almirantazgo, que se extendía entre el Palacio de Invierno y el Senado, hasta que unos jardines recientemente plantados la han reducido á su mitad. Desde los nuevos embellecimientos, las *Balaganes* se han trasladado al Campo de Marte, y el golpe de vista pintoresco que presentaba la larga hilera de construcciones de madera adornadas y pintadas, ha perdido bastante.

En los buenos tiempos antiguos de los cuales hablamos, los teatros de pantomimas, circos, colecciones de fieras, títeres, caballos de madera, montañas rusas, formaban una serie no interrumpida de diversiones populares; los *fenómenos* y las sonámbulas no faltaban. La originalidad de esos espectáculos no estaba en su misma esencia, sino en el gusto con que las gentes de posición participaban de tan groseros placeres. Era de buen tono entre la juventud elegante haber estado en un par de barracones de esos. Las señoras apenas entraban, á menos que no fuese para satisfacer un capricho de sus esposos ó de sus hijos; pero los carruajes de la aristocracia de San Petersburgo desfilaban durante toda la tarde, siguiendo dos círculos concéntricos paralelos y muy próximos entre sí en torno de esa hilera de construcciones que medía más de kilómetro y medio de longitud.

Las filas eran contrarias, es decir, que las dos de carruajes iban en sentido inverso una de otra. De ahí que en esa interminable procesión resultasen in-

numerables encuentros.

Aquella disposición permitía perfectamente á los enamorados cambiar señales y á las coquetas despertar pasiones; ninguna madre prudente, ninguna directora cautelosa debía llevar allí á las jóvenes. Sin embargo, una costumbre tan antigua como la fundación de los institutos, hacía que fuesen á aquel sitio las señoritas más aplicadas, en coches de gala arrastrados por cuatro caballos, con dos lacayos y cochero vestidos de rojo.

Esos coches magníficos, sacados por las circunstancias de las caballerías de la Corte, iban á buscar á las señoritas al instituto. En cada uno de ellos se acomodaban siete ú ocho, en unión de la señora de clase, y el convoy se dirigía al trote largo hacia la plaza del Almirantazgo. Allí los coches tomaban sus puestos en la fila, y durante una hora ó dos las jóvenes reclusas gozaban del espectáculo más mundano y menos delicado que es posible imaginarse.

No es que faltase lo pintoresco. El vehículo más extraño tenía derecho á ponerse en fila y nadie se sorprendía al hallarse con el bajo trineo arrastrado por un caballo panzón y cabezudo, llevando á toda una familia de panzones y cabezudos.

Luego venían los oficiales de la guardia galopando y caracoleando en sus mejores caballos, coches familiares con nidadas de bebés rubios y morenos, serios como conviene estar fuera de casa; jóvenes sonrientes, mamás gordiflonas y con reumas, producto de aquel tiempo húmedo y desigual, cumpliendo heroicamente con el deber de mostrar su progeñie al público: ricas comerciantes vistiendo pesadas

telas de seda de vivos colores, cubiertas con un *fichú* de seda terminado en punta, sujeto con un alfiler por debajo de la barba, que dibujaba estrictamente el óvalo redondeado de su cara; iban, tan tiesas como cirios, en magníficos coches á la última moda arrastrados por los caballos más hermosos que se pueden imaginar, y con seguridad nada podía haber tan extraño como aquel contraste de los trajes antiguos y pasados de moda con las magnificencias del lujo más reciente.

Todo esto y mil detalles más contemplaba Ariadna con curiosidad; aquella feria de las vanidades le parecía tan divertida y tan poco real como si la viese en un kaleidoscopio. De pronto, una aparición vino á protestar de la realidad del espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

El desfile de coches del instituto desembocaba en la plaza al trote largo, mezclándose en el movedido círculo, que por un instante se vió obligado á interrumpir su marcha para dejar sitio al nuevo elemento; después de una corta detención, los coches siguieron al paso, y las jóvenes del instituto se inclinaron sobre las abiertas portezuelas para saborear más á su gusto un placer tan ceremoniosamente rechazado el resto del año.

A pesar de los esfuerzos de las señoras de clase, las lindas y curiosas cabecitas salían á cada momento, buscando entre la multitud algún semblante conocido. En los tres primeros coches iban las jovenzuelas, verdaderas niñas, que palmoteaban al ver los grandes cartelones pegados en los teatruchos, pero en los restantes iban las señoritas del último

curso, y entre ellas la linda Olga.

Esta, sentada junto á la portezuela de la izquierda, miraba con curiosidad, pero con cierto desden, los placeres del populacho; su altanera mirada recorría los carruajes que venían en sentido inverso y á veces respondía al saludo de alguna señora amiga de su madre, que había ido á verla al locutorio. De pronto, vió á Ariadna modestamente sentada al lado de su bienhechora, en un cochecito de alquiler. Enrojeció de vergüenza y también de alegría; se inclinó con rapidez sobre la portezuela gritando:

—¡Ranine!

Admirada de oírse llamar en público, Ariadna se enderezó, viendo á su antigua compañera. Olga, al verse reconocida, empezó á tirarla besos, á pesar de los desesperados movimientos de la Grabinof, que la tiraba de las ropas con encarnizamiento desesperado. Para librarse de ella, Olga metió la cabeza y la dijo algún apóstrofe, probablemente demasiado duro, pues su hermoso semblante no expresaba nada que fuese respetuoso; luego volvió á ponerse á la portezuela, no cesando de hacer signos afectuosos á Ariadna hasta que dejó de verla.

En el momento en que iba á volver á ocupar su puesto, su mirada se encontró con la del joven Bataourof, sobrino de la directora, que montaba un magnífico caballo inglés, dándose el gusto de hacerle caracolear un poco. El joven, desde hacía un momento, trataba de encontrarse con la mirada de Olga, pues le costaba trabajo dejar sin concluir la bonita novela cuyo desenlace esperaba que fuese una boda. Miró á la joven lanzándola la más tierna mi-

rada que ningún oficial de caballería, pudo encontrar en su arsenal. ¡Pero, oh sorpresa! Los ojos de Olga antes tan dulces, cuando miraban á Ariadna, tomaron una expresión de indecible desprecio. Miró á Batourof guiñando algo los ojos, como una persona miope que trata de recordar un semblante poco conocido; luego volvió la cabeza con la indiferencia de una señorita bien educada que no quiere la hallen hermosa.

El joven se quedó estupefacto por esta acogida, y volviendo riendas, se fué á su casa á meditar sobre su malaventura, mientras que Olga y sus compañeras continuaban el paseo. La joven aristócrata acababa entonces de comprender toda la gravedad de su imprudencia. Hasta entonces no había visto en las citas nocturnas más que una travesura reprehensible; al recibir la mirada de aquel hombre, comprendió que le había dado derecho para hablarle con semejante lenguaje mudo, y que se había jugado su honor, y su piedad por Ariadna, que pagó su culpa, se hizo más dulce y más tierna.

Tres meses después, en una hermosa mañana de Junio, Ariadna, siempre acompañada de la señora Sékourof, que verdaderamente desempeñaba la misión de una madre, pasaba por delante de la puerta del instituto para ir á dar su lección de canto. Vió numerosos carruajes particulares que esperaban á lo largo de la calle.

—¿Qué pasa en el instituto?—preguntó á su madre adoptiva.

—Es el día de la salida—repuso ésta, sintiendo no haberlo sabido á tiempo para evitar á Ariadna

una emoción tal vez sensible.

Desde el suceso que llevó á la huérfana á su hogar, no había mantenido con la superiora más que relaciones superficiales y tardías. Toda simpatía desapareció entre las dos mujeres desde el día en que la inocente pagó por las culpables. La señora Sékourof juzgó con severidad á la superiora, y ésta, sintiéndose avergonzada, no le era agradable la presencia ni aun el recuerdo de su antigua amiga.

Un coche que esperaba delante de la puerta partió al trote largo, arrastrado por dos magníficos caballos de raza, y, sentada al lado de una mujer hermosa de unos treinta y seis años, su madre, Ariadna vió á Olga.

Era ella, aunque desfigurada por un elegante traje de la alta sociedad, con el cual había reemplazado el uniforme del instituto: con un traje de seda rosa pálido, sombrero de paja adornado con gasas musulina bordada y rosas, Olga estaba desconocida, pero más hermosa que nunca.

—¡Dios mío, que bella!—exclamó Ariadna.

La señora Sékourof miró alternativamente á los dos jóvenes. Con su traje de lana gris y su sombrero de paja negra, Ariadna era aún más hermosa que la princesa Olga, pues en lo sucesivo es así como la llamaremos.

Aunque el coche pasó con mucha rapidez, Olga había visto á Ariadna. Su mano fina, cubierta con guante gris perla, se posó sobre la portezuela y saludó, sonriéndose, á su desheredada compañera.

—¡Tiene buen corazón!—dijo Ariadna suspirando.

—¡He de agradecerle este recuerdo después de lo

que ha pasado!

La señora Sékourof reprimió otra vez el deseo de manifestarle su verdadera situación. ¿A qué llenar el alma de la joven con un semillero de rencor y de odio?

El coche se alejó con rapidez; otros varios le siguieron; pero nadie se cuidó de saludar á Ariadna. —Yo hubiera salido también hoy—dijo subiendo la escalera de su profesor.

Era la primera frase que decía después de ver á Olga.

—¿Lo siente usted?—preguntó la señora Sékourof en el momento en que su protegida tiraba del cordón de la campanilla.

—¡No! Lo que tengo vale más que todo lo que hubiese podido tener—repuso la joven;—he ganado ocho meses de estudio... y de ternuras,—añadió mirando á su segunda madre, antes de pasar la puerta que se acababa de abrir.

XV

Diez y ocho meses pasaron aún, durante los cuales la señorita Ranine pasó por todos los grados del difícil arte del canto. Su viejo profesor, que había concluído por apasionarse de aquella hermosa voz, no economizaba ni tiempo ni trabajo para perfeccionarla; y sus consejos, rudos á veces, preservaron á Ariadna del orgullo, cosa natural en los talentos en germen.

Aun no la había hecho cantar más que ejercicios y la joven nunca exigió otra cosa. Una mañana fué sola á casa de su profesor, pues la salud quebrantada de la señora Sékourof no le permitía acompañarla, y aquel le dijo:

—¿Podrías cantar esto?—y le presentó una romanza de Alicia en el primer acto de *Roberto el Diablo*.

Ariadna cogió la partitura, descifró el canto de una ojeada, leyó la letra en voz baja y empezó vacilante; luego su voz se afirmó, olvidóse del resto del mundo y con un sentimiento profundo y expresión extraordinaria, concluyó:

*Huye de los consejos audaces
Del seductor que me ha perdido.*

—¿En dónde diablos has aprendido tú á cantar de esta manera?—exclamó el viejo italiano plantándose ante ella.

—¿Dónde? ¡aquí con usted!—repuso Ariadna sorprendida.

—¡Eso no es verdad! Yo no te he enseñado á cantar ópera. ¿Esto te lo has buscado tú sola? ¡Pero tú lo has aprendido de antemano!

—Le juro á usted que no—respondió la joven con presteza, algo molestada por esta suposición.

Sin responder, Morini sacó de una carpeta otro trozo; se lo presentó á su discípula, y, sentándose al piano, ejecutó repentinamente el *arioso* de *El Profeta*, que tantas lágrimas ha hecho derramar. Esperaba así sorprender en el semblante de su discípula algún gesto que denotase la costumbre de cantar, pues no hay ninguna contralto que no se haya ensayado con ese trozo tan sencillo como peligroso. El semblante de Ariadna conservó su expresión de asombro, y dejó de entrar á tiempo.

—¿Qué haces?—exclamó el maestro.

—¿He de cantar?—preguntó Ariadna con sencillez. El maestro movió los hombros.

—Trata ahora de contar los compases. ¡Vocaliza! Obedeció y, á medida que el sentimiento de esa invocación suprema iba penetrando en ella, su hermoso semblante se transfiguraba, sus ojos lanzaban chispas y las manos, con que sostenía el papel, á pesar suyo, temblaban al expresar las apasionadas frases; luego se animó, su cuerpo, de líneas puras y gallardas, parecía agrandarse, y acabó llena de emoción.

—¡Repíte! ¡La letra!—dijo el profesor casi tan

emocionado como ella.—¡Canta!

Volvió á empezar; la primera frase, ¡*Oh, hijo mío!*; parecía decirla un alma desesperada; la segunda, rebotante de desesperación y ternura, brotó de sus labios como una plegaria; se dejó arrebatar por el papel, sus ojos se dilataron, colocó el papel sobre el piano para seguir la letra con la vista, y elevó hacia el cielo sus magníficos brazos.

—*¡Bendito seas!* cantó derramando lágrimas de verdad que inundaron su semblante.

Morini abandonó el piano, corriendo hacia ella con intención de abrazarla, pero el respeto le contuvo; tomó la mano de la joven cantante, helada por la emoción, y la besó como si fuese la de una reina.

—Eres una gran artista—le dijo.—El mundo es ahora tuyo. El próximo mes darás un concierto, pues nada puedo ya enseñarte que tú no sepas aprender sola. Cantas con naturalidad, esto vale más que todas las lecciones.

—Eso ha sucedido, ¿no es verdad?—le preguntó Ariadna.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Esa madre que bendice á su hijo; el hijo que ama á su madre más que á su amor. ¿Ha pasado? ¡Que hermoso es!

—¡Pardiez, sí que ha pasado!—repuso Morini.—¡Todo ha sucedido! Vaya, toma la partitura; lee, trabaja, encuentra papeles, lee obras, cree que todo ha sucedido, ¡sublime sencillez! ¡Y harás llorar al universo, porque eso sucederá!

Recobrando su prudencia, producto del estudio y de los años, el profesor se repuso.

—Lee de todo, pero no á la vez; busca un papel y trabájale. No hay que estropear el bien, pues la vida es larga.

Seis semanas después, los carteles anunciaban el primer concierto en el que debía tomar parte Ariadna; pero para presentarse al público había escogido un nombre de guerra: Ariadna Mellini. El profesor lo había aconsejado y la señora Sékourof exigido.

XVI

El concierto debía verificarse en la sala de los Cantantes de la Corte, pequeño salón en donde se oía la música mejor en San Petersburgo. Desde las primeras notas el público comprendió que no era una mujer vulgar la que se presentaba ante él; que tenía una dignidad que no se aprende. Ariadna era una artista de raza, que no podía hacer nada vulgar ó mediano.

El profesor había elegido el público; los billetes estaban colocados todos por él, pues Ariadna no conocía á nadie; fueron repartidos entre esa sociedad casi exclusivamente melómana, que no falta al *debut* de un artista, ni á una audición de música de cámara. Hay en San Petersburgo un núcleo de trescientas ó cuatrocientas personas á las que no les duele gastar una buena parte de sus rentas para animar á artistas jóvenes y para gozar los placeres finos y delicados que produce la música buena ejecutada de un modo irreprochable. Es un núcleo de personas de buen gusto que hacen de San Petersburgo una de las capitales del mundo musical.

Ariadna obtuvo un gran éxito y fué llamada varias veces por los entusiastas *dilettanti*. Su escultural

—Lee de todo, pero no á la vez; busca un papel y trabájale. No hay que estropear el bien, pues la vida es larga.

Seis semanas después, los carteles anunciaban el primer concierto en el que debía tomar parte Ariadna; pero para presentarse al público había escogido un nombre de guerra: Ariadna Mellini. El profesor lo había aconsejado y la señora Sékourof exigido.

XVI

El concierto debía verificarse en la sala de los Cantantes de la Corte, pequeño salón en donde se oía la música mejor en San Petersburgo. Desde las primeras notas el público comprendió que no era una mujer vulgar la que se presentaba ante él; que tenía una dignidad que no se aprende. Ariadna era una artista de raza, que no podía hacer nada vulgar ó mediano.

El profesor había elegido el público; los billetes estaban colocados todos por él, pues Ariadna no conocía á nadie; fueron repartidos entre esa sociedad casi exclusivamente melómana, que no falta al *debut* de un artista, ni á una audición de música de cámara. Hay en San Petersburgo un núcleo de trescientas ó cuatrocientas personas á las que no les duele gastar una buena parte de sus rentas para animar á artistas jóvenes y para gozar los placeres finos y delicados que produce la música buena ejecutada de un modo irreprochable. Es un núcleo de personas de buen gusto que hacen de San Petersburgo una de las capitales del mundo musical.

Ariadna obtuvo un gran éxito y fué llamada varias veces por los entusiastas *dilettanti*. Su escultural

belleza también contribuía á la ovación de que fué objeto, pero sería injusto pretender que hubiese contribuido en gran parte.

¿En dónde encontró aquella joven tímida el talento de saber caminar con gracia, saludar con naturalidad, cantar sin cohibición? Había nacido cantante; al menos esto era lo que contestaba su profesor cuando le preguntaban.

Mientras que, después del concierto, Ariadna recibía las felicitaciones de algunos aficionados, amigos ó alumnos de su maestro, sintió que una mano enguantada la tocaba familiarmente en el hombro desnudo; volvió la cabeza, hallándose á Olga ante ella.

—He dicho á mamá que tú eras una antigua compañera mía; está encantada de ti; toma, aquí tienes nuestra dirección, ven á vernos mañana.

A la vez que la decía esto, Olga puso en la mano de Ariadna un pedazo de papel partido de un programa en el que concluía de escribir algunas palabras. La princesa Orlina, la mamá de Olga, añadió algunas frases corteses con esa hermosa sonrisa que posee la mujer de mundo cuando quiere ser cariñosa y buena; después, madre é hija, tan hermosas una como la otra, se fueron, dejando oír el roce de sus vestidos de seda sobre el pavimento.

Ariadna regresó á casa de su bienhechora con el corazón rebosante de emociones; la señora Sékourof veía que la muerte se iba apoderando de ella, y tal vez sintió más gozo que la joven artista al oírle referir con sus menores detalles el éxito conseguido.

—Cuando yo no exista—pensaba,—Ariadna, para consolarse de su abandono, tendrá la vida del arte,

tan exigente, tan absorbente, que la hará olvidar el dolor de mi pérdida.

Así es, que aconsejó á la huérfana fuese á ver á la princesa Orlina al día siguiente.

—Puede serte útil—le dijo,—y el talento con más frecuencia se ve elevado por las amistades que por su propio mérito.

Siguiendo este consejo, Ariadna fué á casa de su antigua compañera. Un lujo, del que no podía tener idea, reinaba desde el primer peldaño de la escalera adornada de flores raras, puestas en jarrones aun más raros; dos dragones de bronce japonés guardaban el vestíbulo, y dos lacayos ingleses, tan inmoviles y mucho más tiesos que los dragones, les hacían juego sentados en sus banquetas.

El sencillo traje de seda negro que llevaba Ariadna, no estaba muy en consonancia con aquellos esplendores; así es que la joven tuvo que esperar bastante tiempo antes que los aristócratas lacayos se dignasen anunciar su visita. Pero apenas el sonido de un timbre misterioso resonó en el primer tramo, cuando Ariadna vió precipitarse por la escalera á su antigua compañera, tan bella, tan fantástica, más hermosa que antes. Saltó al cuello de Ariadna y, cogiéndola por el talle, la hizo subir corriendo hasta el primer piso. Hallóse en un vasto salón tapizado de amarillo; ante ella, y vuelta de espaldas, estaba la princesa Orlina arreglando las flores de una jardinera.

—¡Mamá!—exclamó Olga,—¡mírala!

La princesa tendió la mano á Ariadna, diciéndole algunas palabras afectuosas, dirigió á su hija una

mirada llena de mudas advertencias y pasó á otra habitación. Olga se apresuró á llevar á Ariadna á su gabinete.

—¡Vamos! — la dijo cuando estuvieron sentadas en una marquesina de dos asientos tapizada de blanco y rosa, frente á un inmenso espejo de cuerpo entero.—Vamos, cuéntame tus cosas. ¿Qué has hecho, qué haces y qué harás?

—He trabajado, trabajo y trabajaré—respondió Ariadna.

—¡Todo lo contrario que yo!—repuso alegremente Olga.—¡No me gusta hacer nada y tengo intención de seguir así toda mi vida!

Ariadna se sonrió; un programa semejante era bueno para la heredera de una renta de medio millón de rublos, pero no para una cantante pobre.

—¡Que éxito alcanzaste ayer! ¡Eso sí que es hermoso! De buena gana hubiese querido estar en tu puesto... ¡Cómo te aplaudían!... ¿Te causa placer cuando te aplauden?

—Ayer me produjo un gran placer, pero no sé si siempre me lo hará; sin embargo, supongo que sí.

—¡Nadie me aplaudirá nunca!—suspiró Olga con melancolía.—¡Sin embargo, me hubiese gustado intentarlo! Preciso será que represente alguna comedia en sociedad para probarlo; pero son amigos los que nos oyen y aplauden por cortesía, mientras que á ti... ¿Darás pronto un segundo concierto?

—El mes que viene—repuso Ariadna.—Voy á estar dos años sin dejarme oír en público; mi profesor quiere que estudie cinco papeles antes de debutar en el teatro. ¡Hace un mes que no he abierto una par-

titura!

—¡Tú debutarás en el teatro! ¡Que hermoso debe ser! ¡Tienes una voz sin rival!

Ariadna sonrió. Sí, sabía que su voz era única.

—¿Y de aquí á entonces, qué vas á hacer?

—Trabajar. Cuatro horas de canto y dos de piano, el resto del día se pasa pronto en el arreglo de la casa y en leer algo á la señora Sékourof.

—¡Tú trabajas en cosas de la casa! Pero una criatura como tú debía estar por encima de las cosas de este mundo y no descender más que para recrear los oídos á nosotros, á los mortales! ¡Tú no eres un ser mortal, eres una diosa!

—Sin embargo, es preciso trabajar—repuso Ariadna con dulzura.

Olga reflexionó; su hermoso semblante había tomado una expresión de dulzura y de pesar que aun la hacía más bella.

—Dime—le dijo no sin vacilación.—¿No has tenido nunca disgustos por esa historia necia por tu salida del instituto?

—¿Disgustos? ¿Por qué? Nadie me quiere lo bastante para reñirme por que me despidiesen del instituto antes de concluir mis estudios... ¿por qué, pues, había de tener disgustos?

Olga miró á su compañera; hablaba con la mayor inocencia.

—Vamos—añadió.—¿Nadie te ha hablado nunca?

—No veo á nadie más que á mi profesor y á la señora Sékourof, y además una alumna despedida por un motivo de insubordinación no es cosa tan interesante para que se acuerden de ella.

Olga la miró en silencio.

—Puedes contar conmigo—la dijo después de un instante.—Te soy más adicta de lo que tú crees;—si alguna vez te hallas en un apuro, escríbeme ó ven á verme. No me llamarás en vano.

Ariadna quiso retirarse; su amiga la retuvo para hacerla ver las mil chucherías costosas y encantadoras que había en su habitación, y no la dejó partir hasta que la hubo colmado de obsequios y de regalos.

Al regresar á casa de su protectora, Ariadna no pudo por menos que participarle el creciente asombro que la producía el afecto de Olga.

—¿Quién hubiese creído—decía—que esa princesa rica, tan dura á veces conmigo en el instituto, fuese mi amiga en el infortunio?

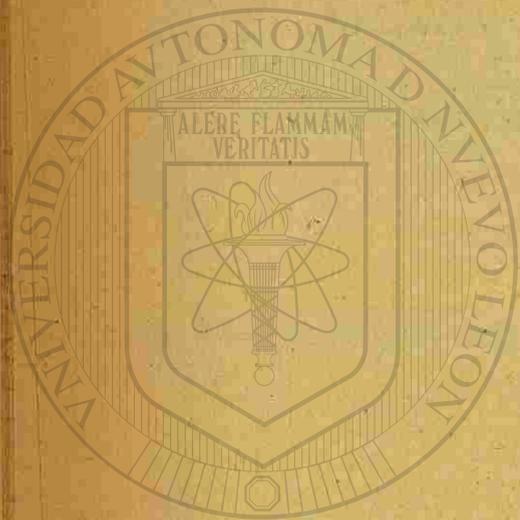
—Conservad su amistad—la repuso la señora Sékourof;—después de la mía, será la única que os quede, y presiento que la mía no ha de durar mucho.

En efecto, la buena señora se iba debilitando de día en día. No había podido acompañar á Ariadna en su primer concierto. Se anunció el segundo y veía que tampoco podría ir.

Después de haber vigilado el tocado de Ariadna, de haberla puesto sobre la frente la corona de jazmín blanco que eligió, de abrazarla con ternura, se tendió en el lecho, mientras su hija adoptiva partía con Morini. La opresión que sufría siempre, iba desapareciendo poco á poco, sentíase más aliviada, pero en cambio su cabeza estaba más débil, como vacía. Otra hubiese creído experimentar una mejoría, pero ella adivinó la aproximación de la muerte.

—Afortunadamente—se dijo,—he vivido lo bastante para poder dar á esa pobre joven algunos consejos.

La languidez se iba apoderando de ella, quería luchar contra el sueño, pero le era imposible resistirle durante mucho tiempo, y sus ojos se cerraban bajo la suave luz de la lámpara velada por espesa pantalla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

VXII

El concierto en que Ariadna tomaba parte por segunda vez, era un acontecimiento musical: un joven violinista, de un talento sin igual, indiscutible, concluía de arrebatar al auditorio, ejecutando una polonesa nueva de un brío extraordinario; los aplausos que le prodigaban, apenas extinguidos, volvieron a repetirse con más furia al aparecer Ariadna, quien debía cantar un duo con un tenor entonces en boga, y que no se había dejado oír nunca más que en la Opera. La excepción que hacía en favor de la joven discípula de Morini, había redoblado la curiosidad de los asistentes y todas las miradas estaban fijadas en el escenario.

Ariadna, pálida como siempre que cantaba, esperaba el momento de entrar, mientras el piano ejecutaba un largo *ritornello*; su compañero tranquilamente escudriñaba las filas del público buscando semblantes conocidos á cuyos saludos contestaba con un pequeño ademán y con una sonrisa, cuando una voz muy cerca de Ariadna, en la primera fila de butacas, pronunció una frase corta que hizo estremecer á la joven.

—Su verdadero apellido es Ranine; fué expulsada

del instituto por una intriga con un joven.

—¡No es posible!—replicó otro.

—Es lo que yo digo; es muy hermosa, esto nada significa; al contrario.

Un murmullo de desagrado recorrió la sala. Ariadna había dejado de entrar.

—¡Y bien!—le dijo el tenor,—¿qué le pasa? ¿En qué piensa usted?

Ariadna se asió maquinalmente á alguna cosa inmediata, y era la mano del tenor, quien se la había tendido al verla vacilar.

Un gran movimiento se produjo: ¡la cantante se encontraba mal! Todo el mundo se levantó, algunos se subieron sobre las sillas.

Pero la alarma fue de corta duración. Ariadna, víctima un instante del vértigo, no había perdido el conocimiento, le había bastado tener en que apoyarse para recobrar su sangre fría.

Hizo un signo á su acompañante, quien repitió los ocho últimos compases, y cantó con una voz, una ternura, una desesperación, como nadie había oído nunca. La última nota del duo vibraba aún en el aire, cuando toda la sala se había levantado palmo-teando y gritando: ¡Bravo!

—¡Ah, señorita!—le dijo el tenor presentándola por quinta vez al público entusiasmado;—¡si fuese mujer tendría celos de su éxito!

Debía cantar aún dos trozos más; se le quiso hacer repetir; pero en vez de obedecer á las excitaciones que partían de todos lados, cantó una canción juguetona de una alegría exquisita, y su triunfo fué doble.

El *ritornello* del segundo trozo era bastante largo; lo aprovechó para buscar obstinadamente con la mirada al que había pronunciado su condenación en tan pocas palabras.

Era uno de esos hombres que se llaman buenos vividores; tal vez porque llevan la peor clase de vida que es posible imaginarse. La mirada era insolente, el cuello gordo; los cabellos escasos estaban cortados al rape, tal vez para que se pudiesen cortar; un semblante lleno, adornado con mezquinos bigotes, contribuía á darle aspecto de buen muchacho; pero los que le conocían decían de él riéndose y á veces sin reír, que era un mal sujeto. Un broche con condecoraciones certificaba su nobleza y sus servicios: era el general Fremof.

Examinaba á Ariadna como hubiese podido examinar un buen caballo; así es que se sorprendió muy poco al recibir la mirada llena de desprecio y de indignación de la joven, concedida á cambio de la suya. Trató de contestar ensayando una expresión maligna, pero su trabajo fué perdido, pues Ariadna cantaba, y cuando cantaba, el mundo no existía para ella.

Pretextando su indisposición, se apresuró á sustraerse á las felicitaciones de los que la esperaban en el salón de los artistas; después de haberle dado las gracias con vivacidad á Morini, que la acompañó al coche, y al que no invitó á subir, regresó á casa de la señora Sékourof, entrando en su gabinete con menos precaución que de costumbre.

Al sentir el roce del traje de seda, la anciana señora abrió los ojos, tratando de incorporarse, pero

no pudo.

—Acérquese usted, hija mía—dijo á Ariadna asustada por el rápido cambio que observaba en su semblante, tan plácido algunas horas antes y ahora desfigurado por la proximidad de la muerte;—acérquese. ¿Está usted contenta?

—¡Muy contenta!—dijo Ariadna pensando en el concierto.

—Me enoja perturbarle la alegría; pero mis horas están contadas—prosiguió la señora Sékourof con voz extrañamente velada.—Mis últimos consejos y el último presente que la puedo ofrecer, los encontrará usted en mi cajita sobre la mesa... Sea usted una mujer honrada, como ha sido una joven honrada...

—¡Mi segunda madre—gritó Ariadna con desesperación,—mi bienhechora, mi único socorro! Hay un hombre que ha dicho que yo tuve una intriga en el instituto y que por eso me expulsaron... ¡Ha mentido, usted lo sabe bien!

Los ojos de la señora Sékourof se abrieron y dos lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas.

—Sé que eso no es cierto... pero la sociedad así lo cree; la despidieron á usted del instituto con pretexto de intrigas.

—¡Ah!—exclamó Ariadna,—ahora comprendo por qué vivimos en la obscuridad. ¡Estoy deshonrada!—La señora Sékourof movió debilmente su mano ya helada.

—Usted no está deshonrada, puesto que no ha hecho nada malo... Lo sabía todo—continuó,—por eso...

—Por eso me ha recogido usted — interrumpió

Ariadna cayendo de rodillas junto á su bienhechora. Dios le dará la gloria, pues es usted una santa.

Lloraba amargamente por la protección que iba á perder.

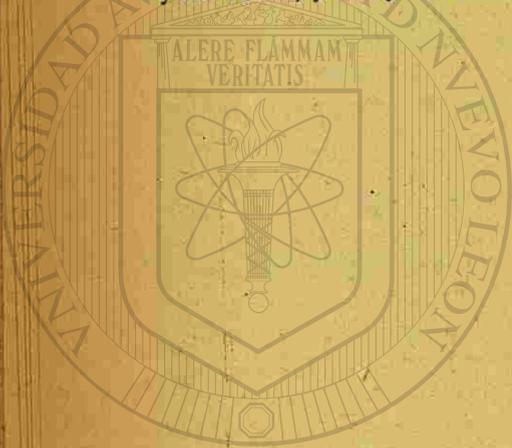
—Dios le debe á usted también la gloria—dijo la moribunda poniendo una mano sobre la rubia cabeza de la joven aun coronada de flores.—¡También ha sufrido usted mucho en este mundo! La vida ha sido muy dura para usted, Ariadna; tenga paciencia y sea generosa.

Ariadna pidió socorro, ¿pero, qué hacer contra la muerte? Al llegar el alba, ya no tenía protectora. La mano que la recogió en aquel bendito hogar aun debía darle alguna cosa; en su testamento, la señora Sékourof, que vivía de un pensión, había dejado á su protegida una cantidad muy insignificante, pues sólo ascendía á una renta anual de doscientos rublos.

«Es muy poca cosa — decía una carta unida al legado,—es apenas lo suficiente para poder comer un pedazo de pan, pero es también lo bastante para libraros de la mala tentación. Con eso y el trabajo que pueda hacer, terminará usted sus estudios y podrá ingresar en el teatro. Mi bendición la seguirá por todas partes, puesto que ha sido usted un alma honrada y no la dejará desmayar.»

Ariadna, tres días después de la muerte de la señora Sékourof, se encontró en una habitación que no estaba alquilada más que por dos semanas, y cuyos muebles los reclamaban los herederos, descontentos al ver perder en beneficio de una extraña un puñado de dinero. Felizmente, el concierto la pro-

dujo algún beneficio; le sirvió para pagar su vestido blanco y hacerse un traje de luto. Cuando todo estuvo arreglado, una mañana, al tomar el te, consultó su bolsillo; le quedaba un capital de ciento treinta y dos rublos, y diez y seis rublos de renta cada mes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

XVIII

El examen de los recursos no era para inspirar á Ariadna una confianza ciega en el porvenir; fué en busca de su profesor para suplicarle le permitiese debutar un poco antes del plazo fijado. Morini fué inflexible.

—Desde hace diez años—dijo,—he tenido diez discípulas que todas tenían talento, que todas habían hecho buenos estudios, y que han querido debutar antes de estar suficientemente preparadas: ¿en dónde están ahora? ¿Quién conoce sus nombres? Sin embargo, todas han cantado, unas en invierno, otras dos veces, y para concluir con una palabra su historia, todas han hecho *fasco* completo. ¿Por qué? ¡porque no estaban bien preparadas! Creían poder presentarse y cuando estaban ante el público—el viejo profesor, que caminaba por la habitación agitando los brazos, se plantó ante Ariadna abriendo desmesuradamente la boca,—abrían la boca ¿y qué es lo que salía? un *couac* abominable, porque tenían miedo, porque no sabían ejecutar ó porque no habían aprendido suficientemente su papel... ¿Y tú quieres hacer lo mismo que ellas?

—¡Pero, mi querido profesor, trabajaré doble!—

suplicó Ariadna con las manos unidas y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Trabajarías ocho horas diarias para echarte á perder la voz! ¡Bonita idea has tenido! Acuérdate hija mía, que el trabajo moderado, el progreso lento, es el todo, y para tu gobierno no te olvides de ello; la precipitación no sirve para nada bueno, y para concluir, ¡qué diablo! yo también tengo interés en que seas una verdadera artista ¡una cantante seria! ¡Parece que no quieres acordarte de esto!

Ariadna bajó la cabeza. Su profesor tenía razón; debía hacer todo cuanto fuese necesario para llegar al apogeo de su gloria: era una deuda sagrada. Regresó á su casa preguntándose cómo se las arreglaría para vivir con diez y seis rublos y medio al mes (un poco más de cincuenta pesetas). Le era preciso comprarse calzado, sombrero, guantes, todo lo que necesita una mujer por modesta que sea.

—¡Y las lecciones!—exclamó Ariadna de repente. —Daré lecciones de piano. ¡Me había olvidado de esto!

Regresó en seguida á casa de su profesor para suplicarle le permitiese dar lecciones de piano. Morini, que ya se arrepentía de su cruel contestación, no sólo le otorgó el permiso que pedía, sino que le prometió buscarle discípulas.

Era preciso buscar habitación. Ariadna hizo anunciar en los periódicos que una señorita, discípula de Morini, buscaba mesa y habitación á cambio de lecciones. Recibió algunas proposiciones, quedando al parecer arregladas, pero al día siguiente recibía una cartita seca, en la que le decían haber cambiado

de opinión...

Necesitó algunos días para comprender todo aquello, es decir, la causa de los cambios de parecer. A la tercera ó cuarta tentativa, lo adivinó; le preguntaban siempre en dónde había estudiado; decía que en el instituto, y naturalmente, iban allí á pedir informes y sabían por qué fué expulsada, y huían de ella como de una apestada.

—Tienen razón—se dijo Ariadna;—no se me puede admitir; tenerme al lado de jóvenes inocentes; se desconfía de mí. Yo haría lo mismo en su lugar. ¡Pero que injusta es la suerte conmigo!

Estaba tan lejos de creer en el mal, que en sus accesos más violentos de cólera interior, no acusaba nunca á la Grabinof. Nunca hubiese podido creer la infamia que se cometió con ella haciéndola víctima de una falta cuyas culpables eran conocidas. Esto valía más para ella, pues el desfallecimiento que le hubiera producido, tal vez la hubiese llevado al último límite de la desesperación.

Para consolarse de sus penas, estaba una tarde sentada al piano haciendo vocalizaciones, cuando oyó llamar. La criada de la señora Sékouróf, que aun estaba á su lado, en espera de resolver aquella situación, fué á abrir; pero antes de que hubiese tenido tiempo de anunciar la visita, Olga entró con rapidez en el saloncito.

—¡Mi pobre Ariadna!—dijo la princesa,—¡qué desgracia te ha ocurrido! ¿Por qué no has venido á decírmela? Ayer me enteré. ¡Has hecho muy mal, muy mal!

—¿Para qué?—murmuró Ariadna.—Esto no podía

servirme de nada. ¿Quién te lo ha dicho?

—No lo sé. Alguien lo dijo ayer en mi casa. ¿Y bien, qué vas á hacer? ¿Cuándo debutas?

—Dentro dos años—dijo con tristeza la joven artista.

—¡Dos años! ¡Dios mío, que plazo tan largo! Y de aquí á allá ¿qué vas á hacer?

—Trabajar—repuso Ariadna con resignación.

—¡Trabajar! está muy bien; pero hay que vivir. ¿Tienes recursos?

Ariadna movió negativamente la cabeza.

—¿De qué vivías?

—De los beneficios de la protectora que me acogió cuando todo el mundo me rechazaba... Perdón; tú también has sido buena para mí, en el instante en que era objeto de vergüenza y horror para las demás.

Olga había bajado los ojos. Un invencible sentimiento de pudor la asaltaba siempre ante aquel recuerdo **doloroso**.

—Vivo—continuó diciendo Ariadna con dolorosa ternura—de lo que me ha dejado la buena mujer que me recogió, mantuvo, vistió y dado medios para ser alguna cosa, y cuya sublime bondad no he conocido hasta el instante en que era demasiado tarde y que nada podía hacer ya para demostrale mi gratitud.

—¡Cómo! ¿demasiado tarde?—preguntó Olga, no sin alguna inquietud.

—Sí, algunas horas antes de que muriese, he sabido que fuí expulsada del instituto, no como yo creía, por insubordinación, sino por mala conducta; por haber recibido á un joven...

—¡Ah! —exclamó Olga suspirando dolorosamente.

—Mi vergüenza es muy conocida; de ella se habló el otro día en el concierto, y sin embargo, ¡tú sabes si yo he pensado nunca en otra cosa más que en Dios y en la música!

—¡Ah, es verdad!—dijo involuntariamente Olga. —¡Si alguien en el instituto ha tenido un mal pensamiento, seguramente no era á ti á quien se le podía imputar!

—No importa—continuó Ariadna dejando que el dolor de su alma herida se desbordase,—he sido juzgada y condenada... Se me dejaría morir de hambre, pues no puedo encontrar un asilo... Felizmente, mi bienhechora no me creía culpable; sabía que era inocente y me ha dejado todo lo que poseía.

—Cuánto.

—Dieciseis rublos y medio de pensión al mes. Es un pedazo de pan, como me dijo. ¡Oh venerada protectora mía, me has recomendado que no desmaye; no desmayaré!... ¡El hacerlo sería una ingratitud!

Ariadna lloraba amargamente, ocultando el semblante con sus manos; acababa de revelar el secreto de sus meditaciones, desde que murió la señora Sékourof. En la angustia de su abandono, se había jurado permanecer honrada, sufriese lo que sufriese, á fin de hacer honor á la que la amparó cuando era calumniada.

Olga dejó llorar durante algún tiempo á la desesperada huérfana: también sus ojos estaban húmedos; pero el remordimiento la impedía mezclar sus lágrimas con las de Ariadna. No se atrevía ni podía decir nada á aquella inocente que estaba sufriendo

las consecuencias de la falta que ella cometió.

—¡Ah, si yo lo hubiese sabido!—pensaba la princesa Olga.—¡Si yo hubiese sabido el mal que causé á otra!...

Su cerebro recordó con disgusto las escenas del refectorio, que tan caras habían costado á su compañera. Hubiese dado toda su fortuna por ser inocente y recordar el pasado sin avergonzarse.

—¡Pero yo no he hecho nada malo!—decía el indomable orgullo de la princesa.

—Y sin embargo, veo que le haces sufrir—respondía la conciencia.

—¿Dónde irás á vivir?—preguntó Olga con dulzura al ver que las lágrimas de Ariadna se habían secado algo.

Desde hacía un momento la cabeza de su amiga reposaba sobre su hombro.

—¡A ninguna parte!—dijo la abandonada.—Nadie me quiere. Mis antecedentes impiden que halle un asilo honrado.

—¿Tú no puedes dar lecciones?—preguntó con timidez la rica heredera.

—¡Nadie quiere mis lecciones!—exclamó Ariadna irguiéndose con brusquedad. ¡Comprende que estoy deshonrada! Qué madre me dejará que hable con su hija; no puedo encontrar albergue más que en una casa donde no se preocupen de la honradez de las mujeres. ¡En fin, soy una perdida! Perdida hasta el día en que me presente en escena. ¡No dejaré de ser menos perdida; pero al menos tendré pan! ¡En el teatro no hay tanta escrupulosidad en las costumbres!

Se volvió con amargura.

—Escucha, Olga—le dijo.—Tu puesto no está aquí; te perjudicas al venir á verme, pues nadie viene á visitarme; yo no soy una persona con la que se pueda tratar. Déjame que te dé las gracias por la amistad que me has demostrado; data desde mi infortunio, y por consecuencia no puede ser más noble ni más generosa; pero te será fatal. ¡Adiós, abrázame, y no vuelvas más aquí!

—¡Ven á verme!—dijo Olga con humildad, sintiéndose muy pequeña ante su infortunada compañera.

—No, yo no debo ir á verte; además, tu madre no lo permitiría.

Olga se había levantado, quedándose en pie, indecisa; parecía escuchar una voz que le hablaba en su interior.

—¡Hasta la vista!—dijo con brusquedad.

Abrazó á su amiga y desapareció.

Al cabo de un instante, Ariadna oyó rodar su carruaje.

—¡No tengo á nadie en el mundo!—dijo en alta voz.

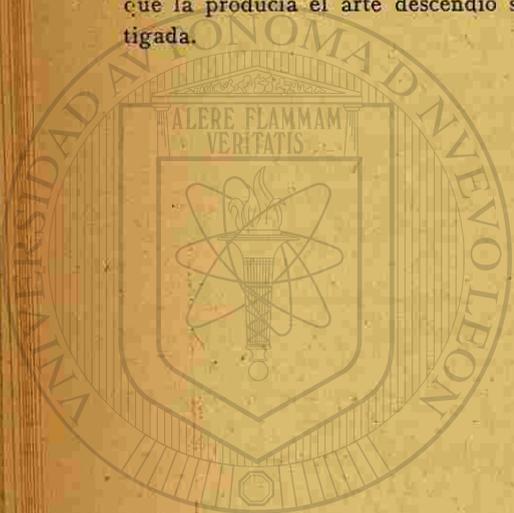
El ruido de sus palabras la espantó; estaba ya acostumbrada á la soledad.

Dió algunas vueltas por la desierta habitación, pues la mayor parte de los muebles habían sido arrebatados ya por los herederos impacientes, y sintiendo aumentar su dolor y su amargura, dejó correr las lágrimas y escapar las palabras; bajó la cabeza con sumisión, como ante un ser invisible.

—¡Sed paciente, sed generosa!—murmuró,—estas

fueron sus últimas órdenes. Seré paciente y generosa.

Volvió á sentarse al piano y poco á poco la paz que la producía el arte descendió sobre su alma fatigada.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

XIX

Olga, al regresar á su casa, halló ausente á su madre, lo cual sucedía con frecuencia. Despidió á su camarera, que la había acompañado en la expedición, sumiéndose en meditaciones, sentada en el fondo de un mirador cubierto, contiguo al salón amarillo. Lo que entonces meditó y resolvió, lo decía su semblante con una expresión de valor y de firmeza hasta entonces tan desconocida, que su madre al regresar la miró con detención.

—¡Dios mío, qué aspecto! ¿De dónde vienes con esa cara tan adusta?

—Mamá, tengo algo que decirle—repuso evasivamente la joven.—¿Puedo hablarle de un modo confidencial?

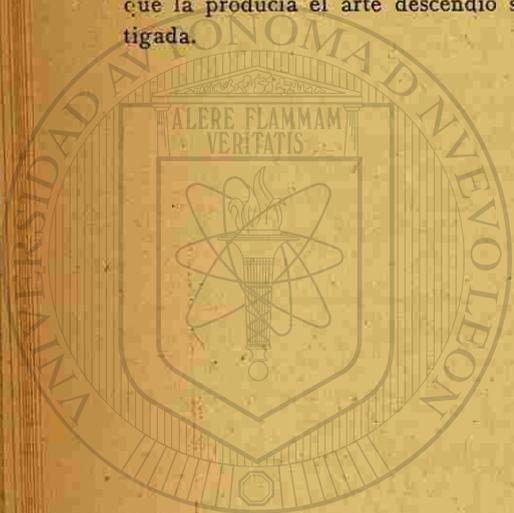
La princesa miró á su hija con profunda atención.

—¡Pardiez!—se dijo,—¿habrá cometido alguna tontería?—Ven á mi tocador—repuso con seriedad,—hablaremos mientras me visto para la comida.

Pasó delante, y su hija la siguió hasta la magnífica habitación, fresca y perfumada, que le servía de gabinete-tocador. Una camarera, traída exprofeso de la Rusia pequeña, para tener más seguridad de que no sabía el francés, vino á ayudar á la princesa,

fueron sus últimas órdenes. Seré paciente y generosa.

Volvió á sentarse al piano y poco á poco la paz que la producía el arte descendió sobre su alma fatigada.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA LINGÜÍSTICA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

XIX

Olga, al regresar á su casa, halló ausente á su madre, lo cual sucedía con frecuencia. Despidió á su camarera, que la había acompañado en la expedición, sumiéndose en meditaciones, sentada en el fondo de un mirador cubierto, contiguo al salón amarillo. Lo que entonces meditó y resolvió, lo decía su semblante con una expresión de valor y de firmeza hasta entonces tan desconocida, que su madre al regresar la miró con detención.

—¡Dios mío, qué aspecto! ¿De dónde vienes con esa cara tan adusta?

—Mamá, tengo algo que decirle—repuso evasivamente la joven.—¿Puedo hablarle de un modo confidencial?

La princesa miró á su hija con profunda atención.

—¡Pardiez!—se dijo,—¿habrá cometido alguna tontería?—Ven á mi tocador—repuso con seriedad,—hablaremos mientras me visto para la comida.

Pasó delante, y su hija la siguió hasta la magnífica habitación, fresca y perfumada, que le servía de gabinete-tocador. Una camarera, traída expreso de la Rusia pequeña, para tener más seguridad de que no sabía el francés, vino á ayudar á la princesa,

y Olga se sentó sobre un canapé bajo, enfrente de su madre, que se puso ante un espejo grande.

—Mamá, hoy me han referido una historia bien extraña y quisiera que usted la supiese.

Encantada por saber que el estado especial en que halló á su hija, provenía simplemente de una historia novelesca, hizo un ademán de asentimiento mientras se quitaba su traje.

—Figúrese usted, mamá—empezó diciendo la joven,—que en un instituto de señoritas ha sucedido hace tiempo una cosa bien extraña. Varias alumnas del último curso habían pensado divertirse á espaldas de las señoras de clase, y como en los institutos no es mucha la diversión, y son raros los medios de distraerse, inventaron una diversión bastante peligrosa.

La princesa sonrió con indiferencia á la vez que se ocupaba de su tocado. Olga continuó.

Entre los jóvenes que recibía la señora superiora, pues su familia era numerosa y además conocía á mucha gente, había dos que más de una vez se detuvieron un instante á conversar con las señoritas que iban y venían por la escalera; un tercero, que tenía entrada en casa de la directora, imaginó proponer una noche á varias alumnas una cena en el refectorio cuando todo el mundo estuviese acostado. Entre ellas, había una joven muy glotona, y aceptaron.

—¿Que patrañas me estás contando?—dijo la princesa frunciendo sus olímpicas cejas.

—Es la pura verdad, mamá, se lo aseguro á usted. Las alumnas, pues eran tres, salían del dormitorio

á las once de la noche, pasando por delante de la señora de clase, que roncaba como un cañón de órgano, bajaban al refectorio, y allí los jóvenes, que habían llevado provisiones, cenaban con ellas en secreto.

—¿No se las sorprendió en tan hermosa ocupación?—preguntó la princesa, que comenzaba á divertirla el relato.

—Precisamente, querida mamá, la directora les sorprendió un día, pero aquel día las señoritas no bajaron al refectorio, sospechaban ser objeto de vigilancia, y la superiora no encontró más que á los caballeros.

—¿Y bien; supongo que no les haría sufrir penitencia?—dijo la princesa riéndose á su pesar, imaginando la cara que los tres jóvenes pondrían ante la vieja superiora.

—No, mamá, probablemente hasta es fácil que nada hubiese sucedido si una criada no hubiera charlado. Pero al siguiente día, todo el instituto era conocedor de la historia; era preciso hacer un escarmiento. Ya comprende usted, mamá—agregó Olga con amargura,—no se podía dejar impune semejante violación de los reglamentos.

—Yo conozco esa historia—respondió la princesa buscando en su imaginación un recuerdo que no había dejado rastros.

Esa aventura de instituto le era conocida hacía tiempo. Una vez segura de que la culpable vivía retirada, no había tenido motivos para acordarse más.

—Creo que sí, mamá; cuando menos es probable que hace tiempo se la contarán á usted.

—Se expulsó á la joven—dijo la princesa.

Olga buscó con trabajo algunas palabras, luego alzó sus ardientes mejillas, los ojos llenos de fuego y dijo mirando á su madre con fijeza:

—Es que usted no puede imaginarse, mamá, lo que ha sucedido: es que el reglamento exigía una víctima, sin fijarse en que fuese culpable ó no. En efecto, se expulsó á una joven; pero esa joven era inocente.

—¡Cómo!—exclamó la princesa levantando la mirada.

Detúvose petrificada, tan nuevos y extraños eran los sentimientos que vió en los ojos de su hija.

—Sí, madre mía, era inocente, y en la actualidad no puede ganarse la vida porque la creen culpable; no le queda más recurso que morir de hambre, mientras que las verdaderas culpables viven tranquilas, felices y estimadas de todos. ¿No es esto horrible?

—En efecto, es horrible—murmuró la princesa, —¿pero no podrá ser una invención de esa señorita para hacerse la interesante?

—¡Madre!—exclamó Olga, pálida de indignación.

—Pero, en fin—dijo la gran señora,—¿qué interés podían tener en castigar á una inocente? Eso supone atroces maquinaciones... No creo una palabra de esa historia. ¿Quién te la ha contado?

—¡Madre!—exclamó por segunda vez la indignada joven,—la víctima inocente es Ariadna Ranine, y una de las culpables... soy yo.

Olga miró á su madre frente á frente, no para desafiarla y sí para afirmar sus palabras.

—¡Tú, tú!—repuso la princesa creyendo loca á su hija.

—¡Yo! Y tuve la cobardía de dejar que expulsasen á Ariadna, cuando mi primer deber era proclamarla culpable. La vi caer sin conocimiento; oí sus quejas, la acompañé hasta la puerta y no la dije nada. Pero si no he hablado, madre mía, es que en aquel momento no sospechaba que una inocente quedase deshonrada para toda su vida; no, no lo creía, y al pasar tres meses ya no volví á pensar en ello. En este momento, pienso en usted, madre mía, y en mi padre; pienso en el nombre que llevo, y me pregunto si vuestra hija hubiese sido expulsada de ese modo... os moriríais los dos de vergüenza; pero Ariadna no tiene ni padre ni madre.

Olga se calló. La princesa había retrocedido algunos pasos. Toda aquella escena se desarrolló hablando en francés, y la camarera, creyendo que discutían, tomó el partido de salir, tardando bastante en volver.

—¡Tú, una Orline!—dijo la princesa.—¡Tú dar una cita! Cenado de noche...

—En el refectorio—objetó con dulzura la culpable.

—¿Es posible que hasta semejante punto olvidases tus deberes?

—Soy culpable, madre mía, y me acuso de ello; pero nunca me enseñaron lo que á mí misma me debía. En el instituto nos explicaban reglas banales y pedantes; buenas para todo el mundo y para nadie; además, siempre se ha respetado el que Olga Orline pudiera hacer cuanto se le antojase. Veía impunes mis desobediencias, pasar desapercibidas

mis malicias, no porque dejasen de ser conocidas sino porque no se me quería castigar. Únicamente á vuestro lado, madre mía, desde que tengo la dicha de vivir bajo vuestra égida, es como he aprendido mis deberes y me he avergonzado al recordar mi falta... Solamente hoy, es cuando comprendo el mal que he causado á una inocente, cuando veo que mi silencio, más que una falta, es un crimen.

—¡Un crimen! Supongo que irás á descubrirle—dijo la princesa con todo el orgullo de la gran señora que desprecia á una plebeya.

—Si no hay más medio que rehabilitar á Ariadna que ese, preciso será que lo haga—repuso Olga con valor.

Hubo silencio.

La princesa miró en torno suyo, vió que era tarde y llamó á su camarera.

—Ve á vestirme—dijo á su hija.—Ya hablaremos después.

—Madre mía, ¿me perdonas?—preguntó Olga con dulzura, con toda la sumisión y gracia que en ciertas circunstancias sabía desplegar.

La princesa no pudo mantenerse inflexible; ¡había pasado ya tanto tiempo! ¿Quién podría acordarse de aquella historia? Sonrió, se dejó besar por su hija la mano que acariciaba con ternura.

—Ya lo veremos—repuso.

Pero ya la había perdonado.

XX

Aunque la princesa estaba bastante maleada por su vida de mujer feliz y frívola, tenía el corazón generoso, y su juicio, falso en circunstancias ordinarias, por la costumbre de una larga y despótica dominación sobre los que le rodeaban, era justo en las ocasiones graves.

Durante la comida y las horas que la siguieron, á la vez que conversaba con los concurrentes, se trazó un plan de conducta, y cuando su hija fué á buscarla al tocador, ya tenía preparada una solución.

—Te he comprendido bien—le dijo;—te reconoces culpable de un perjuicio causado á la joven de quien me hablaste, y deseas repararle.

Olga, por toda contestación, se arrojó al cuello de su madre, abrazándola con frenesí.

Esta prueba de ternura ablandó aún más el corazón, ya bien predispuesto, de la princesa.

—Pero antes, cuéntame cómo has sabido las consecuencias de aquel desgraciado suceso.

Con algunas frases, Olga puso á su madre al corriente de la existencia de Ariadna desde su expulsión del instituto.

—Si usted la hubiese visto, mamá—dijo al con-

cluir,—; si supiese con que nobleza soporta su infortunio! ¡Y cuando se piensa que no puede encontrar un asilo!...

—He pensado—dijo la princesa—que si nosotros la damos un dote regular, con el capital podrá casarse, y con la renta tendrá con que vivir...

—¿Y dónde quiere usted, querida mamá, que esa pobre joven encuentre un marido si no vive entre una sociedad honrada?—repuso Olga.—¡Los maridos no irán á buscarla en una casa que no sea decente, y no la quieren recibir en ninguna parte!

La princesa guardó silencio; en efecto, la situación era dificultosa.

—¿Sabe usted, mamá querida, lo que habría que hacer para que renaciese la paz en mi conciencia? pues mi conciencia me hace desde largo tiempo todos los reproches que su bondad de usted me economiza. Abrir á Ariadna esta casa.

—¡Que venga aquí!—dijo la princesa.—Me alegraría mucho poderle manifestar los sentimientos que se merece. ¿Sabe que tú has sido la causa involuntaria?...

—No, mamá, no sabe nada; apenas si ha sabido desde hace poco tiempo que se sospecha de su conducta. Pero, mamá, hacerla una dote sería precisamente decirle la verdad, y yo que la conozco, puedo afirmar que rechazaría los beneficios de usted en cuanto supiera... ¿Sabe usted, mamá, lo que había que hacer para ser una verdadera Orline, grande y generosa como todos los de nuestra raza? Tomar á Ariadna bajo nuestra protección, tenerla en nuestra casa.

—¡En nuestra casa!—exclamó la princesa.

—En nuestra casa, querida mamá. A los ojos del mundo, sería para darme lecciones de música... ¡Oh, no, tema usted nada, apenas aprenderé!—agregó la joven, pues á la princesa no le gustaba la música en su casa; en cambio, la adoraba en la de los otros, en donde no oía los estudios preliminares.—Ariadna es una gran artista, su música no puede molestarla: ¡es tan dulce, está tan bien educada! Con frecuencia, yo estoy sola, me haría falta una señora de compañía... Y además, mamá, si no tiene asilo, la culpa es mía... ¡Si usted me ama, si verdaderamente me ha perdonado, hará lo que yo la pido!

—¡Sea!—repuso.—Mañana irás á buscarla.

Olga miró su reloj y vió con pesar que era demasiado tarde para ir á buscarla aquel día ó por mejor decir aquella noche.

Cubrió á su madre de caricias de gratitud; y, llena de gozo, se fué á su habitación, en donde apenas pudo conciliar el sueño.

XXI

Hacia ocho días que Ariadna estaba instalada en la casa Orline, cosa que le parecía un sueño. Había recibido tantas pruebas de estimación y amistad por parte de la princesa y Olga la trataba con tanta delicadeza, que la huérfana no podía creer en tan hermosa realidad.

Sin embargo, pronto se acostumbró á su nueva posición, pues sus instintos la impulsaban hacia todo lo que era elegante y rico.

La única cosa sensible para ella, fué quitarse el luto por su bienhechora, después de habérselo rogado Olga mucho.

A la princesa, como á la mayor parte de las señoras rusas de su época, no le gustaba que se llevase duelo en su casa, y en este punto fué preciso ceder.

Por dulce que fuese la existencia de Ariadna, comparada con la que podía esperar de su soledad, el corazón de la pobre joven sufría cruelmente, asaltado por quiméricos escrúpulos. Temía causar perjuicios con su presencia á Olga, y acabó por decirselo.

La princesa tranquilizó á la huérfana, pero fué de una manera que produjo otra llaga en su corazón

tantas veces herido.

—Ninguna sospecha—dijo la gran señora—puede manchar á la que yo protejo con mi hospitalidad. En mi casa está usted á salvo de todo, señorita.

Ariadna dió las gracias, pero con el corazón oprimido. ¡Veía que no era estimada por ella misma! Sin embargo, tuvo que acostumbrarse á esta idea, pues, nada podía reparar el ultraje del pasado.

La princesa había exigido de Olga que no revelase la verdad á su amiga: era la única condición que había puesto para admitir á Ariadna en su casa.

La casa Orlin era magnífica y se veía muy frecuentada: se daban convites todos los martes; dos veces al mes, durante el invierno, se daban bailes; un día á la semana tenían palco en los Italianos, y este palco fué para Ariadna manantial de indescribibles goces.

La princesa se servía poco de él, y enviaba á su hija con Ariadna y una acompañante cualquiera, elegida entre las numerosas parientes feas, pobres y viejas, á las cuales, de vez en cuando, proporcionaban alguna diversión. Allí Ariadna conoció cuantos éxtasis puede producir la música en un alma verdaderamente hecha para sentirla y su talento adquirió más fuerza y madurez.

Hacía cerca de dos meses que estaba en casa de la princesa, cuando un lunes, estando en la ópera italiana, notó que sobre ella se fijaban obstinadamente unos gemelos, pareciendo llamar su atención.

Primeramente fingió no notarlo, pero los cristales la seguían con tanta persistencia, que tomó el único

partido que en semejante caso se puede seguir; á su vez se armó con el binóculo, paseó una mirada distraída por el salón, la fijó con desdén sobre los gemelos y fría y desdeñosamente dejó caer los lentes permaneciendo indiferente.

Los gemelos se ocultaron y en su lugar halló Ariadna dos ojos negros menos grandes que los cristales, redondos y negros: eran los del general Frémof.

La joven no pudo reprimir un movimiento nervioso; sólo había visto una vez al general, en su segundo concierto, pero el recuerdo del dolor más vivo que sufrió en su vida hizo que aquel semblante le quedase tan grabado que no le pudo olvidar.

En vano quiso pensar en otra cosa, absorberse en la música, aislarse con pensamientos serios y generosos; no pudo lograrlo, la mirada de aquel hombre y el recuerdo de sus palabras que la persiguieron sin piedad hasta el amanecer, durante largas horas de febril insomnio.

—¡Mientras no le vuelva á ver nunca!—se decía.

No se atrevía á esperarlo, ya era algo el haber pasado dos meses sin encontrar á aquel hombre que le era odioso.

No pasó mucho tiempo sin que volviese á verle.

El siguiente jueves era día de baile; llegó temprano, como el que quiere aprovechar un buen rato de conversación libre de importunos.

—¡Hemos estado mucho tiempo sin verle, general!—dijo la princesa indicándole un asiento á su lado.

—He dado una vuelta por mis tierras—repuso el

general;—partí al siguiente día de un concierto magnífico dado en la sala de Cantores...

Sus ojos se fijaron en Ariadna y la princesa lo notó.

—Probablemente sería el que dió esa señorita—repuso señalándola con el abanico.

El general aprovechó la venida de un nuevo personaje para acercar su silla á la de Ariadna.

—Yo soy ya uno de vuestros más ardientes admiradores, señorita—agregó bajando la voz,—y de usted solamente dependerá el que lo sea más.

Ariadna, sintiendo el insulto, enrojeció de pies á cabeza. Sus hermosos hombros se sonrosaron de repente, y el general los contempló como un buen aficionado examina un cuadro.

Nuevos invitados rodearon á la princesa; la joven retrocedió para hacerles sitio, pero el general no era hombre que se dejase quitar el puesto.

—Inscribame usted, al menos—le dijo aún en voz más baja;—si su corazón está por ahora ocupado, acuérdesese que he pedido mi turno.

—¡Caballero!—dijo Ariadna apretando los dientes, —¡es usted un cobarde!

La princesa se volvió con rapidez, era la única que había oído, no la provocación y sí la respuesta; la mirada que el general fijó en Ariadna había indudablemente despertado sus sospechas.

El general se alejó pavoneándose, no sin añadir una mirada maligna á la serie de inconveniencias que acababa de lanzar á Ariadna.

El único medio de disculpar su conducta, es confesar que profesaba la peor opinión sobre todas las

mujeres, lo mismo en general que en particular: era uno de esos hombres demasiado débiles para tener carácter, que pueden hacerlo todo y que con frecuencia se inclinan al mal. Tan convencido estaba de la perversidad femenina, que calumnió á Ariadna con la misma tranquilidad con que se hubiese bebido un vaso de agua; ahora acababa de insultarla con igual facilidad; la creía autora de interminable serie de aventuras, después de la primera; y para él, ¿qué cosa más natural que recordar á una mujer bonita, y no cruel, que tenía sus homenajes á su disposición?

La princesa había visto la actitud de Ariadna y oído sus palabras; temiendo algún incidente, trató de evitarlo y dijo llamando á un joven que hablaba ante Ariadna, pálida aun:

—Señor Constantino Ladof; la señorita Ranine.

—Señorita, ¿quiere usted hacerme el honor de concederme el primer baile?—dijo la harmoniosa voz de Constantino.

Ariadna, pálida, enrojeció; inclinóse maquinalmente, pasó su brazo entre el del caballero y respiró más á gusto viéndose admitida entre las parejas del baile.

—¡Ah, señorita!—dijo el joven,—¡si usted supiese cuántas cosas he tenido que hacer para llegar á conocerla! Su voz me ha producido tal impresión que he estado dos noches sin dormir. ¡Son los ángeles quienes le han enseñado á cantar de ese modo! Sabe usted que, es tonto confesarlo aquí, durante el baile, ¡me ha hecho usted llorar!

Ariadna le miró. Los ojos azules del joven, tan

sinceros, tan honrados como sus palabras. Sonrió, pensando que aquel al menos no la despreciaba.

Al final de la velada, cuando la gente se iba retirando, el general Frémof, siempre contento de sí, se acercó á la dueña de la casa para despedirse y recibió un cumplido que no esperaba.

—General, es usted un mal sujeto—le dijo á media voz, con entonación de reproche,—el más agradable de los malos sujetos, pero entre solteros ó en casa de señoras de edad que nada han de temer. Yo tengo jóvenes á quien casar; usted podrá venir á verme cuando no haya solteras en mi casa.

—Entender es obedecer—dijo Frémof con galantería, besando la mano que le plantaba en la puerta.—Trate usted de que sea muy pronto, princesa.

La princesa no pudo dejar de reirse. Sin embargo, Ariadna no debía olvidar aquella afrenta.

XXII

—¡No se puede hablar así!—pensaba Ariadna, sentada sobre el pequeño canapé de su habitación en ese estado de descorazonamiento que sigue á las grandes indignaciones,—hay hombres que creen tener derecho á insultarme, con frialdad, deliberadamente. ¿Cómo me justificaré? ¿Quién me salvará? ¿Quién les dirá en la cara: ¡Miente usted cobardemente!

Ariadna no esperaba que nadie la ayudase, así es que tomó la resolución de retirarse todo lo posible de la sociedad en medio de la cual vivía. El sacrificio se hizo sin aparato, sin vacilación y hasta sin pesares. Aquel mundo no estaba hecho para ella y no podía encontrar en él afecto serio: lo atravesaba como recorre un pájaro todas las regiones que le separan de su nido. El arte era su verdadera patria, y era en el arte donde hallaría todos los placeres que la recompensasen de tantas penas.

Esta resolución le proporcionó la gran tranquilidad que de vez en cuando la invadía, después de las luchas interiores.

Dos años faltaban aún para el plazo fijado para la terminación de sus penas; y aguardaba el final sin

sinceros, tan honrados como sus palabras. Sonrió, pensando que aquel al menos no la despreciaba.

Al final de la velada, cuando la gente se iba retirando, el general Frémof, siempre contento de sí, se acercó á la dueña de la casa para despedirse y recibió un cumplido que no esperaba.

—General, es usted un mal sujeto—le dijo á media voz, con entonación de reproche,—el más agradable de los malos sujetos, pero entre solteros ó en casa de señoras de edad que nada han de temer. Yo tengo jóvenes á quien casar; usted podrá venir á verme cuando no haya solteras en mi casa.

—Entender es obedecer—dijo Frémof con galantería, besando la mano que le plantaba en la puerta.—Trate usted de que sea muy pronto, princesa.

La princesa no pudo dejar de reirse. Sin embargo, Ariadna no debía olvidar aquella afrenta.

XXII

—¡No se puede hablar así!—pensaba Ariadna, sentada sobre el pequeño canapé de su habitación en ese estado de descorazonamiento que sigue á las grandes indignaciones,—hay hombres que creen tener derecho á insultarme, con frialdad, deliberadamente. ¿Cómo me justificaré? ¿Quién me salvará? ¿Quién les dirá en la cara: ¡Miente usted cobardemente!

Ariadna no esperaba que nadie la ayudase, así es que tomó la resolución de retirarse todo lo posible de la sociedad en medio de la cual vivía. El sacrificio se hizo sin aparato, sin vacilación y hasta sin pesares. Aquel mundo no estaba hecho para ella y no podía encontrar en él afecto serio: lo atravesaba como recorre un pájaro todas las regiones que le separan de su nido. El arte era su verdadera patria, y era en el arte donde hallaría todos los placeres que la recompensasen de tantas penas.

Esta resolución le proporcionó la gran tranquilidad que de vez en cuando la invadía, después de las luchas interiores.

Dos años faltaban aún para el plazo fijado para la terminación de sus penas; y aguardaba el final sin

esfuerzo y sin impaciencia.

Al siguiente día de aquel baile, la princesa se presentó á la hora del desayuno con el aspecto afable y cortés que le era peculiar; aquella serenidad que nunca se desmentía, no era afectada, pues la princesa, según una frase vulgar, no era de las que se intimidan; las calamidades habían caído sobre su aristocrática persona; había amado, y lloró la muerte de un esposo joven; pero con los años había adquirido una especie de filosofía resignada, impresa en su semblante; mas el fondo sólo lo conocían sus íntimos, y eran muy pocos los que participaban de sus secretos.

Así es que con el semblante sonriente almorzó en unión de las dos jóvenes. Al levantarse de la mesa, después de haber alejado á su hija con un pretexto baladí, y al ir al mirador para tomar el café, como era de costumbre, dijo á Ariadna con su entonación melodiosa:

—¿Según creo, el general Frémof se ha permitido con usted algunas libertades poco convenientes?

La joven se puso pálida; reprimió un estremecimiento, pero debía responder y repuso:

—Sí, princesa.

—¡Bien!—dijo la gran señora sentándose;—no volverá más por aquí. Le digo esto, hija mía, para que sepa que estoy dispuesta á defenderla contra todos los impertinentes. No volverán á ofenderla, pero suplico á usted que sea todo lo prudente posible. Sobre este punto, estoy segura, y no siento la menor inquietud.

Sonrió como despidiendo á Ariadna, que murmuró

algunas palabras de gratitud, y salió.

Era una protección bien inesperada por cierto; por lo tanto, la joven se sintió fortalecida; la princesa comprendió también no tener necesidad de recomendarla que fuese prudente, y Ariadna acalló sus dolores, no pensando más que en el beneficio que recibía.

El invierno pasó; nada vino á alterar el orden de las veladas, de las asistencias al teatro, ni de las recepciones, hasta que llegó la cuaresma.

Ariadna se presentaba en las fiestas de la princesa, bailando con algunos jóvenes insignificantes cuando hacía falta pareja; pero mostrándose fría al ver acercarse algún caballero de mayor importancia.

Aquel sabio proceder le valió varias veces los elogios de la princesa, que no podía menos de admirar tanta discreción. En diferentes ocasiones le manifestó la satisfacción que sentía al hallarla tan digna de su cariño y de su confianza. Ariadna se convirtió en una amiga, y la princesa no daba fácilmente su amistad.

Entre los jóvenes insignificantes, entre los cuales Ariadna bailaba algunas veces, estaba Constantino Ladof. Verdad es que era de buena familia, pues de lo contrario las puertas de la noble casa no se hubieran abierto para él. Poseía algunos miles de rublos de renta, poca cosa en medio de un lujo tan extraordinario y de una sociedad para la que era una de las principales condiciones de la vida. Tenía una gran ventaja y era la de carecer de parientes, siendo en absoluto libre de sus acciones; **¿pero qué** podía importar esta cualidad en personas que esta-

ban acostumbradas á gastarse una fortuna en bagatelas?

Constantino Ladof era un joven amable, sin pretensiones, que, en vez de vestir el uniforme militar que da tanto realce, tuvo la mala idea de ingresar al servicio de un ministerio; y un funcionario civil está á cien codos, como prestigio, por debajo de un militar. Oficial de la guardia, Ladof hubiese sido un joven brillante; empleado en un ministerio, no era más que un muchacho gentil, lo cual no es la misma cosa.

Las madres rusas dejan con frecuencia revolotear en torno de sus hijas á esos jóvenes, á quienes no temen; los han visto crecer y les parecen tan insignificantes como los insectos en las veladas de estío: tal vez ellas también hallen placer secreto en verse cortejadas, adoradas, por aquellos jovencuelos. Para ellos son menos que madres, casi tías; con la edad, el entusiasmo juvenil desaparece, pero la amistad, la confianza recíproca quedan casi siempre. Esto es lo que explica el crecido número de jóvenes de veinticinco á treinta años que se encuentran en los salones de mujeres que tienen cerca de cuarenta que han renunciado á la coquetería, pero no al delicado placer de los halagos y adulaciones.

Por desgracia, tan hermoso cuadro tiene su parte sombría. Las jóvenes que crecen en esta atmósfera de deferencias y corteses caballerosidades, adquieren la costumbre de la coquetería y la consideran como una necesidad. ¡La mamá es muy hermosa y ríe con los jóvenes! ¿Por qué su hija no puede hacer lo mismo?

Pero si la mamá la viese, reñiría con severidad á la hija; así es que la joven se guarda mucho de emplear su pequeño arsenal de astucias y finezas á la vista de su madre: coquetea en los rincones, en la hora del te que se sirve en la sala principal, mientras que corretea en torno de la mesa cubierta de chucherías, ó bien cuando los jóvenes ejercen el oficio de caballeros sirvientes.

Constantino Ladof revoloteaba con libertad en casa de la princesa Orlina, y era acogido con tanta atención y benevolencia como hubiese podido dispensar á un magnífico perro de raza acostumbrado á comer azúcar en su mano. Ladof no podía traer consecuencias, nada le impedía ir y venir; por la tarde ó por la noche, hacer música; acompañar á Ariadna cuando la suplicaban que cantase; tocar á cuatro manos con Olga cuando esta quería ponerse al piano, cosa que ocurría rara vez; Ladof era quien se encargaba de buscar los billetes para el concierto ó el teatro; era él también quien enviaba á buscar los helados cuando se tenía mucha sed; pero no era él quien pagaba: la princesa había declarado formalmente que no aceptaba nada de nadie, excepto las atenciones y cortesías.

Ariadna sabía que Ladof era un joven sin consecuencias; la princesa había hablado con claridad sobre este punto un día que Olga se expresó con mucha expansión sobre los méritos de aquel joven tan simpático; hasta el punto que más de una vez se permitió hablar con él y hasta abrirle las puertas de su alma.

Constantino Ladof estaba solo en el mundo; sabía

en lo que pensaba Ariadna cuando sus extrañas miradas parecían separarse del mundo de los vivos para concentrarse en una vida interna, como buscando el porvenir ansiado.

—¿En qué piensa usted, señorita, cuando nadie la ve?

Ariadna le miró un momento, contestándole con gravedad:

—Oigo algo que canta fuera de mí.

Sin contestarle, Constantino la miró á su vez; aquel silencio le abría el corazón de Ariadna; con Ladof podía hablar de arte, pues amaba la música con pasión; sentíase estimada y respetada.

Un día, hablando con él, se entusiasmó, en tanto que su ser se helaba de terror pensando en la respuesta que podía recibir, pues le había preguntado:

—¿Sabe usted, señor Constantino, que se ha dicho mucho malo de mí?

Ante esta pregunta, el joven, que conocía las calumnias de que Ariadna era víctima, respondió moviendo los hombros con indiferencia:

—¡Los imbéciles! ¿Quiénes podían ser? Es usted demasiado buena para acordarse de esto.

Ante estas palabras, Ariadna cerró los ojos para saborear el ardiente y luminoso placer que invadía su alma. Era, pues, estimada por aquel joven rubio, de ojos azules, de semblante honrado é inteligente. ¡Tenía un amigo!

Otro día aquel amigo, después de haber conversado con ella durante una hora, la dijo de repente:

—¡Es usted la mejor criatura que existe en el mundo! Si tuviese una hermana, querría que fuese

como usted, ó mejor dicho, que fuera usted.

—Yo no quisiera que usted fuese mi hermano— pensó Ariadna.

Pero en este pensamiento no había ninguna amargura; tendió amigablemente la mano á la que hubiera querido le perteneciese ligada por un lazo más íntimo que la fraternidad.

Poco á poco se acostumbró á dejar que Ladof penetrase en su corazón; tenía un lugar continuo en su pensamiento. Hasta entonces había buscado en los papeles que estudiaba la expresión poética y apasionada del sentimiento maternal; buscaba el amor, y lo encontró. Su magnífica voz hacía estremecer las cuerdas del piano con acentos de exaltada ternura que jamás había sospechado tener.

—¡Hay algo más que el arte!— se dijo, Ariadna vencida, sintiendo penetrar en ella la dulzura de un sentimiento que dominaba las fibras más tiernas de su alma. No me pertenezco; si él quisiese, renunciaría al teatro.

El mayor sacrificio que Ariadna podía hacer, se lo ofrecía á Constantino en el fondo de su alma; pero nadie lo sabía; las resoluciones de Ariadna eran un secreto entre ella y su conciencia.

Constantino estaba lejos de pensar en aquel sacrificio, tanto como de sospechar la causa. Sin notarlo, iba y venía, como dueño en el corazón de la huérfana; pero que con exactitud había expresado sus sentimientos cuando le dijo que la «hubiese querido por hermana» nada más; amaba á Olga; estaba locamente enamorado de la princesa Orline.

Olga, aunque se permitía algunas coqueterías, no

estaba de humor para dejarse arrastrar por nada que fuese más serio; se acordaba aún muy bien de lo que pasó en el instituto para tener la idea de dejarse comprometer por una palabra ó por una simple mirada que le causase una impresión desagradable.

Así es que rechazó á Ladof desde que empezó á ofrecerla sus primeros homenajes, y fué rechazado en tal forma, que creyó prudente retirarse durante algún tiempo. Durante este tiempo en que, enamorado tímido pero resuelto, miraba á su ídolo, fué cuando intimó más sus relaciones con Ariadna y, aunque sin quererlo, se hizo amar por ella.

Pasó el invierno, vino la primavera; la princesa había alquilado un hotel magnífico en Pavlovsk, pues le agradaba la vida de sociedad y lujo y rara vez se decidía, según su propia expresión, á *huir* á lejanos territorios.

Aquel estío rebosó en placeres exquisitos para Ariadna. Conocía de la naturaleza lo que los árboles del jardín del instituto le habían podido mostrar. Las flores, las verduras, los nidos, las sombras del gran parque de Pavlovsk derramaron á torrentes en su alma emociones nuevas y deliciosas, como el ciego que abre los ojos á la luz. Ignoraba si era el amor naciente ó la belleza de los añosos árboles quien hacía cantar en ella tantas voces desconocidas. ¿Qué le importaba? Las voces cantaban y las oía con éxtasis; esto era bastante para llenarla de placer.

XXIII

Una tarde de julio, era lunes, día aristocrático, una reunión selecta oía la orquesta dirigida por Juan Strauss, entonces en el apogeo de su popularidad, y naturalmente, la princesa, con su hija y la joven cantante, estaban sentadas en el sitio más cómodo del jardín, luciendo hermosos trajes llegados de París el día anterior. Su escolta habitual un poco menos numerosa que en la ciudad, le daba guardia de honor, y Constantino Ladof, llegado en el tren de las siete y media, gozaba de la compañía de Olga, aquella tarde más humana que de costumbre. Ariadna oía la orquesta; había dado su corazón á Ladof, pero cuando hablaba el arte, su voz era más poderosa que todo lo demás.

—¡Bah!—repuso Olga á una frase de Ladof,—los hombres son generosos en prometer, y cuando se les pide que cumplan, retroceden con valentía.

—Los libros que le han dicho á usted eso la han engañado, señorita—replicó Constantino,—pues la puedo jurar...

—¿Qué?

—Que si usted se digna ordenarme algo...

Olga miró con desden al joven á través de sus

largas pestañas medio entornadas.

—Lo haría—concluyó diciendo Ladof;—lo haría aún á costa de mi vida.

—¡Qué idea!...—murmuró Olga turbada á su pesar por el acento caluroso y la sincera mirada de Ladof.

—¡Póngame usted á prueba!—añadió el joven, enardecido por un crescendo de la orquesta que debía seguir algún tiempo y terminar en un *tutti* ruidoso.

—¿Para qué quiere usted que le ponga á prueba?—preguntó Olga en voz baja, que oyó la respuesta antes que fuese dicha.

—Porque un pobre diablo como yo no puede permitirse amar á una persona como usted si no hace algo que le acerque á ella. Es usted demasiado rica, señorita, y de familia demasiado ilustre para que yo me atreva á pedir su mano; y sin embargo, yo la amo: ¡sí, la amo más que á mi vida!

Constantino hablaba con entonación reprimida, temiendo una mirada de cualquiera de las doscientas personas que podían volverse al más ligero ruido, y la princesa estaba á dos pasos. Pero, al concluir, levantó sus ojos, fijándolos en la joven, hallándose con una mirada bien extraña, pues había en ella una interrogación y casi una pregunta á la vez.

—¿Haría usted verdaderamente algo por mí?—preguntó Olga jugueteando con el abanico.

—¡Todo!

—Pues bien, arrégleselas usted de manera que ese caballero se vaya de Pavlovsk; no quiero verle.

Ladof siguiendo la dirección del abanico, vió al

sobrino de la señora Batourof que había formado parte del trío del instituto.

—¿Qué le ha hecho á usted?—preguntó el joven con ingenuidad.

—¿Qué importa?—repuso Olga.—Le odio.

Constantino se puso serio; una palabra semejante en una joven del gran mundo, tenía un alcance extraordinario.

—Lo ve usted—repuso Olga sonriéndose de una manera burlona.—Razón tenía yo al decir que todo se vuelven promesas.

—No, señorita—respondió Ladof con resolución,—pues un hombre que usted odia, que tiene motivos para odiar, debe en efecto desaparecer, y desaparecerá. Pero sería preciso saber...

—Venga usted mañana por la tarde; encontraremos un momento para hablar, y le diré por qué le odio.

La orquesta concluyó, y les fué imposible cambiar una palabra más; el concierto terminó de igual manera.

Olga regresó á su casa, preguntándose porqué había dicho á Ladof una cosa tan comprometedora. Sin embargo, le era ya muy difícil retroceder... La verdad es que aquella permanencia en Pavlovsk, tan deliciosa para Ariadna, era para la joven princesa un suplicio continuo.

A cada instante se encontraba con Batourof y éste al mirarla lo hacía con una afectación y una sonrisa que excitaban el furor de la fiercilla. Hubiese querido ver reducido á polvo al insolente que la recordaba una de las tonterías que creía haber olvidado.

Y cuando la miraba, no solamente sufría en su orgullo de mujer, si no que sentía pesar sobre ella el infortunio de Ariadna, y los agujones del remordimiento y de la vergüenza destrozaban su alma agitada.

Batourof no tenía mal corazón, pero era revoltoso; le agradaba, como él decía, «incomodar á la pequeña Orlina».

Al visitar el instituto, no tuvo miras ambiciosas; ninguna palabra, ninguna acción inconveniente había cometido durante las visitas. Olga, por su parte, no tenía que enrojecer por ninguna familiaridad malsana; aquellas visitas habían sido simples travesuras; y tal vez si hubiese sabido cuanto irritaba á la joven su recuerdo, hubiese renunciado al placer de mirarla de aquel modo; pero en tanto era un entretenimiento excelente, y no tenía por qué privarse de él.

Olga, sin embargo, había llegado á un período de rabia reconcentrada que la hacía peligrosa; sin remordimiento, hubiese muerto á Batourof para hacerle desaparecer del mundo.

Al hablar con Ladof, lo hizo bajo la influencia de una excitación nerviosa, producto de la cólera largo tiempo reprimida; al recuperar la sangre fría, sintió deseos de retractarse; pero era tal vez menos insensible al amor de Constantino de lo que á sí misma quería confesarse. A decir verdad, pensaba en él, desde el día en que su madre, con una reprimenda indirecta, contuvo la sencilla expresión de simpatía manifestada por aquel joven.

Muchas pasiones novelescas se han desarrollado

en secreto en el corazón de las jóvenes porque sus madres han reprimido con severidad la primera expansión de cariño que han manifestado.

Olga esperaba que Ladof no vendría. ¡No fué así!

A las cuatro estaba en la terraza conversando con la princesa; su aspecto era menos indiferente que de ordinario.

No era de los que prometen para no cumplir, y la conducta de Olga había sido bastante extraña para permitirle las hipótesis más variadas y menos tranquilas.

Pasó una hora antes que pudiese bajar al jardín; por último, se presentó una señora invitada á comer, y el joven se apresuró á bajar los pocos escalones que separaban la terraza del jardín; encontró á Olga, que hacía lo menos una hora daba vueltas por el parterre, con toda la paciencia y la regularidad de una leona enjaulada.

Aquella hora de espera le había hecho bastante mal, pues al empezar el paseo estaba decidida á decir que todo fué una broma, pero al segundo cuarto de hora había visto pasar á Batourof, que la saludó guiñando el ojo, y esta aparición transformó por completo sus ideas; ya esperaba á Ladof como á un ángel libertador.

—¿Y bien, señorita?—dijo éste al estar á su lado.

—¡Y bien! caballero, es preciso que el señor Batourof muera ó bien que cese en la indigna conducta que desde hace tiempo sigue conmigo.

Ladof, estupefacto, permaneció ante ella, pálido de indignación, no atreviéndose á creer lo que oía.

—Sí—exclamó Olga,—porque tuve la debilidad de querer reír un día en el instituto, no sola, caballero, con otras; porque el señor Batourof dijo estar enamorado de mí, y me trajo bombones, se cree ahora con derecho para mirarme de la manera más ofensiva... ¡Le odio, le odio! —añadió Olga golpeando el suelo con el pie.

Dejó escapar las lágrimas de pronto. Felizmente las ramas de los árboles les ocultaban á los ojos de los espectadores de la terraza. Ladof se atrevió á preguntarla, y supo de qué clase eran los errores que la princesa Olga había cometido.

—Esto es muy grave—dijo.

A los veintitrés años, esas cosas parecen muy graves.

—Ocurra lo que ocurra, será usted obedecida, señorita.

Olga se arrepintió de haber hablado. En teoría, es muy cómodo hacer desaparecer á un hombre; pero como en la práctica se traduce en un duelo, y la joven era bastante inteligente para comprender que le habría, la cosa cambió por completo.

—Caballero—dijo con timidez,—¿no habría un medio?...

—Olga—gritó la princesa.—¿En dónde estás?

La joven se fué, no sin haber presentado antes la mano á Ladof, que apenas tuvo tiempo de besarla.

Durante la velada, Olga tenía una palidez que pareció de mal augurio á la princesa; á las nueve le mandó que se acostase; la pobre niña se apresuró á obedecer, pues era víctima de numerosas inquietudes.

Cuando se metió en el lecho, con una sumisión que provenía únicamente del miedo á que su madre la visitase, llamó á Ariadna, cuyo gabinete estaba contiguo al suyo.

—Escucha, Ariadna—dijo la vehemente joven,—es preciso que desahogue mi conciencia, ¡he sido muy culpable para ti!

A la vez que hablaba, preguntábase Olga con qué fin iba á hacer aquella confesión, pero estaba en el camino de las expansiones y su honrado fondo largo tiempo comprimido quería desahogarse.

—¡Tú! ¿para mí?—repuso Ariadna.

—Sí, siéntate en la cama y dame la mano. Y antes júrame que aunque te diga lo que te diga, no dejarás de quererme.

—Te lo prometo—respondió Ariadna sonriéndose.

—¡Pues bien! Cuando de tan mala manera te despidieron del instituto, había culpables, ¿tú lo sabes?

Ariadna hizo un movimiento de cabeza. Le costaba trabajo recordar tan dolorosos recuerdos.

Olga volvió un momento la cabeza, pero su rectitud de espíritu le hizo recuperar el valor.

—Había señoritas que cometieron tonterías, y entre ellas estaba...

—¿Quién?—preguntó Ariadna con inocencia.

—¡Yo!—repuso Olga apoyándose con el codo en la almohada.

—¡Tú!—repuso Ariadna como si soñase; pero al estar menos sorprendida se hubiese dicho:—¡Tú! ¡Por eso has sido tan buena!

—¿Me quieres mucho, di?—preguntó Olga sacudiéndose la mano con fuerza.

—No—repuso Ariadna con lentitud,—no... tú me has demostrado bastante amistad... ¡no has sido tú quien hizo que me despidiesen!

—¡No, no!—repuso Olga sentándose en el lecho, —¡no y no! Fué esa horrible Grabinof quien lo inventó todo, y la superiora, que no valía más que ella, sabía perfectamente que era yo!

Entonces, la joven princesa contó á su humilde amiga las escenas que ocurrieron con motivo de su partida, y acabaron por reirse juntas ante el recuerdo de las numerosas picardías que entonces se hicieron á las señoras de clase.

Los recuerdos de la infancia, aun los de los peores días tienen la propiedad de mirarse por su lado cómico.

A pesar de la gravedad de la confesión de Olga, á pesar de las tristezas de toda especie que esta confesión hacía renacer en el alma de Ariadna, la princesa al ir á ver cual era el estado de salud de sus hijas las halló riendo hasta el punto de derramar lágrimas.

—¡Tienes fiebre, Olga!—le dijo.—¡Es posible que hagas esto!

Le arregló las ropas, la almohada, y se retiró cuando en la habitación reinaba esa apariencia tranquila y soñolienta que conviene á un enfermo.

En efecto, Olga sufría; pasó una noche de cruel insomnio.

Lo mismo le sucedió á Ariadna; pero esta se acordaba de las amarguras de su pasada existencia, mientras que Olga, con el corazón aliviado por la confesión, veía el porvenir preñado de nubes amenazadoras.

XXIV

Constantino Ladof, ardiendo en noble cólera, se dirigía al cuartel del regimiento al que pertenecía Batourof; pero acordóse muy á tiempo de que todo el mundo estaría á la mesa, y se fué al restaurant de Vauxhall.

—¿Qué desea el señor?—preguntó un mozo diligente, pues no eran muchos los parroquianos.

—Lo mejor que haya—repuso Ladof distraído.

Le sirvieron una comida excelente y muy abundante, y comió tan distraídamente que dió un salto al leer la cuenta.

—¡Cómo! ¡He comido todo eso!—dijo al mozo, asombrado.

—Sí, señor, recuérdelo usted, el ánade con guisantes, el...

—Sí, sí—murmuró Ladof,—en efecto, pensaba en otra cosa...

Pagó y salió, estupefacto de ver que pueda comerse con tanta abundancia en el instante que luchan en el corazón los sentimientos más opuestos.

Después de haber tomado una taza de café y fumado un cigarro, Ladof se presentó en el cuartel. Batourof acababa precisamente de regresar, y cam-

biaba de traje para salir cuando Constantino se presentó en su pabellón.

—¡Hola! ¡buenos días!—exclamó el joven oficial al ver entrar á su amigo,—es extraño que vengas á verme.

—No he venido á verte—repuso Ladof desconcertado por tan cordial acogida,—es á decirte...

Batourof prorrumpió en risas.

—Si no has venido á verme, permíteme que sueñe. Toma un cigarro mientras acabo de vestirme ¿con tu permiso? Los hay buenos en el fondo de la caja. Los de encima son para los intrusos; pero tú eres un verdadero amigo. Cógelo bien seco, los otros están húmedos.

Maquinalmente, Constantino alargó la mano sobre la mesa; pero se acordó que no había ido para fumar cigarros con Batourof, y volvió á recuperar su papel.

—Desearía tener una explicación contigo — dijo con severidad.

—¿Una explicación? Diez explicaciones, querido, tantas como quieras. Mira, dame el cepillo que está á tu izquierda. El animal de mi ordenanza tiene una idea muy vaga de su obligación.

—¡Bueno! ¿Qué quieres que te explique?—dijo cepillándose con fuerza.

—Tu conducta no es correcta y he venido á pedirte una explicación.

Constantino terminó esta frase con un ¡uf! interior. No se había imaginado que fuese tan difícil provocar á un joven fatuo.

—¿Qué?—exclamó Batourof, quedándose con el

cepillo en el aire, los ojos y la boca abiertos, en tal actitud que si Ladof le hubiese mirado, probablemente estallaría en risa; pero entonces miraba en el vacío.

—Ya lo has oído—repuso el paladín de la princesa Olga,—vengo á pedirte una explicación de tu conducta.

—¿Qué conducta? ¿Qué explicación? Mi palabra de honor, ¡tú has perdido el seso, Ladof!

Los brazos de Batourof cayeron, y el uniforme también; lo recogió, y con aspecto bastante grave fué á sentarse en frente de Constantino.

—¿Vienes á provocar un duelo? ¿Y por qué, haz el favor de decirlo? ¿Le he seguido el rastro á tu perro, he andado á latigazos con tu caballo, ó...?

—Basta de bromas—dijo Ladof con irritación.—Persistes cobardemente...

—¿Eh?—repuso el joven oficial poniéndose en pie.

—... Cobardemente—repitió Ladof,—en insultar con tus burlas á una joven digna de todos los respetos; esta conducta es indigna de un caballero.

—¿Que yo insulto á una joven? Sueño ó estás loco —repuso Batourof frotándose los ojos.—¡Nunca he insultado á ninguna joven!

—Es inútil negar; usted no hace más que agravar sus errores—replicó Constantino entrando no sin trabajo en su papel de provocador.—Yo aspiro á casarme con la joven á la cual diariamente falta usted al respeto...

—Pero al menos dime quién es esa joven. ¡Qué diablo sé yo si he faltado al respeto á alguna con quien tú quieres casarte! Verdad es que no soy

siempre muy respetuoso, convengo en ello, pero esto no lo hago en la sociedad donde tú irás á buscar una prometida...

—Basta de burlas. La joven que me envía...

—¡Con que es ella la que te envía! ¡Lo comprendo! ¿Puedo, al menos, saber su nombre?

—Todo fingimiento es inútil—replicó Constantino con firmeza.—¿Cuándo podré enviarle mis testigos?

—En seguida, si quieres—dijo con aspereza.—Si es preciso que me bata con un loco, prefiero hacerlo lo antes posible.

Ladof púsose en pie, saludó con gravedad á su amigo y salió con paso reposado.

Le costó algún trabajo encontrar testigos, no porque fuese difícil, y sí porque todo el mundo estaba en el paseo ó en el concierto; tuvo que resignarse á ir á buscarlos allí donde creía podría hallarlos.

Fué al Vauxhall; entre un vals de Strauss y la overtura del *Barbero*, encontró el primer testigo; media hora después encontró el segundo mientras la ejecución de un potpurri, muy en boga entonces, y que se llamaba *La vuelta á Europa* y en él Francia estaba fastuosamente representada por el *Mambrú se fué á la guerra*. Ladof explicó su querella á un joven subteniente, novel representación del gremio de abanderados.

Los testigos se presentaron en casa de Batourof, quien fumaba con rabia. A las primeras palabras, al pronunciarse el nombre de Ladof, repuso:

—¡Imbécil! Me ha hecho perder una tarde magnífica, soberbia; tenía una cita...

Se mordió los labios y en seguida se puso á las

órdenes de los dos jóvenes. Aun no tenía testigos; pero la hora avanzaba, y encontró dos amigos dispuestos á servirle.

Se eligió el sitio; era el foso de un fortín que defendía los afueras de Pavlovsk; arma, la pistola; á veinticinco pasos de distancia; hora, las cuatro de la mañana, pues á las cinco era demasiado claro.

Los testigos se retiraron y los dos beligerantes pasaron cada cual una noche detestable.

XXV

Al siguiente día, á la hora fijada, en la nebulosa claridad del amanecer, un poco antes del instante en que se despiertan los pájaros, los seis conspiradores, cubiertos con largos gabanes, avanzaban mutuamente á su encuentro, en grupos de á tres.

La hierba estaba húmeda, un fuerte olor á verdura subía del foso, y los combatientes machacaban sin piedad con los pies, los más hermosos cintillos de perlas que nunca rocío alguno ha extendido sobre las finas telas que las arañas han laborado en agosto. ¡Pero tenían en sus cerebros otra cosa muy distinta que el cielo gris con bandas sonrosadas por Oriente!

Se midió la distancia con la mayor exactitud posible. Batourof cogió el arma que le presentaban.

—Permitidme, señores — dijo el testigo de más edad, — ¡antes de ejecutar un acto irreparable, no sería posible una explicación entre ustedes?

Batourof levantó los hombros, é indicando á Ladof con la pistola, repuso:

—Pregúntenselo ustedes á él, pues es el único que sabe por qué quiere batirse.

El testigo se volvió hacia Ladof, recibiendo esta contestación:

—Todo arreglo es imposible entre nosotros.

Los dos adversarios ocuparon sus puestos respectivos y, en espera de la señal, reinó profundo silencio.

Batourof, contemplando á Ladof, maquinalmente se retorció el bigote. Sus pensamientos podían traducirse en estas frases:

—Badulaque, ¿por qué quieres que te rompa un brazo ó una pierna? ¡Vienes á plantarte delante de mí sin saber el peligro que corres! ¡Tiro muy bien, gran imbécil, y si quisiera te haría pasar en cama seis semanas para que aprendieses á reflexionar! Pero me pregunto: ¿por qué he de hacerte mal? ¡pues es evidente que vienes empujado por una mano extraña y no eres el único responsable de tu necesidad!

Por su parte, Constantino pensaba lo siguiente:

—¡Pobre Batourof! Es bastante simpático, hace catorce años que le conozco. Aun llevaba blusas encarnadas con galones de oro, pantalones de terciopelo negro, cuando lo conocí, en casa de mi tía, la fiesta de Navidad. ¡Dios mío, cuánto tiempo hace!

Yo no puedo matar á un camarada que ha sido siempre bueno para mí. Usted lo quiere, Olga cruel, si el destino lo exige, moriré por usted.

—¡Uno, dos, tres!—dijeron los testigos dando las palmadas.

Sonaron dos disparos, el humo subió con lentitud en la húmeda atmósfera y en ambos lados se oyó decir:

—¡Ha tirado al aire!

—Ha tirado al aire—repitieron Constantino y Ba-

tourof, quienes, franqueando en dos saltos la distancia que les separaba, cayeron uno en brazos de otro llamándose:—¡Querido amigo!

Concluida esta expansión, los testigos se acercaron cambiándose numerosos apretones de manos; el honor estaba á salvo. Se citaron para almorzar á las once en el restaurant del *Chalet*; mientras los testigos se iban á dormir un rato para indemnizarse de la noche pasada en vela; los reconciliados adversarios, más amigos que nunca, cogidos del brazo, iban á dar una vuelta por el parque, cuya verja se abría á los primeros rayos del sol.

—¿Vamos—dijo Batourof,—ahora que todo ha concluído, dime por qué ayer tarde te mostraste tan feroz conmigo, pues si tú no me lo dices, nunca sabré por qué íbamos mutuamente á matarnos?

—¡Oh! amigo mío; estoy locamente enamorado—respondió Ladof.

Batourof levantó las manos al cielo, como para tomarle por testigo de que todo se lo explicaba; luego, cogiendo un brazo de Constantino, le apretó con fuerza contra el suyo.

—Explícame eso—le dijo con la autoridad que da la profesión militar.

—Ya lo ves—repuso Constantino.—Estoy enamorado de una estrella; es infinitamente más rica que yo, de familia...

—¿No es una gran duquesa?—interrumpió Batourof con inquietud.

—¡No, no!

—Entonces, puedes casarte: los Ladof pueden aliarse con todo el mundo.

—Es que tiene una madre tan orgullosa... y, amigo mío, después de lo que ha pasado, me cuesta trabajo el decírtelo, ¡tú no has sido cortés con ella! Sé que ella ha sido imprudente, pero...

—¿Pero qué?—exclamó Batourof plantado en medio del sendero,—¿puedo, al fin, saber en qué consisten mis errores, á quién he faltado?

—¡Olga Orlina!—murmuró Ladof bastante cohibido y más avergonzado de lo que quería aparentar.

—¡Olga Orlina! ¡Ah! ya comprendo—dijo Batourof riendo con tantas ganas que tuvo que sentarse en un banco que había cerca.—Comprendo su cólera y la tuya. No hay por qué fustigar á un gato, querido amigo. Pero ante todo, dime la verdad, ¿es ella quien te ha enviado?

Ladof, confuso, respondió con un ademán de cabeza.

—¡Peste, es una mujer que sabe vengarse! ¡Y bien! esta es la verdad, y te juro que es la verdad completa. Nadie se divierte mucho en el instituto de mi noble tía. El día de su santo, que es en el mes de julio, fuí á pasar la tarde con ella. Después de los saludos de costumbre, mi venerable tía, que, dicho sea entre nosotros, vale menos que el diablo, había invitado á tomar el te á sus más hermosas pensionistas. Se conversó; esas señoritas se quejaron de que se las mataba de hambre; yo propuse, por broma, llevarlas qué comer; los Mirsky eran de la partida; la hermosa princesa, con ese aire testarudo que le conoces, nos desafió á que lo hiciésemos. Juré tragarme á mi tía, aunque fuese atravesada, si se atrevía á impedírmelo; empeñamos una apuesta que

fué ganada, pues acudimos á la cita llevando las provisiones... ¡Tu enamorada es un buen tenedor, tiene un magnífico apetito!

—Batourof—suplicó Constantino.

Su amigo sonrió y añadió:

—¡Bien! si eso te molesta, te diré que no come nada; es una sílfide, siempre dejaba intacta la cesta. Comprenderás perfectamente que era una diversión bastante buena para durar, y ha durado lo que duran las rosas, algunas semanas, hasta que un día se enteró mi temible tía y no pude continuar mi imprudente empresa... Fué ella la que nos puso en la puerta.

Constantino continuaba preocupado. Batourof añadió:

—¿Qué quiere tu linda princesa? ¿Que deje de hacerla gestos cuando la encuentre? ¡Nada más fácil! Al creer que eso la molestaba, no me hubiera aventurado á ir tan lejos. Si es que puede serte agradable, le daré mis excusas en tu presencia. ¿Es esto?

—Confieso—dijo Ladof tranquilo—que sería lo mejor.

—Pues bien, entendido; cuando quieras estaré á tus órdenes; entre tanto, si queremos hacer honor al almuerzo, sería prudente irnos á dormir un par de horas.

Los dos amigos se separaron estrechándose las manos con más efusión que nunca.

XXVI

La tarde de aquel mismo día tan heroicamente comenzado, todo el mundo elegante tenía noticia del duelo que se verificó entre un hombre civil y un militar, por el honor de una señorita del instituto. ¿Cómo el motivo del duelo había llegado á conocimiento del público? Esto sería difícil de explicar, sin los repetidos brindis que cerraron el almuerzo, entre los cuales un *¡A la salud del instituto de mi tía!* había sido pronunciado varias veces por Bataourof. Después de esto, la cuestión había seguido envuelta en todo el misterio deseable.

Cuando Ladof, un poco emocionado, las malas lenguas lo hubiesen atribuído á consecuencia de las libaciones de un copioso almuerzo, pero en el fondo no era así, era únicamente al pensar en la acogida que le dispensaría Olga; cuando Ladof se presentó ante la princesa Orlina, que, como de costumbre, estaba sentada en su mecedora, al verle entrar le amenazó con la mano.

—Venga usted acá, buena pieza—le dijo riéndose.
—¿Qué le ha pasado? ¿Quiere usted acuchillar á los húsares por defender el honor de las damas? ¡Valiente Don Quijote!

Olga, muy pálida, sentada á poca distancia detrás de su madre, fijó sobre Constantino una mirada de gratitud, y tal vez de algo más. El pobre muchacho perdió la gravedad.

—Dios mío, princesa—baluceó,—no sé qué tonterías la han podido á usted contar...

—Probablemente la misma que usted ha hecho—repuso la princesa con una sonrisa que desmentía la severidad de sus palabras.—Vamos, confíeselo usted, valiente caballero; ¿qué ha pasado?

—En verdad, no sé...—repuso Constantino turbado.

La princesa levantó el dedo índice con orden de mando; buscó Ladof un pretexto y lo halló.

—Se ha dicho, entre jóvenes, que por lo general las señoritas del instituto estaban mal educadas... No he podido soportar esta apreciación, que me ha parecido una injuria... para algunas casas... en que tengo el honor de ser admitido...

—Notoriamente, la mía—le interrumpió la princesa haciendo con la cabeza un ademán de asentimiento.

En aquel instante, entraba Ariadna en la terraza donde se verificaba esta conversación, sorprendiéndose al ver la actitud poco gallarda de Ladof, cuyo aspecto era muy semejante al de un perro de caza que teme ser castigado.

—Seguramente, la vuestra princesa... y también...

—¡Vamos, usted ha incluido á todo el instituto! ¿Quién de los dos ha muerto?—agregó la dama con entonación más reposada, cosa que acabó de perturbar á Constantino.

—Pero, princesa, nadie como usted lo ve...

La princesa prorrumpió en risa; su hija no pudo resistir al contagio y ocultó su hermoso semblante enrojecido detrás del pañuelo.

—¿Se ha batido usted, caballero?—dijo Ariadna á Ladof con entonación un poco trémula.

Feliz al ver que le llegaba un refuerzo en el instante en que la ingrata Olga le abandonaba con tanta crueldad, Constantino, agradecido, se volvió hacia la joven.

—Una pequeñez, señorita... Demasiado feliz por haber podido proporcionar un poco de alegría á la princesa y á la señorita Olga...

Estas casi en el acto habían recuperado su seriedad; la princesa tendió la mano al joven, quien la besó con bastante mala gana.

—Vamos, señoritas—dijo la princesa Orlina,—den sus manos á besar al señor Ladof, es lo **menos** que pueden ustedes hacer por él, después de lo que él ha hecho por ustedes. ¡Pero que no se atreva á volverlo á hacer, pues de lo contrario lo plantaré en la puerta de la calle!

Con un movimiento generoso é irreflexivo, Ariadna tendió la mano al joven, quien respetuosamente la llevó á sus labios. Palideció, retirando la mano en seguida. Aquel beso frío no era el que esperaba; pero era tan ignorante en cuestiones de amor que al cabo de un instante se reprochaba aquella acción injusta, para un hombre que había arriesgado la vida por ella.

¿No había de ser por ella? Indudablemente, alguna frase malsana, como las que dijo el general Fré-

mof, había llegado á oídos de Ladof, y éste la había vengado. ¡Qué mejor prueba de estimación y de ternura! Y si él no le hablaba era porque, sin duda, aun no había encontrado un instante adecuado. Ariadna se consoló con esta idea, pero sin poder recuperar la paz que su alma tenía antes.

Olga, sin tantos cumplimientos, había abandonado su mano á Constantino, y una imperceptible presión recompensó á éste.

Era la hora de las visitas; los jóvenes, como de costumbre, bajaron al jardín. Olga, pretextando su enfermedad de la víspera, rogó á Ariadna que la trajese un chal, y en cuanto su amiga entró en la casa, la maliciosa joven siguió con rapidez un sendero que conducía detrás de los macizos y se detuvo fuera de la vista del balcón.

—¿Y bien?—dijo muy bajito.

—¡Pues bien! señorita, él debe estar allí, detrás de la cerca. Le he dicho que venga á las cinco.

Siguieron la alameda, y en efecto, vieron la espalda de Batourof, en aquel momento ocupado en pasear su impaciencia á lo largo de la empalizada.

—¡Eh!—gritó Constantino con precaución, si es que puede gritarse de este modo.

Batourof se volvió, acercándose á ellos con precaución.

—Princesa—dijo á Olga inclinándose profundamente y permaneciendo al otro lado de la cerca,—tengo un verdadero disgusto por haber merecido el enojo de usted. Perdone mis travesuras de estudiante mal educado y esté persuadida del profundo respeto que siempre la he tenido.

Olga respondió con un ademán muy noble, que emocionó á Batourof, quien no pudiendo reprimir una sonrisa, añadió:

—¡Sin embargo, confiese usted, princesa, que era muy divertido!

Olga se sonrió, respondiendo con gravedad:

—No hay que pensar más en lo que ha pasado, pues más tarde ha habido que arrepentirse. Quisimos divertirnos, y hemos hecho bastante, bastante mal...

La voz de Ariadna se dejó oír, llamando á Olga en el jardín. Batourof no comprendió las palabras; pero Constantino, más en antecedentes y de una inteligencia más pronta, cogió la alusión. Mientras que Olga regresaba al parterre le dijo cogiéndole una mano, que ella no le negó:

—¿Se refiere usted á la señorita Ranine?...

—Sí—repuso Olga;—ha soportado su desgracia con un valor indomable, y además me ha perdonado generosamente el mal que la causé.

—¿Se lo ha dicho usted?—preguntó Constantino con admiración.—¡Qué generosa es usted, princesa! ¿Quién no podría amarla?

Ladof, como conviene á un enamorado, aprovechó aquella revelación para elevar más el pedestal en que su ídolo estaba colocado. Sin embargo, sería injusto no agregar que sentía más simpatía por Ariadna pensando en que había tenido que soportar inmerecidas afrentas.

Ladof tenía una de esas almas tiernas que aman con facilidad y fielmente. Esa ternura fácil y expansiva debía continuar engañando á Ariadna; mientras

que Olga dejábase apoderar por el encanto de aquella naturaleza amable y buena, que estaba segura de dominar con un gesto ó una mirada.

Ariadna hubiese querido ver un dueño en el hombre que amaba; soñaba por todo honor ponerse por completo á los pies de su esposo y quemar ante él lo mejor de su alma, como un perfume sobre el altar: este no era el ideal de Olga; pero cada uno comprende la felicidad á su manera.

Desde aquel día, una dulce familiaridad, más estrecha que nunca, reinó entre los tres amigos. Numerosos jóvenes revoloteaban en torno de la princesa Orline y de su encantadora hija; así es, que las asiduidades de Ladof, cubiertas además con el superficial barniz de las atenciones que dirigía á Ariadna, no fueron notadas por nadie.

Olga no ocultaba á Ladof el afecto que ella le profesaba; pero había llegado á conocer á su madre y sabía que aquel matrimonio hallaría obstáculos. Sin ser ambiciosa, la princesa podía esperar para su hija una unión más brillante que aquella; esto es lo que Ladof no cesaba de repetir continuamente á su novia, quien por su parte le respondía invariablemente, tuteándole, según costumbre de los novios rusos.

—¿Pero qué te puede importar, puesto que yo te amo? ¡No es mi madre la que ha de casarse; soy yo!

Sin embargo, se convino en esperar un momento favorable para hablar de este proyecto á la princesa. Si el lector quiere saber lo que Olga entendía por *momento favorable*, tendremos que confesarle que

sobre este punto tenía ideas bien vagas. Tal vez fuera el instante en que otro pretendiera su mano... Sin embargo, aquel instante no podía serle muy favorable... Pero es asunto de ella y no nuestro.

XXVII

Algunos días después del duelo de Batourof, duelo que quedó como legendario entre los húsares, por la corrección con que los contendientes se portaron; Morini, que llegó en el tren de la mañana, presentóse en casa de la princesa, con gran asombro de todo el personal, pues así se designa á la servidumbre, que nunca ha visto venir tan temprano una visita.

Sin oír las recriminaciones de los criados, se hizo anunciar por una criada, estupefacta, en el departamento de Ariadna, y sólo se detuvo ante la puerta de cristales, que aquella cerró en sus narices, en el exceso de su indignada sorpresa.

—¡Ah!—exclamó el profesor oyendo correr el cerrojo que por primera vez se le cerraba;—¿no está preparada? Está bien, esperaré.

Sentóse sobre un cofre de madera, sin querer apartarse de allí. Cuando tenía una idea no la dejaba escapar; le era preciso ver á Ariadna en seguida. No tuvo que esperar, pronto la vió aparecer.

Antes de que ella tuviese tiempo de hablar, la cogió por un brazo y ella le condujo hacia un salón sin que se diese cuenta de ello.

—Debutarás dentro de ocho días—le dijo siguiendo el hilo de su pensamiento, con el papel de Fidés. La Boulkof ha caído enferma, no tiene preparado más que eso para su inauguración, de manera que...

Hubiese seguido indefinidamente á no agarrarse Ariadna á su brazo por miedo á caer.

—¿Qué te pasa? ¡Ah, sí; te he dado una sorpresa! Estas jóvenes por un sí ó por un no se ponen enfermas.

—No es eso—dijo Ariadna sentándose en el primer sitio que encontró,—¿qué es lo que usted dice? No he oído bien... repítalo.

—En el teatro no hay nada preparado—empezó diciendo el profesor.

—¡No, no! ¿usted ha dicho que yo debuto?

—¡Pardiez! ¿A no ser por esto, crees que hubiese venido tan temprano?

Ariadna lanzando un gran suspiro, quedóse tendida sobre el sillón, con los ojos cerrados, tan pálida, que el profesor de canto tuvo miedo y se puso á darle golpecitos en las manos, que ella retiró en seguida.

—No me encuentro mal, querido maestro—dijo volviendo á abrir los ojos,—pero me ha dado usted la noticia con tanta brusquedad, que me ha parecido que la tierra faltaba bajo mis pies. Este es el sueño de toda mi vida, ya lo sabe usted.

—¡Y de la mía!—exclamó Morini, recorriendo el salón á pasos largos, sin piedad para las sillas y sillones que atropellaba á tuerco y á derecho.—Una alumna que yo he educado, lo puedo decir, con todo el cuidado y el amor de un padre... ¡Tendrás un

éxito! Ya lo verás.

—No sé el papel—dijo Ariadna juntando las manos.

—Eso no importa; posees el fuego sagrado y sabes cantar. Un papel se aprende en tres días.

—Nunca he puesto los pies en un teatro—agregó la joven con espanto.

—¡Valiente salida!—replicó el italiano moviendo los hombros.—Todo el mundo sabe lo que es un escenario, tablas, ¡nada más! Empezaremos esta tarde...

—¡Ya!—exclamó Ariadna, pareciéndole soñar.

—Si quieres representar de hoy en ocho días, hay que empezar en seguida. Vamos, vete á arreglar el maletín...

A Ariadna le costó mucho trabajo lograr de su profesor que esperase á que se levantara la princesa. Se volvió en seguida á San Petersburgo para anunciar que la joven aceptaba el papel que le habían ofrecido; ella quedóse sola pensando en el horizonte que se abría ante ella.

Aquello era un sueño inaudito. Después de haberse resignado á pasar diez y ocho meses en la obscuridad, veíase llamada ante el público de un modo inesperado, y ¡era un favor especial! un público que tendría en cuenta su juventud y su inexperiencia. Un público dispuesto á aceptarlo todo de ella, porque se presentaba armada de buena voluntad para reemplazar una cantante enferma; en tales circunstancias, la buena voluntad por sí sola era un auxiliar de su talento.

Pensó en todo esto, y el sentimiento de su impo-

tencia se esfumaba poco á poco en una bruma dorada; veía desfilan los esplendores de *El Profeta*; las masas relucientes de corazas y banderas, las mutaciones vertiginosas, la pujanza de los coros y la orquesta le producían vértigo; y de repente, se levantó, sus ojos miraron al vacío, al sitio solamente visible para ella; un guerrero, vestido con un traje de lana blanca, vuelve la mirada y la rechaza.

— ¡No! ¡este no es mi hijo!

Este grito, donde la desesperación, el desprecio y la cólera se mezclan en un solo sentimiento, se escapó de sus labios. Ariadna entraba en su papel.

Algunas horas después, acompañada de los buenos deseos de Olga, que tenía unos pocos de celos de su dicha, de verla aparecer en escena, aplaudida y tal vez cargada de coronas, Ariadna abandonó á Pavlovsk para ir á debutar á San Petersburgo. En tanto que su porvenir no se decidiese, debería habitar en el palacio de la princesa.

XXVIII

Durante los ensayos, Ariadna no veía nada de lo que pasaba á su alrededor. Únicamente se preocupaba en cantar á compás con la orquesta y en vocalizar bien, sin inquietarse de las personas extrañas que la rodeaban. No era la escena para ella aquel local grande lleno de cuerdas, de enormes pedazos de madera pintada, con el suelo atestado de trapos y trastos. Los actores representando con trajes de paseo; la ilusión era nula; y aquel género de trabajo, por nuevo que fuese para la joven cantante, sólo era trabajo y no arte; cuando menos no era el arte tal como lo había visto en sus sueños.

Pasó aquella semana sin que hablase con nadie en el teatro, excepto para las necesidades del trabajo; veía entre bastidores personas que la miraban casi siempre con poca benevolencia, algunas veces con irritación; esas figuras se borran de su memoria, como las sombras chinescas desaparecen de la tela, no dejando ninguna impresión. Morini, que siempre la acompañaba, en cuanto se retiraba de la escena la llamaba aparte para hacerla nuevas observaciones; para darla consejos. En resumen, la debutante en aquellos días no vió nada del teatro.

tencia se esfumaba poco á poco en una bruma dorada; veía desfilan los esplendores de *El Profeta*; las masas relucientes de corazas y banderas, las mutaciones vertiginosas, la pujanza de los coros y la orquesta le producían vértigo; y de repente, se levantó, sus ojos miraron al vacío, al sitio solamente visible para ella; un guerrero, vestido con un traje de lana blanca, vuelve la mirada y la rechaza.

— ¡No! ¡este no es mi hijo!

Este grito, donde la desesperación, el desprecio y la cólera se mezclan en un solo sentimiento, se escapó de sus labios. Ariadna entraba en su papel.

Algunas horas después, acompañada de los buenos deseos de Olga, que tenía unos pocos de celos de su dicha, de verla aparecer en escena, aplaudida y tal vez cargada de coronas, Ariadna abandonó á Pavlovsk para ir á debutar á San Petersburgo. En tanto que su porvenir no se decidiese, debería habitar en el palacio de la princesa.

XXVIII

Durante los ensayos, Ariadna no veía nada de lo que pasaba á su alrededor. Unicamente se preocupaba en cantar á compás con la orquesta y en vocalizar bien, sin inquietarse de las personas extrañas que la rodeaban. No era la escena para ella aquel local grande lleno de cuerdas, de enormes pedazos de madera pintada, con el suelo atestado de trapos y trastos. Los actores representando con trajes de paseo; la ilusión era nula; y aquel género de trabajo, por nuevo que fuese para la joven cantante, sólo era trabajo y no arte; cuando menos no era el arte tal como lo había visto en sus sueños.

Pasó aquella semana sin que hablase con nadie en el teatro, excepto para las necesidades del trabajo; veía entre bastidores personas que la miraban casi siempre con poca benevolencia, algunas veces con irritación; esas figuras se borran de su memoria, como las sombras chinescas desaparecen de la tela, no dejando ninguna impresión. Morini, que siempre la acompañaba, en cuanto se retiraba de la escena la llamaba aparte para hacerla nuevas observaciones; para darla consejos. En resumen, la debutante en aquellos días no vió nada del teatro.

—Pero—dijo la víspera de la representación,—no podré cantar si no he visto nunca la sala alumbrada. Ese foco luminoso delante de mí, me dará miedo si no me acostumbro á verlo.

—Es muy justo—repuso el profesor y fué en seguida á explicar al empresario la petición de Ariadna.

Algunos instantes después, al entrar la joven en escena, vió el teatro iluminado: la sala vacía, cubierta de fundas, como sudarios, le pareció fría, pero llena de luz y hermosa. Retrocedió, dejando de entrar á tiempo. Un murmullo de desagrado recorrió las filas de las coristas, maquinistas y demás público que asiste á los ensayos.

—¡Esto le pasa á todo el mundo la primera vez! —gritó Morini lanzando á derecha é izquierda miradas terribles.

—¡Silencio!—dijo el empresario.

Ariadna sintió la misma sensación que si todo el público hostil le hubiese arrojado un insulto á la cara. Con su exagerada sensibilidad, le parecía que todo estaba perdido, y cantó con un descorazonamiento que puso la muerte en el alma de su profesor.

Terminado el ensayo, la acompañó al palacio de la princesa y allí empezó á soltarle el largo sermón que llevaba preparado. Pero Ariadna por primera vez se le rebeló.

—Escuche usted, mi querido profesor—le dijo,—si quiere usted que cante mañana, déjeme tranquila hoy. Me zumban los oídos y no oigo nada de lo que usted me dice.

—¡Pardiez! Tienes razón—exclamó Morini,—soy un gran animal. Duerme bien, querida mía; levántate tarde y come poco mañana, y sobre todo nada temas; todos los imbéciles que hoy te han hecho incomodar, estarán mañana de rodillas ante ti; yo el primero de todos.

Se fué en seguida, dejando á Ariadna entregada á sus meditaciones.

La joven permaneció un momento con el semblante entre las manos; una idea la asaltó, salió y se fué á visitar la tumba de su bienhechora. Cuando llegó, era de noche; el guarda la admitió con alguna dificultad en el cementerio, pero una propina alejó sus escrúpulos, y la huérfana pudo llegar hasta la cruz que había hecho poner sobre el sepulcro de su segunda madre.

Los árboles ya perdían sus hojas, y los tintes del otoño enriquecían la verdura; sus tonos ardientes parecían conservar un poco de la luz del sol que había desaparecido. En la creciente sombra distinguió Ariadna la piedra blanca de la cruz; se arrojó sobre la tierra húmeda; no había llevado flores, su plegaria bastaba como ofrenda, pues era tan pura y desinteresada como la que brota del corazón de una niña.

Cuando Ariadna regresó á la población, los faroles estaban encendidos, y la ciudad tenía esa alegre animación que señala la vuelta de los petersburgueses que estaban en el campo. Aquella noche había función en la Ópera Italiana; los coches llevaban un torrente de aficionados ansiosos de no perder una nota. Enfrente, y vacía por completo, estaba la

Opera Rusa.

—Mañana—pensó Ariadna—para oirme á mí, los coches llevarán á la gente. ¡Si llegase á cantar mal!

Entró en su casa; siguiendo el consejo de Morini, se acostó temprano. Se dijo que no obtendría ningún éxito, y se resignó á todo.

—No tengo probabilidades—pensaba.—¿Por qué he de triunfar esta vez?

La mañana del día siguiente pasó como un relámpago. La princesa había venido con Olga para comer juntas y no faltar en el momento de levantarse el telón.

Olga no podía reprimir su júbilo; á cada instante abrazaba á su amiga: le predecía el éxito más ruidoso.

Quería á toda costa acompañarla á su cuarto y la princesa tuvo que emplear toda su autoridad para evitarlo.

Empezó la representación de *El Profeta*. Ariadna, ocupada en acabar de vestirse, no estaba en escena al comenzar; se la llamó, corrió con precipitación, embarazada con el traje, al que no había tenido tiempo de acostumbrarse.

—¡Vamos, pronto!—le dijo el empresario,—¡apenas hay tiempo!

La actriz que representaba el papel de Berta, quizá por la trigésima vez, cogiéndola por la mano, la arrastró á la escena.

Ariadna recibió de lleno un golpe en el corazón al ver la sala iluminada, cálida, poblada de cabezas, cuyos ojos estaban fijos sobre ella; tembló con tanta

fuerza que Berta la dijo al oído:

—Mire usted la escena, si no lo hace sentirá el vértigo.

Siguió el consejo, y tuvo tiempo de reponerse durante la romanza de Berta. En el momento de cantar la primera nota, sintió una impresión singular, como si su voz no fuera suya; pero había tomado resueltamente su partido y continuó con valentía.

La atención del público estaba fija sobre ella: su escultural belleza daba á su personaje un carácter de grandeza que hacía contraste con la actriz pequeña y esmirriada á quien sustituía en su papel; su elevada talla, noble y esbelta, no podía desaparecer por entero bajo el traje de matrona; desde el primer instante, su hermosura obtuvo un gran éxito.

—¡Y bien!—le dijo su profesor cuando entró entre bastidores,—esto ha acabado, ¿ya no tienes miedo?

—No—repuso Ariadna,—¿pero es esto la ópera?

—¿Y qué quieres tú que sea?—preguntó el italiano con asombro.

—No lo sé... me parecía que era otra cosa.

Nadie la dirigió la palabra, excepto el empresario que, para darla ánimos, la dirigió algunas frases; se esperaba ver lo que daba de sí la *novata*.

Al fin, llegó para Ariadna el instante de presentarse verdaderamente ante el público atento y serio.

Entró en la escena, sombría y simplemente puesta, pálida, tiesa, con andar casi automático. Las primeras notas del *arioso* brotaron de la orquesta.

Ariadna sintió un estremecimiento en todo su ser; algo le gritó dentro de su alma para decirle que el arte venía en su auxilio; puso la mano sobre el

hombro de Juan y de repente se quedó tranquila y segura, como abismada en el dolor; dijo más que cantó:

¡Oh, hijo mío!

Un estremecimiento recorrió la sala. Entre los *dilettanti* se cambiaron algunas miradas. Desde aquel momento, todo parecía esperarse de ella.

Ariadna no veía la sala que tanto la había espantado; cantó con un sentimiento profundo aquel *arioso* que le había revelado la pasión en el arte, allí donde hasta entonces no había conocido más que vagas aspiraciones. Acabó, y de repente la despertaron de aquel éxtasis los aplausos entusiastas. La aclamaban de todas partes; de las butacas, de la galería, retumbaban los gritos de *¡Bravo!* y la llamaban por su nombre.

—¿Pero no saluda usted?—le dijo el tenor,—le están aplaudiendo.

Ariadna, aun mal despierta, levantó los ojos y se inclinó.

—¡Que se repita!—gritaron de todas partes.

El director de orquesta levantó la batuta é hizo una seña á la cantante; las estremecedoras notas del acompañamiento advirtieron á ésta que debía repetir, pues aun no había comprendido. Repitió, pero esta vez más segura de sí misma y del auditorio; tuvo más valor que antes, cantó con toda su alma, y la sala oyó acentos que le eran desconocidos hasta entonces.

Fué el delirio; la orquesta aplaudía golpeando so-

bre los atriles. Ariadna fué llamada seis veces. La representación se interrumpió, los frenéticos *bravos*, en fin, todo lo que caracteriza las locuras musicales de los grandes éxitos le fué prodigado por el público; jamás debutante alguna obtuvo una ovación como aquella.

Cuando entró entre bastidores, todo había cambiado; los artistas, coristas, maquinistas, en una palabra, todo el personal del teatro se precipitó ante ella para aclamarla.

—Ya eres cantante—dijo Morini abrazando á su discípula temblorosa de emoción,—pero no creas nada de lo que estos te dicen, pues de lo contrario serías un asno en vez de un ruiseñor.

Ariadna no corría peligro de transformarse en asno; cuando menos no serían los elogios de sus camaradas los que realizasen este milagro; comparaba mentalmente la frialdad de la víspera con los elogios de ahora, sintiendo compasión por la debilidad y bajeza humana.

—Esto es lo mismo que en el primer acto de los *Hugonotes*—le dijo á su maestro,—en cuanto ven que uno está en auge, todos protestan de su adhesión. Como representan ante el público, no les agrada representar ante ellos.

—¡Eres una filósofa!—respondió Morini;—descansa para continuar tu éxito, aun falta lo más duro.

A Ariadna, bajo el influjo de una excitación extraordinaria, nada le asustaba ya; en un momento, había tomado posesión de su papel y del público. Representó y cantó la escena del anatema con una grandeza tan poética que los verdaderos aficionados de-

clararon no haber oído nada semejante desde que cantó la obra la Viardot. Los entusiastas le ofrecieron en un entreacto un enorme ramillete en el que la fecha del día estaba escrita con rosas blancas; al fin, bajó el telón, con un estruendo que debía causar envidia al teatro italiano, más acostumbrado á los triunfos ruidosos.

Olga esperaba á su amiga, con febril impaciencia, en el coche de su madre, ante el pórtico de los artistas; numerosos curiosos habían renunciado al final de la ópera para ver salir á la debutante. Apareció cubriéndose con un chal sus rubios cabellos, pálida aun de emoción, pero sonriente por haber visto el semblante de Olga asomado á la portezuela.

—¡Una flor de su ramo, una flor para recuerdo!—la dijeron.

Con ademán encantador, Ariadna arrancó á puñados las violetas de Parma y las rosas y las lanzó á la multitud. La portezuela se cerró tras ella, partiendo el coche al trote largo, mientras que atronadoras aclamaciones daban las gracias á la cantante.

—¿Estás contenta?—preguntó Olga á su amiga abrazándola, mientras que la princesa la dirigía sinceras y calurosas felicitaciones.

—¡Soy feliz!—repuso,—¡pero pienso que la señora Sékourof, á quien le debo todo esto, no ha podido gozar su obra!

Al entrar en el salón Ariadna vió á Ladof, que se les había adelantado; estaba invitado á tomar el té á la salida del teatro. La princesa, creyendo favorecer un afecto naciente en la joven cantante, procuraba con disimulo proporcionarles medios para que

se viesan. En efecto, Constantino, feliz, emocionado, felicitó á Ariadna con un calor que hubiese engañado á cualquiera. Olga sabía que aquello era pura amistad y entusiasmo musical; así es que no tuvo celos.

Ariadna, que aun no había vuelto por completo á la realidad de la vida, se dejó felicitar lo mismo que dejaba que la sirviesen el té, distraídamente; seguía viendo la sala del teatro iluminada con espléndidez, los semblantes vueltos hacia ella y las bocas abiertas para gritar su nombre, y un estremecimiento recorría su ser. Estaba contenta y tenía miedo. Como un niño que pasase la mano por la cabeza de un león, le parecía que aquel ser enorme que aquella noche la halagó, podía sentir alguna vez deseos de devorarla.

—¡Debe ser usted muy feliz!—dijo Ladof sentándose cerca de ella.

El natural tierno y cariñoso de aquel joven, en el fondo casi un niño, le hizo acordarse del sentimiento pasajero al cual le arrastraba su corazón.

—Sí—repuso Ariadna con su hermosa sonrisa vaga y soñadora.—¿Y usted, está contento?

En esta frase puso toda su alma. Ofrecía á Constantino el éxito de aquella noche, lo mismo que el aroma de su ramillete que tenía al lado sobre una mesa.

—Deme usted una flor para recuerdo de esta noche—dijo el joven tendiendo la mano.

Todo el mundo las tiene—replicó Ariadna;—me las han pedido en la calle... Prefiero darle á usted otra cosa.

Desenrolló una hermosa cinta blanca con la cual estaba atado el ramillete; pero en el momento de ofrecérsela á Constantino se acordó de que no estaban solos. Cogiendo un cuchillo de cortar pan que había sobre la mesa, partió la cinta en dos pedazos, dando uno á Olga y el otro á Ladof.

—Ustedes son mis mejores amigos, y yo me acordaré de esta noche sin esta cinta.

Los dos enamorados cambiaron una mirada furtiva al recibir las mitades de la cinta... Aquella mirada cayó sobre el corazón de Ariadna como un témpano de hielo... ¿Había vivido soñando hasta entonces, para desconocer la verdad?

Peró Constantino le besó la mano con tanta gratitud, puso tanto calor en la expresión de su alegría, que la joven creyó haberse equivocado.

Sin embargo, su felicidad había perdido las alas de la ilusión y ya no se remontaba.

Al siguiente día, antes de las doce, los restos de su ramillete descansaban sobre la tumba de su bienhechora; las flores del triunfo eran las únicas que Ariadna le quería ofrecer.

Los periódicos no dejaron de ocuparse con elogio del éxito de la debutante. Dos días después, un periódico desconocido publicaba sobre Ariadna un artículo pagado donde del modo más odioso se refería la historia de la pobre niña; el autor del artículo debió necesitar valor para cobrarlo, pues lanzaba á Ariadna al fango. Para que ella no lo ignorase, una mano cuidadosa marcó el artículo con lapiz rojo y ea un sobre cerrado lo depositó en la habitación del portero de la princesa.

Ariadna leyó aquel conjunto de horrores, no con sangre fría, pero sí con apariencia tranquila. Olga, que estaba presente, quiso leerlo después. La joven se lo quitó tranquilamente de las manos.

—¡Cómo!—replicó Olga incomodada al encontrar resistencia,—¿no quieres que conozca los elogios que te dirigen?

—No son elogios—repuso Ariadna,—esto te haría daño.

—¿Pues, qué es?

—El reverso de la medalla. Si no tuviese enemigos sería prueba de que no tengo talento.

Ariadna sabía poner buena cara á pesar de sentirse herida en su honor, pero la llaga sangró durante mucho tiempo. Aquel periódico siguió zahiriéndola varios días más. Como puede suponerse, el artículo era obra de la artista á quien Ariadna sustituía momentáneamente.

Como aquella nunca tuvo tanto éxito en los papeles que representó, contentándose con ser una medianía, pensaba en lo muy difícil que le sería representar el *Profeta* después de la debutante. Así es que empleaba para denigrarla todos los medios que tenía á su alcance.

Le era demasiado fácil atacar á Ariadna; en la segunda representación oyó frases de doble sentido y sarcasmos lanzados por una mano muy experta. Hasta en los artistas que tomaron parte en la ovación de la primera noche, conociendo que debían hacerse perdonar su deserción por la propietaria, trataron de hacerse desagradables á Ariadna. Entonces supo que en el teatro, más que en ninguna otra

parte, hay que luchar para vivir, y que salvo raras excepciones, en aquel ambiente excepcional, los buenos son las víctimas de los malos.

Aquello fué una persecución sorda. El tenor le dirigía algunas burlas antes de responderle, y Ariadna poco acostumbrada á ellas, sentíase turbada, trabajando con frialdad. En el momento de empezar un duo, Berta le decía:

—El manto rojo se le ha caído á la izquierda; parece usted un maniquí de modista pasado por la colada.

Un corifeo le pisaba la cola al avanzar sobre las candilejas. La campanilla de su cuarto estaba llena de papeles. ¿A quién acusar?...En una palabra, era un sistema de persecución en la que todos estaban complicados y todos eran inocentes.

La paciencia de Ariadna, ya muy puesta á prueba, se agotó y fué á quejarse al empresario.

—¿Puede usted señalarme á alguien de quien tenga que quejarse?

—No—repuso Ariadna,—son todos y no es nadie.

—¡Pues bien! ¿Qué quiere usted que yo haga?—respondió aquel hombre, acostumbrado á todas las quejas imaginables.

Morini se puso á reír cuando Ariadna le participó lo que le ocurría.

—Has de ver muchas cosas más—le dijo.

—En mi época se hacían bufonadas abominables en la escena. Trabajó conmigo un bajo, del cual era yo amigo, que á la vez que cantaba su parte, con el brazo puesto sobre mi hombro, se divertía en hacerme caer la visera del casco sobre la nariz cada vez

que yo abría la boca para cantar. Esto me lo hacía diez veces cada noche. ¿Crees que he ido en busca del empresario para quejarme? ¡Entonces no me hubiesen dejado en paz!

—¿Pues, qué hizo usted?

—Nada, cuando estaba de mal humor me iba á dar tormento á otro. Trata de ser la más lista ó la más mala. ¡Eso forma el carácter!

Ariadna no estaba dispuesta á formarse el carácter de aquella manera. Siempre desconfiando de que le jugasen una mala pasada, se volvió inquieta, cantando con frialdad. A la cuarta representación empezaron á preguntarse si no se habrían equivocado al juzgar á la debutante. El periódico enemigo se apoderó de este cambio en la actitud del público para concluir de aplastar á Ariadna.

El día de la quinta representación, Morini cayó como una bomba en el saloncito donde estudiaba su discipula.

—Me has hecho pasar una noche en blanco—le dijo con el peor humor que se puede imaginar.—Si tú cantas esta noche como el miércoles último, no hay más que tirarlo todo por la ventana. ¡Basta! ¡se acabó la Mellini!

—Pero, querido maestro—respondió Ariadna con las lágrimas en los ojos,—¡esto no es culpa mía! ¡Me pregunto qué he de hacer, se me ataca por todos los medios! ¡He aquí que el director de orquesta no me deja desarrollar las cadencias! ¡Lo más que puedo hacer es cantar á compás, y eso poniendo todo mi cuidado!

—¡Eh!—exclamó Morini, mucho más furioso al

ver que Ariadna tenía razón,—habrá que emprenderla con el director de orquesta. ¡Qué diablo! hay muchos medios de hacer mal á las gentes...

Ariadna miró con fijeza á su profesor y bajó los ojos.

—No se trata de hacer nada reprehensible—repuso más tranquilo,—pero con buenas palabras se amansa á unos y á otros; se les sonríe, se conversa, se hace uno agradable... Tú pasas entre ellos como si no fuesen nadie.

—¿Pero son alguien?—preguntó Ariadna con firmeza.

Morini movió los hombros.

—Que sean poco ó mucho, no importa—dijo,—lo esencial es que no te hagas odiosa. Te portas con ellos como si fueses la Fodor ó la Malibrán; pero, querida, ¡creen que son tan buenos como tú! Les molestas inútilmente, y no es así como te labrarás una posición en el teatro.

—Si lo que he visto hasta ahora es el teatro—dijo Ariadna con desagrado,—prefiero permanecer en la obscuridad y no cantar para nadie más que para mí.

—Hablas muy á tu gusto—exclamó Morini exasperado,—¡no ha sido para que vuelvas á la obscuridad por lo que te he dado lecciones dos años y medio!

—Es verdad—repuso Ariadna inclinando la cabeza;—no soy libre; perdóneme usted, cantaré bien esta noche, se lo prometo.

—Vamos, querida mía—le dijo el italiano al notar que el orgullo de Ariadna había interpretado mal su lenguaje,—no te incomodes; no he tenido la idea

de reñirte; te quería decir que he fundado en ti hermosas esperanzas; he creído que tu nombre sería famoso; que al decir que eras alumna mía, mi nombre pasaría á la posteridad en unión del tuyo. ¿Tú no querrás arrancarme semejante idea, no es así?

—Mi querido maestro—repuso Ariadna cogiendo la seca mano del profesor,—yo no quiero perjudicarle en nada. Usted no es responsable de mi desgraciado destino, que me ha hecho nacer pobre y depender de otros. Tal como soy, sería una ingrata al no mostrarme agradecida con los que han trabajado para mejorar mi suerte.

El italiano se fué más tranquilo; antes de irse, le dijo:

—Además, es la última vez que cantas por ahora; tendrás para descansar todo el invierno, y probablemente debutarás en los Italianos en la próxima temporada. Por esta vez, hazlo lo mejor que puedas. Sin embargo, tengo curiosidad por ver cómo el público recibe á la Boulkof cuando vuelva á tomar su papel después de ti. ¡Entonces se sabrá lo que tú vales!

Salió, y Ariadna, al quedarse sola, se oprimió el pecho con las manos para ahogar los sollozos que se le escapaban.

—¡No, no soy libre!—dijo con amargura,—¡los pobres nunca son libres!

La puerta se abrió con suavidad y Olga entró con precaución.

Ariadna la miró no sin un resto de amargura. Debía á aquella joven rica y feliz su pan cotidiano. ¿Sería preciso que siempre le debiese algo á al-

guien?

Olga avanzó con modestia, casi con humildad, cosa que no tenía por costumbre; llevaba en la mano una cartera ricamente adornada; parecía más una alhaja que un objeto útil.

—Tu profesor te ha reñido ¿no es verdad?—la dijo.—Lo he oído; me he puesto á escuchar un poco, perdóname, querida Ariadna.

La joven hizo un ademán de indiferencia. ¿Qué le importaba? Su dependencia no era un secreto para nadie.

—No sé cómo explicar lo que te he de decir—añadió Olga,—es muy difícil, y tu orgullo no hace muy cómoda mi misión. Hemos preparado mi madre y yo un pequeño recuerdo en conmemoración del triunfo de tu primer debut... hemos puesto nuestros retratos.

Ariadna tendió la mano hacia el objeto que le presentaba su amiga; pero ésta le retenía con una especie de temor.

—Compréndeme bien, querida Ariadna, ya sabes cuán importante es la deuda que tengo contraída contigo, y sabes que no espero podértela pagar nunca. Lo que te ofrecemos no es más que un medio de librarte de una parte de la carga que pesa sobre ti.

Abrazó afectuosamente á su amiga y poniéndole la cartera en la mano, quiso huir; pero Ariadna la detuvo con un ademán imperativo.

—Espera—le dijo.

Abrió la cartera; en efecto, contenía los retratos de la princesa Orlina y de su hija, y en un compar-

timento halló un paquete de billetes de banco metidos en un sobre con la siguiente inscripción: «Precio de las lecciones del señor Morini.»

El primer impulso de Ariadna fué rechazar el dinero; el segundo, de prorrumpir en llanto. Olga la estrechó entre sus brazos.

—¿No vale más—le dijo con una dulzura y una humildad que nadie hubiese podido sospechar en ella,—no vale mil veces más sentirte libre de tu maestro? Suponte que estás enferma ó que te desagrade el teatro, ya eres libre para no cantar, (tú ya lo has dicho). Por ti, y hasta un poco por tus amigos. ¿Dime, tendrás valor de rechazar ésto?

—¡No!—dijo Ariadna fijando sobre su amiga los ojos llenos de llanto, y de confusión el hermoso semblante;—no tengo derecho para rechazarlo. Morini es viejo y no es rico; le debo mucho. Si en efecto caigo enferma, si muriese antes de pagarle mi deuda...

—¡Quieres no hablar de semejantes cosas!—exclamó Olga tapando con la mano la boca de la artista, quien la separó.

—¿Por qué no? La muerte no tiene nada de espantoso para mí; pueden temerla los que son ricos, felices, amados...

—Tú serás amada—dijo Olga con entusiasmo.

—¿Lo crees tú?—dijo Ariadna sin atreverse á mirarla.

—Estoy segura. Eres demasiado hermosa, muy grande artista, para no ser adorada. ¿Quién no podrá corresponder al amor que le inspires?

Olga era sincera. Ariadna había cerrado su alma

de un modo tan impenetrable, que nunca su amiga supuso que Ladof la inspirase algún afecto. Por otra parte, ¿es propio de los enamorados notar la pasión de los otros?

Ariadna no contestó; las palabras de Olga estaban de acuerdo con los secretos deseos de su corazón. Se asió á la esperanza que le ofrecían como á una tabla de salvación. La vida del teatro le desagradaba, le pesaba mucho depender de ella; pero si Constantino la amaba, la pondría á cubierto de todas estas miserias. En efecto, comprendía que era hermosa y digna de ser amada. Tenía esperanza.

—Me voy—dijo Olga al ver recobrar la tranquilidad en el semblante de su amiga;—tienes necesidad de descanso, puesto que cantas esta noche. Piensa al menos, en que si así lo quieres, puedes cantar esta noche por última vez. Mi madre me encarga te diga que tu puesto está á nuestro lado y que no debes buscar otro asilo mientras seas dichosa aquí.

Después de pronunciar frases tan consoladoras, se escapó y Ariadna se quedó libre para meditar.

—No—se dijo después de meditar un instante,—yo no daré este dinero á mi profesor, sería faltar á la gratitud; al darme las lecciones, era otro el interés que le guiaba. Pero si me ocurriese una desgracia, si por ejemplo perdiese la voz...

Suspiró, su alma fatigada por una lucha incesante con los infortunios de la vida, no le presagiaba más que cosas fúnebres.

Llegó la noche, y cantó mejor aun que el día de su debut; el complot contra ella no se atrevió á

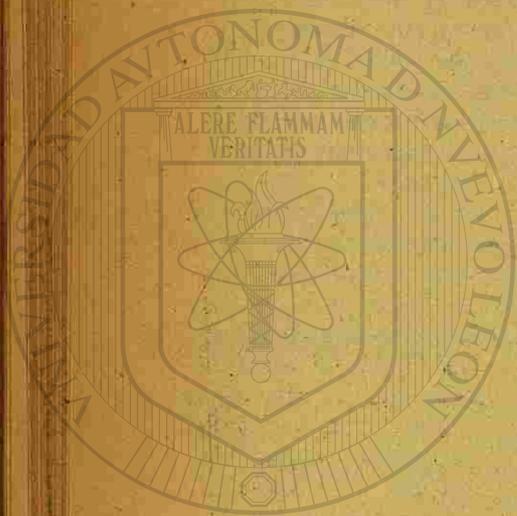
mostrarse; tanto era el ascendiente que la joven cantante tomaba sobre el público, que cualquiera que se hubiese atrevido á luchar contra su éxito hubiese sido castigado sin piedad.

Coronas, llamadas, gritos de entusiasmo, todo igualó, hasta sobrepujó á la ovación de la primera noche; y Ariadna salió del teatro consagrada *estrella* por el delirio de dos mil espectadores.

—¡Y bien!—le dijo Morini al acompañarla.—¿Te has reconciliado con el teatro?

Se frotaba las manos con júbilo. Ariadna no quiso disipar su alegría y respondió con evasivas. Al entrar en la casa, al encontrarse sola en la paz de su gabinete de soltera, pensó lo que entra de amor propio, de necedad humana, en un éxito de primera clase, y se dijo, como el sabio: ¡Todo es vanidad!

—¡Ah! mi querido grande arte—se dijo con el desfallecimiento más profundo.—¡Te quería más cuando sólo cantaba en el instituto y lloraba al oír mi propia voz, sin saber por qué!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

XXIX

—¿No canta usted este invierno, Ariadna?— le preguntó la princesa durante el almuerzo, al día siguiente.

—Cuando menos, en el teatro no, princesa. Pienso dar un concierto—respondió Ariadna.

—Estamos muy lejos de la temporada de los conciertos—le interrumpió la señora Orline.—¿Puesto que nada la retiene en San Petersburgo, quiere acompañarnos en un viaje que vamos á hacer al extranjero?

Olga abrió desmesuradamente los ojos, mirando á su madre con más sorpresa que júbilo.

—Era una sorpresa que te preparaba, hija mía— agregó la señora Orline; — hace bastante tiempo que me persigue la idea de hacer este viaje. He calculado que la estación de las lluvias es aquí muy mala y el mes de octubre muy hermoso en Francia; podemos pasar seis semanas allí y volver para la época del trínaje.

—¡Seis semanas, mamá!—exclamó Olga.

—¡Y bien! ¿no estás contenta?

—¡Oh! sí, muchas gracias—respondió la joven disimulando á la vez que corría á abrazar á su madre.

Una hora después una criada depositaba en el correo una cartita concebida en estos términos:

«Mi querido Constantino: Mamá quiere partir para el extranjero; pide licencia al ministro y ven á anunciarnos que tu salud exige que viajes; es indispensable que vengas con nosotras. Está fuera de duda que durante este viaje hallaremos ocasión de hablar de nuestros proyectos.»

El mensaje llegó á su destino muy á tiempo, y al día siguiente por la noche, al presentarse Ladof para pasar la velada, notició á la princesa sus proyectos de viaje.

—¡Ah!—exclamó la princesa con asombro,—nosotras también nos vamos...

—¿Me permiten ustedes que las acompañe cuando menos tanto tiempo como mi presencia no sea inoportuna?

La princesa frunció las cejas y miró á Ariadna; ésta, con las mejillas cubiertas de rubor, fijó en Constantino los ojos con emoción y sorpresa. La señora Orline sonrió, se había convencido de que aquello tenía un fin laudable, y además el aspecto de Ariadna era de un asombro muy natural.

—¿Quién le ha avisado á usted de nuestro viaje?—preguntó la princesa de repente.

Constantino se desconcertó, pero era preciso responder y repuso:

—Los criados de usted; vine ayer tarde, usted no estaba, y supe que partía...

La princesa, completamente tranquila, no vió en esto más que una prueba de amor que Ladof daba á Ariadna.

—¡Pues bien, sea!—repuso,—mientras que su presencia no sea inoportuna, estas señoritas se alegrarán mucho de tener alguien á quien hacer correr con sus caprichos. Pero usted se marchará primero, mi querido Constantino. No quiero que las malas lenguas hagan correr por San Petersburgo que yo me lo llevo.

—¡Oh! princesa—repuso Ladof, feliz y confuso.

—¡Sí, ya ve usted! Yo aún no soy bastante vieja para permitirme viajar con un joven.

La princesa, sonriendo, se puso en pie; su elevada estatura, su elegante talle y su belleza, estaban aún en el estío de la vida. Olga se guardó mucho de cambiar ni una mirada, ni una palabra con Ladof; éste, no sabiendo qué hacerse, se acercó á Ariadna:

—¿Y usted, señorita, me permite que la moleste con mi compañía?—dijo alegremente.

—Sí—repuso Ariadna sin levantar los ojos.

El páraíso se abría ante ella.

Ocho días después, las tres damas, al apearse en la estación de Berlín, se encontraron á Constantino, feliz y avergonzado; ya les tenía preparado el carruaje y el hotel y todo lo que pudieran necesitar.

—¡Pero esto es encantador!—dijo burlonamente la princesa;—usted hace las cosas mejor que un emisario; no hay necesidad de reñirle para que comprenda lo que se quiere! Le agregó á usted á mi persona.

—Es demasiada felicidad—murmuró Constantino esforzándose en abrirla paso.

Había recibido de Olga la sonrisa más deliciosa; la vida para él tomaba un tinte sonrosado.

Al cabo de ocho días, eran ya muy pocas las ilusiones que quedaban á Ariadna; se fueron una á una como las hojas que el viento arranca de los árboles. Había querido defenderse contra la invasora convicción de su nulidad á los ojos de Constantino; había luchado contra la evidencia con energía; pero después vino la reacción con su cortejo de tristezas y amarguras.

—Es á ella á quien ama—se decía á cada instante.

Y por lo tanto, si Ladof se acercaba á ella para cogerla el chal ó el maletín, creía ver en estas atenciones una señal de afectación... De afectación, sí, esto es lo que el joven tenía para ella; pues la reserva que aparentaba con Olga era más elocuente que aquellas demostraciones de cortesía banal.

La princesa, en vez de detenerse en las capitales y de llegar por los caminos ordinarios al término de su viaje, concibió una idea fantástica: la de llegar á París por el litoral. Había ido de Bruselas á Ostende; allí le agradó el aire del mar. Aquellos días de octubre al borde del Océano, tenían una dulzura sin igual; aún grises y velados, excepto en los momentos que soplaba la brisa, son menos días de otoño que en el interior y sobre todo en las ciudades.

Allí los acantilados ó las dunas se despojan más despacio de su verdura; si los árboles se desnudan antes de sus hojas por el soplo del equinoccio, el musgo, pequeño y abundante, guarda su frescura; las rocas son las mismas en todo tiempo y el mar es tan sonriente bajo el sol de enero como en el de julio.

La princesa se dió el placer de viajar en pequeñas jornadas desde la embocadura del Somme á la del Sena. Todos aquellos puertos, casi desiertos, entonces frecuentados únicamente por los habitantes del contorno y algunos amantes de la brisa salina, recibieron la visita de la gran señora.

Olga se divertía prodigiosamente; dormir en hoteles distintos; comer en esas mesas de provincias donde los solteros acomodados de la población van á cenar y á hablar de las cosas del pueblo; todo esto tenía para ella el atractivo de la novedad. Creía estar leyendo una novela y su gozo no tenía límites.

Ladof, por el contrario, se hallaba muy á disgusto. Presentía que la mal entendida benevolencia con que se toleraba su compañía, no debía tardar en ponerse en claro, y la idea de lo que entonces pudiese suceder le ponía la carne de gallina.

Constantino era de aquellos que son valientes ante la boca de un cañón y pusilánimes ante la cólera de una mujer. Temía ser despedido de mal modo por la cólera de la princesa y perder toda probabilidad de obtener la mano de Olga; pero temía más aun: y era que Ariadna pudiese un día decirle:

—¿Por qué ha jugado usted conmigo?

Lo que Olga no veía, por ser una joven un poco egoísta y frívola, presentíalo Ladof en lo más hondo de su ser; esto era lo que debía sucederle, y no lo ignoraba; su amor era de esos que á todos los deberes unen todas las cargas, y el otro todos los privilegios, todas las dulzuras; pues, al contrario de lo que comúnmente sucede, era Olga la que siempre debía dominar á su esposo, y ser siempre la ado-

rada; á pesar de sus defectos, no porque el marido los ignorase, y sí porque se la amaría tal como era, con sus defectos.

Hay seres que tienen necesidad de sacrificarse. Ladof era uno de ellos.

Adivinaba perfectamente que estaba jugando con Ariadna; su conciencia le reprochaba tanta atención, tanta palabra afectuosa como dirigió á la joven en presencia de la princesa. Al proceder así, obedecía á una orden dada por Olga.

—¿Pero, y si Ariadna lo notase?—se preguntó un día tratando de resistir al adorado dominio que le quitaba todas sus fuerzas.

—¿Qué es lo que ha de notar? ¿Que tú le haces la corte? ¡Terrible desgracia! Una persona tan prudente, una joven tan seria, va á cuidarse de un bobo como tú. ¡No hay en el mundo otra tan bestia como yo para amarte!

Así, burlonamente, con acompañamiento de golpecitos y sonrisas encantadoras, Constantino había ahogado la voz de su conciencia. Pero al ver á Ariadna cada día más pálida, más abatida, menos terrenal, por decirlo así, renacieron sus remordimientos.

Ariadna parecía huirle, lejos de querer ninguna proximidad, sin afectación, se mantenía separada: era la princesa quien la llamaba para que se uniese á su grupo. La princesa no estaba contenta; el matrimonio que con su bondad se dignó favorecer, en lugar de aproximarse, parecía retroceder, y la señora Orline se preguntaba algunas veces lo que aquello podría significar. El cambio visible que se operaba en Ariadna, había llamado la atención á sus

miradas vigilantes: hubiese querido que se le explicase todo aquello; pero la posición de la huérfana en su casa la hacía muy difícil y la aplazaba de un día para otro.

XXX

Una tarde, al llegar á Fécamp, los viajeros vieron anunciado un concierto de aficionados á beneficio de los pobres.

—Ariadna—exclamó Olga,—; tú debías cantar en beneficio de esos desgraciados! Hace tiempo que no te hemos oído, y creo que los naturales de este país nunca han podido imaginarse una voz semejante á la tuya.

—Sería una buena acción, señorita Ariadna—añadió Ladof,—y creo que usted gustaría á todo el mundo!

Ariadna se calló; la princesa, creyendo que esperaba su opinión, la dijo:

—Si le agrada á usted, hija mía, no me opongo á ello.

Ariadna quiso hablar, pero un torrente de llanto le subió á la garganta. Con ademán rápido y violento, enjugó las lágrimas que le cegaban, esforzándose para aparecer tranquila y dijo con voz entrecortada:

—No puedo cantar más.

—¿Cómo?—dijeron todos á la vez.

—Hace quince días que he perdido la voz.

—¡Que has perdido la voz!—exclamó Olga.—¡Y no has dicho nada á nadie!

—¿Para qué?—dijo Ariadna con entonación de abatimiento.—No hubiese servido para nada. Cuando no se tiene nada bueno que decir, lo mejor es callar.

Reinó silencio, cada cual tenía el corazón lleno de pensamientos tristes.

—¿Usted sufre? hija mía—dijo con dulzura la princesa profundamente emocionada al ver el descolorido semblante de la joven artista.

—Un poco, no será nada; muchas gracias, señora.

Ariadna hizo un esfuerzo y sonrió á la princesa, quien le había puesto una mano sobre su cabeza. Aquella sonrisa era tan dolorosa, tan amarga, que la señora Orline depositó un beso maternal sobre la frente de la huérfana.

Mañana iremos á Etretat, puesto que te lo he prometido—dijo á su hija con entonación seria,—pero volveremos directamente á París. Basta ya de peregrinaciones; hemos cansado tanto á la señorita Ranine, que no le quedaban alientos.

La princesa había hablado con tanta severidad, que su hija se sintió castigada. Olga salió sin haber tratado de conversar con Ladof. Este, por su parte, sentía pesar sobre él una montaña.

Las dos jóvenes compartían la misma habitación. Aquella noche Olga se fijó en su compañera, sorprendiéndose al ver la languidez y la fatiga que se revelaban en sus movimientos.

—¿Qué tienes? — le preguntó con inquietud, al verla con los ojos entornados, la respiración fatigosa y las manos ardientes.

—Nada—repuso Ariadna sonriéndose.

Aquella sonrisa que desde hacía algún tiempo aparecía en su semblante, era de una expresión de dolor reprimido que la hacía más hermosa, más interesante que nunca.

—Algo te ha de pasar para enflaquecer tanto como tú has...

—Me curaré con el tiempo—repuso Ariadna.

Al cabo de un instante, añadió:

—Si no me curase, no te olvides de mi viejo profesor; el precio de sus lecciones está en San Petersburgo, guardado en la cartera.

—¡Pero, Ariadna!—exclamó Olga con espanto.—¿Vas á morirte?

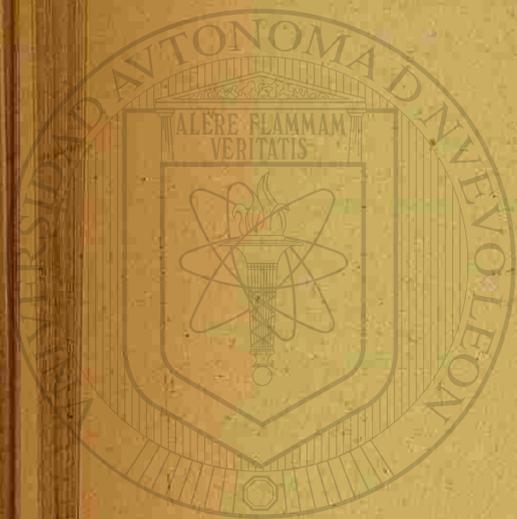
—Creo que no—repuso la cantante, enderezándose con alguna energía;—me parece que estoy ahora más tranquila. ¡Buenas noches!

Se dejó caer sobre la almohada, durmiéndose en seguida.

Pronto su respiración se hizo más regular, sus manos se refrescaron, y Olga, inclinándose sobre ella, la vió recuperar la expresión habitual de su hermoso semblante de mármol, adormecido bajo sus ojos.

—Está triste—se dijo,—antes parecía más feliz. Tal vez está afligida por no tener nadie que la ame, mientras que yo... No sé por qué he de tener secretos para ella... hubiésemos hecho bien en decírselo todo... Tal vez esta falta de confianza la habrá causado pesar... ¡habrá pensado que ya no la quería! Mañana sin falta se lo diré.

Acariciando esta buena idea, Olga se durmió.



XXXI

El siguiente día fué claro y magnífico; se hubiese dicho que el canal de la Mancha se había puesto de gala para los extranjeros que le hacían su última visita.

La calesa que llevaba á la princesa y á su reducida familia, rodaba con rapidez por el camino de Etretat; pero los que iban en ella no prestaban grande atención al hermoso paisaje que recorrían. Cada cual estaba preocupado con sus meditaciones, más negras que rosadas, y el viaje se hizo en silencio.

La princesa empezó á preguntarse si desde hacía algunos meses no se burlaban de ella, y estas sospechas no recaían sobre Ariadna ni Ladof, sino sobre su propia hija.

La conducta de esta en el instituto acudió á su memoria. Se decía que el carácter de Olga la arrastraba inevitablemente hacia todo lo que fuese arriesgado; nada era más fácil que un complot fraguado en secreto para hacerle aceptar á Ladof por yerno.

¿Pero, á qué tantos rodeos? La princesa había amado á su marido, no porque fuese príncipe, y sí porque á sus ojos era el único digno de ser amado por ella. Sin mucha resistencia, hubiese consentido el matrimonio de su hija con cualquier persona de la buena sociedad, siempre que sus cualidades morales le hiciesen digno de estimación y las apariencias exteriores justificasen un matrimonio que las personas ávidas de murmuración calificarían de desventajoso. Constantino Ladof poseía todas estas condiciones, ¿qué era, pues, lo que podía impedir á Olga decirle á su madre que le quería por esposo?

La princesa miró á Olga sentada á su lado, preguntándose qué pesar causaba estragos en su hermoso semblante.

¿Si amaba á Ladof, qué esperaba para decírselo á ella?...

El resultado de estas reflexiones, fué que todo aquello debía concluir aquel mismo día.

Los viajeros bajaron el camino que conduce al pueblecito de Etretat. Aquella rampa suave, bordeada de magníficas casas, entonces desiertas, con las tardías flores de los grandes jardines construídos en pendiente, conducía hasta el fondo del valle. El almuerzo estaba encargado de antemano; se sentaron en torno de la mesa; pero nadie le hizo honor. Cuando se retiraron los postres, la princesa arrojó la servilleta con un ademán de impaciencia. Olga se estremeció; había aprendido á conocer bastante á su madre para no adivinar que una tempestad terrible le amenazaba.

—Id á ver el acantilado, puesto que dicen que es

curioso—dijo la princesa, y en voz más baja añadió dirigiéndose á Ariadna:

—Concluya usted con el señor Ladof; esta situación es intolerable.

Los dos culpables salieron con la cabeza baja. Un momento después, la princesa les vió partir y dar la vuelta hacia la derecha, á fin de dar una ojeada al acantilado opuesto antes de ir á examinarle detalladamente.

Al ver á su hija, no pudo contener una sonrisa de madre feliz.

Olga iba delante, con paso largo. Sus largas trenzas, que durante el viaje apenas se tomaba el cuidado de peinar, caían hasta más abajo de su cintura. Su paso firme, su porte ágil, formaban extraño contraste con la languidez de Ariadna.

A pesar de los pocos meses que tenía más que ella, parecía un pájaro feliz y selvático, mientras que Ariadna llevaba impreso en el semblante y en todo su ser el sello que implacablemente se gravaba sobre los seres que sufren sin esperanza de hallar consuelo.

—Al fin—pensó la princesa regresando al hotel,—cuando vuelvan, todo se habrá puesto en claro.

Obedeciendo á una señal de Olga, Constantino había ofrecido su brazo á Ariadna, quien lo aceptó con toda la reserva que ahora empleaba en sus relaciones; le había aceptado para evitar una explicación á la vista de la princesa, explicación que sería dolorosa é inútil, y que su negativa no hubiese podido menos que provocar; pero tan pronto como estuvieron fuera de la vista de la señora, retiró el

brazo, diciendo que le gustaba más caminar sola.

Un guía vino á ofrecerse; se le rechazó, los jóvenes querían conversar con libertad; además se habían asegurado de que por aquella parte el acantilado no ofrecía ningún peligro.

Subieron en silencio, y una vez en el punto más alto, libres de miradas y oídos, sin preocuparse del paisaje, Olga volvió la espalda al mar y cogiendo una mano de Ariadna, le dijo:

—Querida amiga, soy una culpable; he faltado á la confianza que me mereces, y más que á nadie en el mundo debía depositar en ti mis confidencias. Sin embargo, tú me perdonarás, pues antes de que lo sepa mi madre, te quiero decir que Constantino y yo somos novios.

Ariadna fijó los ojos en su amiga; un ligero estremecimiento recorrió todo su ser, pero no dió otra señal de emoción.

—¿Desde hace mucho tiempo?—dijo con esfuerzo.

—Desde el mes de agosto último.

La joven artista miró á Ladof, que contemplaba el mar con atención, pero sin verle.

—Os deseo mucha felicidad—dijo con dulzura.

Sus labios estaban blancos, sus mejillas lívidas. Buscó un apoyo con los ojos, y al ver una piedra á pocos pasos fué á sentarse sobre ella.

—Estoy muy cansada—dijo,—os pido perdón por acoger con frialdad una noticia que... Estad seguros los dos, que en el fondo de mi alma os deseo la mayor felicidad.

Tendió una mano á cada uno. Olga saltó impetuosamente al cuello de su amiga, cubriéndola de ca-

ricias. Ladof cogió con timidez la mano que le ofrecían y la estrechó; Ariadna se la elevó hasta los labios del joven.

—Es la Mellini quien le felicita—dijo con una débil sonrisa.—Olga no tendrá celos.

—¿Celosa yo? ¡Celosa de ti!—exclamó Olga.—Nunca semejante idea me ha pasado por la cabeza. ¡Vamos! ¿Estás contenta?

—Muy contenta—respondió Ariadna.

El sol brillaba sobre el mar, el césped era verde y espeso, un viento ligero soplando del norte agitaba con alegre ruido las deshechas florecillas; los enamorados se sentaron sobre el suelo; estaban casi en el borde del acantilado de la parte norte; la alta y tortuosa muralla que continúa hasta Dieppe, se destacaba bajo el azul del cielo; todo era paz y gozo.

—Soy muy feliz—repetía Olga.

Su prometido le tenía una mano aprisionada, y verdaderamente el semblante de la joven expresaba la felicidad más completa; gozaba por entero de la vida.

Ariadna se levantó, dando dos pasos hacia el mar.

—No te acerques tanto al borde—le gritó Olga,—me das miedo. ¿Es muy alto?

—¡Muy alto!—respondió Ariadna con tranquilidad.

—¿Ves el mar?

—Sí.

—¿Y el fondo?

—El fondo es una losa plana y brillante, completamente blanca; la ola viene con regularidad á

quebrarse contra el acantilado, hasta debajo de nosotros.

—¿No hay guijarros?

—Ni uno.

—¡Eso debe ser hermoso! Voy á verlo—dijo Olga tratando de levantarse.

—Te suplico que no vayas—dijo Ladof.—¡Si llegases á caerte!

Ariadna se volvió, era la primera vez que les oía tutearse. Les miró con asombro; después, pensando que todo aquello era muy natural, volvió á mirar la sima.

Señorita Ariadna—dijo Ladof,—me da usted miedo; ¡venga aquí, se lo suplico!

La joven miró á Constantino de una manera que recordó toda su vida.

—¿Qué le importa á usted?—decían los ojos de Ariadna, pero sin cólera.—¡Yo no soy nada para usted; no es á mi á la que ama!

Sin embargo, retrocedió algunos pasos.

—Escucha, Ariadna—dijo Olga,—estamos en una situación muy difícil; á mamá se le ha metido en la cabeza no sé qué cosa,—el rubor que invadía su semblante anunciaba que su conciencia la hacía algunos reproches.—Cree que Constantino se ocupaba de ti. Quisiera haberos visto casados.

Ladof no pudo reprimirse, soltando la mano de Olga se dirigió á Ariadna diciéndole:

—He procedido muy mal con usted, señorita; estoy por ello muy pesaroso. ¿Quiere usted decir que me perdona? De no ser así, no me atrevería...

—Yo le perdono—dijo Ariadna.

Su mirada, llena de piadosa misericordia, cayó sobre el joven como un rayo del cielo; todo el amor que había sentido se fundió en una expresión suprema de ternura y de perdón.

—Esto no es bastante—añadió Olga;—mi madre no aceptará nunca este matrimonio, después de haber creído que la novia eras tú. Es preciso que nos prestes un servicio. Ariadna, dile tú que nosotros nos amamos y suplicala que consienta... no te lo negará, ¡ya sabes la confianza que tiene en ti y cuanto te ama! ¿Quieres hacernos este favor?

—¿Decir á la princesa que vosotros os amáis?—repuso Ariadna con lentitud.—¿Por qué he de ser yo y no tú?

—Porque pensaba que eras tú... y cuando menos no podrá incomodarse contigo—replicó Olga con sencillez.

Constantino no decía nada, estaba sufriendo un suplicio. En el semblante de Ariadna, Olga, en su inconsciente egoísmo no veía más que fatigas, pero Ladof adivinaba todas las desesperaciones de su alma.

—Lo probaré—dijo Ariadna con dulzura,—pero si fracaso, no hay que inculparme.

Se separó de ellos, volviendo al borde del acantilado.

—Mirad, ¿qué es eso?—dijo señalando una masa blanca, movediza, que se levantaba del mar como una humareda.

Los novios volvieron la cabeza, viendo todo el acantilado en una extensión de algunas leguas.

La bruma venía del norte, flotando en apariencia

con lentitud, pero en realidad con mucha rapidez. Se hubiera dicho que los vapores se elevaban de una caldera en ebullición, pero más densos, más compactos; la masa iba hacia ellos, aproximándose al acantilado, tapando y descubriendo á intervalos las sinuosidades de la costa, algunas veces penetraba en el interior, y cuando había pasado, copos de nube parecidos á la lana quedaban en los árboles de las granjas; una barca de cabotaje que estaba á poca distancia, envuelta por la nube, desapareció de los ojos de los espectadores, como si algún gigante la hubiese escamoteado, y la nube continuaba avanzando hacia la punta.

—¡Qué extraño es esto!—dijo Olga.—¿Es que la niebla va á venir aquí?

—Sin duda—repuso Constantino,—bajemos.

—No, no, quedémonos; quiero verlo de cerca.

Ariadna, siempre de pie sobre el acantilado, destacaba sobre el azul del cielo su silueta elegante y severa. Con las manos sobre el pecho, como para comprimir su sufrimiento, miraba el cielo, el mar, la nube, y se preguntaba por qué era todo tan grande, tan hermoso, tan poético; cuando un ser humano sufría una agonía más terrible que la de la muerte.

—¿Di, Ariadna, es posible que hayas perdido la voz?—preguntó Olga de repente.

—Sí—repuso la artista sin volver la cabeza.

—¡Prueba!

Ariadna inclinó la cabeza un poco hacia atrás y cantó una escala cromática como las que habían alborotado al instituto dos años antes.

La voz era tan pura, tan timbrada como antes;

pero se hubiera dicho que era un eco de la antigua voz; tanto se había debilitado.

—Canta ¡Oh, hijo mio!—dijo Olga.

Ariadna empezó á cantar, pero al cuarto compás se detuvo.

—¡Mirad la nube, ya está aquí!—dijo.

En efecto, de pronto la nube llegó sobre el acantilado, la claridad del día fué reemplazada por una luz pálida, como cuando se aplica sobre los cristales de una ventana una capa de amarillo; un frío húmedo caló las ropas de los paseantes.

—¡Uf!—dijo Olga,—esto es más bonito de lejos que de cerca.

—Así es la vida—pensó Ariadna.

—Vámonos—agregó Olga.

Los novios no se habían retirado, pero ya no veían á Ariadna, que estaba de pie solamente á algunos pasos de distancia.

—¡No hay que jugar con ella!—exclamó Constantino.—No veríamos por donde íbamos, y con seguridad encontraríamos la muerte. ¡El mar nos rodea por tres lados!

—¡Que enojoso es esperarla! ¡Estoy helada!—dijo Olga con mal humor.

—Señorita Ariadna, no tontee usted—repitió Ladof.—Esa nube va á pasar, es cuestión de un momento; usted está muy cerca del borde. ¿Me oye usted?

—Sí—repuso Ariadna.

Su voz parecía venir de muy lejos.

La huérfana pensaba.

—Ya estoy demasiado en este mundo, y evidente-

mente, Olga ha sido puesta en mi camino para darme; ya he sufrido antes por ella, ¡hoy me quita el hombre que amaba! Soy un ser inútil... El arte me ha engañado... No puedo cantar más... ¿Qué será de mí?

Una idea supersticiosa se apoderó de ella.

—Ha llegado mi hora. Voy á conocer mi destino; si debo vivir, mi estrella me salvará; si debo morir...

No acabó la frase ni la idea. Dió dos ó tres pasos entre la opaca bruma, con las manos hacia adelante como para separar los obstáculos...

—¡Ariadna!—gritó Olga.

Nadie le respondió.

La bruma se iba aclarando; se veía ya una luz amarilla en el cielo indicando el lugar brillante del sol.

—¡Ariadna!—gritó Constantino con voz más fuerte.

La bruma se apartó de la tierra, ligera y suave, girando sobre sí misma; los dos jóvenes se pusieron en pie con rapidez; sus miradas se dirigieron hacia el lugar donde antes vieron destacarse la silueta de Ariadna sobre el cielo... Nada había allí...

Helado de horror, Constantino, arrastrándose sobre el musgo, llegó hasta el borde del acantilado.

—¿Dónde está!—gritó Olga queriendo seguirle.—Dónde está.

—¡Está muerta!—dijo Olga precipitándose sobre él.

Constantino retrocedió un poco, sentándose sobre la hierba y pasándose las manos por sus ojos extrañados y el cabello erizado, repuso:

—¡La hemos matado nosotros!

Bajó la marea. Cuando los jóvenes llegaron al hotel, cuando la princesa los vió volver solos, y los pescadores, movidos á compasión, dieron la vuelta al acantilado, entonces casi en seco, se halló el cadáver de Ariadna tendido sobre la losa grande de piedra blanca que había admirado. La ola compasiva, había recogido las ropas á su alrededor, y su semblante tenía esa sonrisa de dolor que con frecuencia se veía en sus labios hacía algún tiempo.

Una sola ojeada bastó á la princesa para conocer la catástrofe y el amor de su hija por Ladof. Todo lo confesó Olga sollozando.

—¿Vosotros creéis que es un accidente?—dijo con desprecio á los jóvenes,—¡yo os digo que la habéis matado vosotros! Mejor hubiese querido tener por hija á la que ha muerto que á esta niña egoísta y sin corazón que Dios me ha dado!

Sin embargo, toda madre perdona, y los dos amantes regresaron á Rusia algunos días después. Sus bodas se celebraron ostensiblemente.

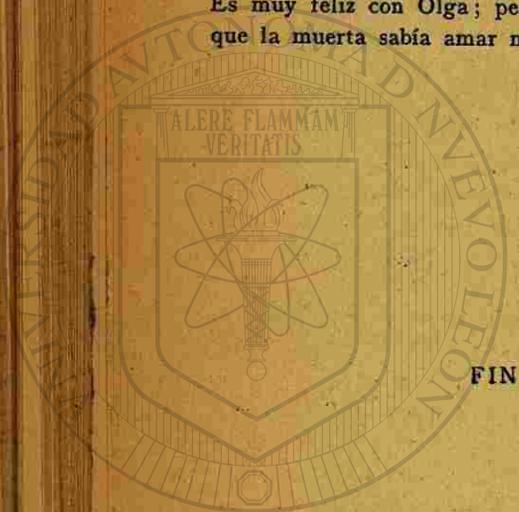
Ariadna duerme en el pequeño cementerio de Etretat. Abandonada durante su vida, debía serlo también después de muerta. La princesa paga un jardinero para que cuide su magnífica tumba; pero no pone flores más que en la época de baños. ¿A qué cuidar en invierno una tumba que nadie visita?

Morini ha cobrado el precio de sus lecciones y ha jurado no tener más discípulas. Lloro siempre que le hablan de Ariadna.

—¡Una voz tan hermosa!—dice,—y con tanto ta-

lento! ¡Una alma tan bella, pero no hecha para el teatro!

De vez en cuando, Ladof se acuerda de Ariadna. Es muy feliz con Olga; pero hay días que piensa que la muerta sabía amar mejor.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

